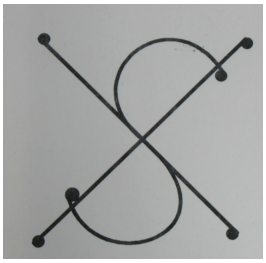


Dicen que fue el último

(Novela)

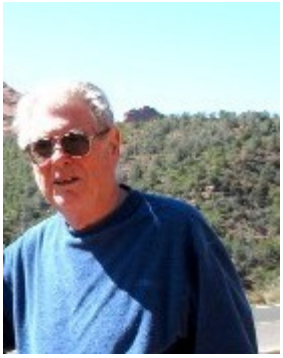
Edgardo Ronald

Minniti Morgan

*

η Car

Ediciones virtuales ETA CARINAE



El autor, nacido en San Javier, provincia de Santa Fe, Argentina y radicado en Córdoba, es poeta, escritor, historiador especializado en la historia regional y de la astronomía, divulgador científico - Ex docente del Observatorio Astronómico de la Biblioteca Popular Constancio C. Vigil de Rosario; como así Director del Boletín Astronómico de ese Observatorio y de la revista "Hoja Astronómica", que alcanzaran divulgación internacional. Actualmente es integrante del Grupo de Investigación en Enseñanza, Difusión e Historia de la Astronomía - Observatorio Astronómico de Córdoba – Universidad Nacional de Córdoba, Argentina. Se ha preocupado en sus trabajos por el hombre, el contexto y su enfrentamiento con la realidad diversa; la adquisición del conocimiento y sus respuestas, a veces inteligentes, otras caprichosas e irracionales, pero profundamente humanas.

Además de ésta, ha publicado dos novelas ("Salvajes Palmeras del Pájaro Blanco" – de la cual "Dicen que fue el Último" es continuación - y "El Flaco"), tres libros de poesía ("Mandato Cumplido", "Madrugales" y "Una Rosa Roja"), un libro de cuentos ("Para Leer en el Tren Bala"); dos libros ilustrados con pinturas de Nydia Del Barco ("Óleos para Leer" y "Palabras para Pintar"); la historia de su región natal ("Cabalgando en la Memoria"), diversas monografías; siendo coautor de un libro de divulgación astronómica ("Infinito"-Maravillas del Cielo Austral) y dos obras de historia del Observatorio Nacional Argentino ("Uranometría 2001" y "Córdoba Estelar) – estas dos últimas en coautoría; entre otros múltiples trabajos literarios y de investigación histórica en libros, revistas y diarios del país y el extranjero; como así trabajos historiográficos y astronómicos en la Webb (Lidea, en la LIADA - (Laboratorio Hispano Americano de Astronomía); HistoLIADA, e historiadelaastronomía.wordpress.com).

Ha sido objeto de diversos premios nacionales e internacionales por su obra. Destacándose el premio internacional Herbert C. Pollock - 2005.

Ediciones Virtuales Eta Carinae – Córdoba - República Argentina – 2010

Primera Edición impresa: MAYO DE 1996

ISBN 950-819-012-4

© Edgardo Ronald Minniti Morgan

e-mail: erminniti@hotmail.com

Todos los derechos reservados - All right reserved.

(Se autoriza su reproducción digital total o parcial con expresa mención de la fuente).

EN LA PORTADA:

Logotipo, marca para ganado de la reducción mocoví de San Javier – registrada en el Cabildo de Santa Fe.

Rostro - detalle del monumento al indio emplazado a la entrada de San Javier.

Primera parte

EL INICIO

CAPITULO 1
CACHORRO DE TIGRE

No alcanzaba la capacidad de expresión del niño para exteriorizar tanto asombro. El jinete solitario se bamboleaba en la grupa del caballo montado "en pelo" y sus piernas eran cortajeadas por las agudas aristas de la paja brava que bailaba en brazos del viento su excitante coreografía vegetal.

Se arrimó rápido y lo aguantó por los hombros para evitar que cayera de cabeza. Quedó tendido. Sus piernas ya no le sostenían. Jadeaba quejumbroso y las manos de él quedaron tintas con la sangre que manaba de una profunda herida que le cruzaba la espalda.

Por encima del hombro, miró hacia atrás . La partida se acercaba y en pocos minutos los habría alcanzado.

Empujó el cuerpo del caído hasta que rodó hacia el agua. Lo tomó de los pelos para evitar que sumergiera la cabeza y, ya en la corriente, alivianado, comenzó a marchar cerca de la costa apenas pisando. Jadeaba por el esfuerzo. Era evidente el alivio que el frío del agua había traído al herido que se dejaba reposar inconsciente en el seno del río.

Tomó unos camalotes que navegaban al pairo e hizo una suerte de corona para esconder sus cabezas a las posibles miradas de algún perseguidor adelantado y braceó intensamente para poder cruzar el zanjón en su parte más angosta.

Prosiguió por la costa opuesta hasta perderse detrás de un promontorio barrancoso, donde por fin pudo depositar su carga en la suave cama de arena húmeda.

Resoplaba intensamente. El esfuerzo realizado estaba muy por encima de la capacidad normal de sus flacos brazos descarnados. Pero no podía abandonarlo aunque le costara la vida. Lo había reconocido ni bien lo vio en la distancia. A partir de entonces, él dejó de ser "él" para fundirse con la debilitada figura que estuviera en equilibrio precario sobre la grupa.

Lo tomó por las axilas y efectuando un esfuerzo aún mayor, lo arrastró para sacarlo totalmente del seno del líquido y depositarlo en una cárcava gredosa.

Trepó gateando la cuesta y rodó sobre sí mismo hasta quedar en el borde irregular, desde donde auscultó el horizonte buscando algún perseguidor. Nadie a la vista.

Enfrente no se movía en forma extraña ninguna rama. Sólo el viento jugando nervioso en el pajonal.

Se dejó nuevamente caer; descansó unos minutos hasta recobrar algo de fuerzas, entonces sí, comenzó la dura, difícil labor de llevarlo hasta el montecito próximo. Pesaba más de lo que esperaba y el dolor que sabía le producía al moverlo tan torpemente, lo hería tanto a él como al hombre. Si no se apuraba, dejaría sus huesos allí.

Depositó suavemente la cabeza en el hueco acogedor que brindaban las raíces sobresalientes de un ceibo y se dio a la búsqueda de las hierbas necesarias.

Con tierra negra y llantén hizo un emplasto barroso con el que cubrió la herida.

Cortó varias ramas terminales y formó un colchón que tapó el cuerpo, tratando de esconderlo y abrigarlo.

Con cuidado, con sumo cuidado, lo despojó del cinturón que soportaba el cuchillo en su vaina de cuero de nutria y se lo colocó en el cuello. Sentía en los genitales el duro contacto del acero protegido. Lo inundó una fortaleza inexplicable, aún cuando el miedo le corroía las entrañas. Conocía sobradamente cual habría de ser su suerte si caía en manos de la partida. Cuando andaban a la caza de indios, no perdonaban a nadie, fuesen niños, mujeres o ancianos; la chusma.

Se internó en el bosquecillo y estuvo explorándolo hasta dar con una vara recta de un laurel negro, que sobresalía a su alcance. Pacientemente la cortó y desbastó Le dejó un largo que no iba más allá del metro y medio, para poder manejarla.

El cinturón convertido en tiras de cuero mojado sirvió para ajustar el cuchillo en un extremo. Una vez seca, la atadura era tan fuerte que prácticamente éste formaba una sola pieza con la larga madera dura.

Así, armado con la chuza, receloso, se dio a caminar por la ribera hasta detenerse de pronto. Algunos pastos doblados acusaban el paso de un animal. Hizo un pequeño rodeo y se situó contra el viento. El rastro seco le indicó que el mismo se había internado en la corriente y, de seguro, volvería por el lugar hasta su escondrijo. Se dispuso esperar. Lo hizo horas. Su persona era un tronco estático más en la silenciosa vegetación ribereña.

El timón de la cola agitaba las aguas y solo los ojitos y las fosas nasales del carpincho sobresalían de la quebrada superficie platinada. Venteaba para asegurar el camino. Ya en la arena, chorreando agua, comenzó a trepar cuando la noche lo tomó en forma de lanza que lo atravesó por el costado izquierdo. El tiro certero, lo entregó calmosamente a la muerte. El chico corrió. Liberó el arma. Lavó su extremo en la corriente y, mojados , los tientos aflojaron la presión permitiéndole separar el cuchillo.

La faena fue bastante larga. El cuero colgado de una rama, bien lavado y engrasado, aguardaba el fin de la dura labor de aprovechar los despojos.

Cuando volvió, el hombre tiritaba al borde de sus fuerzas vitales. Cortó trozos pequeños del hígado del animal y se los fue dando despacio, obligándolo a tragar esa vivificante pulpa sanguinolenta.

Con paciencia, lo sacaba de sus febriles delirios y lo iba amurando de nuevo a la costa de la vida, de a poco, paso a paso.

Separó un trozo de rama gruesa seca y la ahuecó. Con ella fue trayendo agua desde el riacho al herido que ya no decía nada. Solo era agitado por la fiebre y guardaba un atemorizado silencio.

Con la madrugada, renovó el emplasto después de lavar la sangre residual con agua fresca. Cuando el hombre se movió, trató de hablarle en su áspera lengua. Nada. No repondía. Aún estaba inconsciente. Era evidente que había perdido mucha vitalidad y temía por su suerte. Insistió. Nada de nuevo.

Cuando quiso recuperar carne para alimentarlo, encontró que algún depredador se la había llevado subrepticiamente. Maldijo su suerte y la imprudencia por no haberla puesto a buen recaudo o a la vista.

Exploró los alrededores. Cortó una tacuara y con el cuchillo hizo tiras de la mitad de la caña, que afiló pacientemente. Una de ellas le ayudó a romper los estancos del interior del trozo restante. Fabricó un largo tubo con el que enfrentó la laguna que se hallaba al poniente del refugio del herido. Colocó el mismo en sus labios y se sumergió lentamente para no agitar la superficie. El lecho barroso deslizaba bajo sus pies que buscaban el centro. Allí quedó quieto hasta que los dos remos de un pato le rozaron la cara. Los tomó y sumergió abruptamente al animal. Abajo le retorció el pescuezo para evitar que agitara aún más el agua poniendo nerviosos a sus congéneres. Esperó nuevamente. Al rato, una pareja lo sobrenadó. Tuvo igual suerte. Con las tres presas y el corazón en la boca, regresó. El sol vivificante le brindo su calor, haciendo desaparecer el color azulado de su ya frío cuerpo. Tiritaba.

Arrojó los animales a un costado y se sentó en cuclillas al lado del tendido. Lo miró intensamente, esperando que tal vez de alguna manera, él le indicara qué debía hacer ahora. Sentía que su capacidad de decisión había sido sobre exigida y su bagaje exprimido al máximo. Silencio. Dormía solamente. No quería ni pensar en su muerte. Despacio acercó la mano y con sumo cuidado la colocó sobre el pecho del hombre. Bajo sus dedos sintió el tambor del corazón y la piel se le puso como de gallina. La conmoción le hizo olvidar, por bastante tiempo los patos cercados ya por las hormigas.

Tomó uno, lo abrió por la panza y, quitando las entrañas, lo lavó cuidadosamente colocándolo en la cercana horqueta de una rama próxima, de donde quedó colgado con el cogote estirado. Hizo lo propio con los otros dos.

Trepó al árbol y desde su copa, exploró los alrededores. Nada se movía. De los perseguidores, ni noticias. Atisbó con cuidado. La cortedad de la sombra, le indicaba que se acercaba el momento del almuerzo. Buscó vestigios de humo enfrente. Nada, solo algún ave manchaba el cielo. Estarían lejos ya.

Con esa certeza, cavó un pozo en la arena fresca pero seca y lo llenó a medias con leña seleccionada. Se colocó en cuclillas casi al borde de su boca y comenzó a frotar una madera blanda con un palo duro que hacía rotar rápidamente, protegiéndolos con su cuerpo de la brisa que la costa le echaba sin interrupción.

Las manos estaban rojas por la acción continuada y casi desesperaba de lograr su objetivo, cuando el olor a madera quemada llegó a su nariz. Aceleró la fricción y, tímida al principio, crepitante después, casi objetivación d su ansiedad, una joven llamita azul se abrió a sus pupilas oscuras. Le sobrepuso unas hojas secas que ardieron rápidamente. Arrimó esa llama a la leña en el pozo y sopló, sopló hasta que

la tierra comenzó a dar vueltas y tuvo que apoyarse para no caer . Se sentía como borracho.

Cuidó de que el fuego iniciado no echara humo. Debía evitar que denunciara su presencia en el lugar.

Amasó barro gredoso y envolvió las presas formando unas bolas pegajosas que depositó sobre el colchón de brasas, tapando todo con arena bien seca. Miró la altura del sol. Faltaba poco para que alcanzase la de su cabeza. Lo observó desde lejos y al ver todo tranquilo, se introdujo en la corriente para quitarse de encima el resabio del cansancio y la tensión acumulados durante tanto tiempo.

Cuando su sombra comenzó a alargarse, desenterró las bochas calientes quebrándolas con un improvisado mazo de madera. El cuero de los animales se separó limpiamente con plumas y todo, dejando la fragante carne blanca al descubierto. Hizo caer unas hojas de hierbas en el recinto caliente aún permitiendo que el humo desprendido impregnara la carne, saborizándola. Después arrancó una pata y comenzó a mordisquearla ávidamente. La saliva mojaba abundantemente su paladar y sintió que desde adentro le brotaba una nueva fuerza, que se expandía por sus músculos y tendones, revitalizándolos.

Concluido su voraz almuerzo, quebró otra bocha, repitió el rito y llevó a la boca del herido una buena pierna tierna.

- ¡Coma! ¡Tome, coma!

El hombre abrió los ojos y tras un gesto de dolor, sin decir nada, mirándolo solamente, dio un mordisco profundo. Masticó lentamente y tragó uno, luego otro y después varios bocados.

Recién en la mitad del segundo muslo, como si fuera un recién llegado, saludó:

- ¡La!

- ¡Camí!, respondió el niño con una profunda alegría que otorgaba un brillo especial a sus pupilas. Lo había logrado. Él, el famoso cacique Juan Gregorio había salvado una vez más el pellejo dándole con el traste a la fuerte partida de los nacionales lanzados en su persecución. No cabía en sí de gozo. Miró su cuerpo escuálido y notó que algo había cambiado.

El hombre puso su mano en el hombro y le sonrió con gratitud contemplándolo de arriba abajo. Donde terminaba su callosa mano, comenzaba la frágil personita de Juan Andrés, el joven indio mocoví de veras.

Juan Gregorio se apoyaba aún en una vara de guayacán, aunque ya se movía con más libertad. Los cuidados de su cuerpo se repartían entre él y el niño que, orgulloso, elevaba su frente ante el gran río que corría manso a sus pies.

El cuchillo pretendidamente devuelto con las manos extendidas y con una seriedad cuasi ritual, fue de igual modo rechazado por aquél y colocado en banderola con una faja de fibras vegetales trenzadas sobre el pecho infantil, como símbolo de la hombría del pequeño, que los hechos fueron acentuando aceleradamente.

Habló el hombre:

- Caciquito - le dijo como se había dado en llamarlo y lo haría de ahora en adelante - El Gran Espíritu devora a los débiles y a los incautos. Se nutre de ellos. A los restantes respeta y los hace sus aliados. A veces, pocas, sus hermanos.

El niño seguía atentamente el discurrir de su interlocutor. Trataba de ordenar en su mente los confusos pensamientos que generaban aquellas palabras no del todo comprendidas pero importantes evidentemente, por la manera en que el grande se las decía. El hombre se percató de su asombro.

- Dejalo llegar. Poco a poco con sus olores, sus aromas. Sus sonidos totales. Ese canto débil lejano. Ese gusto del aire. La tensa temperatura del paisaje. El abrazo de sus vientos - y continuó : - Abre tus ojos y tus oídos, deja que te penetre, que te haga sentir su grandiosa y a veces, ¿por qué no?, ominosa presencia.

El niño se movió inquieto y miró a su alrededor.

-No, no te apures. Relajate. Dejalo venir nomás. Así, simplemente... Entonces serás otro. Serás. Y ya nada podrán las vanas palabras y menos las de ellos. Te sentirás poderoso y lo habrás conseguido. Tanto, que ya nadie se atreverá a ser tu enemigo y hasta la muerte te respetará por mucho tiempo. Aunque no lo creas, aunque te parezca imposible, serás quien decida cuándo habrás de internarte en el descanso del monte.

La tarde agotaba su cuenco de sangre en el horizonte y ellos continuaban parados como estatuas de bronce, frente a la dura, cruel pero magnífica puntilla isleña que abría su mano y extendía sus dedos de agua sobre el virgen paisaje inicial.

CAPITULO 2
VIENE EL CORONEL

- Vaya sorpresa! ¡Buen día Coronel! ¿Que lo trae por aquí?

- Ustedes - respondió el militar desmontando de su sudorosa cabalgadura.

- Pase , pase por favor!

- ¿Le molestaría que mis hombres vivaqueen en la enramada, allí sobre la costa?

- ¡No!, no; por favor, disponga lo necesario. Todo esto es suyo Coronel.

- ¡Gracias, señor! Es Usted muy amable. No en todos lados nos reciben como lo hacen ustedes.

-No podemos hacer menos por quienes nos traen seguridad y sosiego. Desde que usted anda por estos lados, ¡sólo el viento deja sentir su presencia!

El militar dio las órdenes a su lugarteniente para el emplazamiento de las carpas en el lugar indicado y recomendó discreción mientras durase la permanencia de la tropa en el lugar; en particular con las mujeres... Concluido ello, penetró detrás de su anfitrión en el recinto particular cercado. Con el beneplácito de éste quitó el

correaje que portaba la espada y el revólver reglamentario, instalándose en la galería este de la amplia y orgullosa casa de dos plantas, que ofrecía su faz imponente y serena como un faro al amplio encaje de aguas y verde del paisaje costero. El valle del Paraná se extendía inmenso, con el río San Javier como límite en esta margen.

-Sí, mi amigo. Son ustedes los que me han traído por aquí. La carta que enviaran al Presidente Sarmiento, desencadenó una reacción inesperada. Provocó la decisión de mis superiores del Ministerio de Guerra de darles una mano para ayudar a solucionar los males que les ocasionan los indios reducidos de estos lugares. Fue tal la presión ejercida que el gobernador don Mariano Cabal tuvo que brindar su autorización para que los nacionales arreglen los asuntos de la colonia indígena de San Javier y castiguen a los malhechores. También, venía respaldada por la firma de más de cuarenta colonos! Además el doctor Sarmiento tiene particular estima por ustedes. Su gobierno y su persona deben mucho a los norteamericanos; no solo el título. En Córdoba, el doctor Gould y sus ayudantes yanquis lo sigue proyectando a los primeros planos del mundo con sus trabajos en el Observatorio Astronómico Nacional.

- ¡Claro mi amigo!, ¿cómo habría de olvidar la Uranometría Argentina? ¡obra maravillosa!; la conocí en Santa Fe en manos de un tal Thome que tenía un ejemplar que usaba para su trabajo; era uno de ellos que vino de Córdoba y paraba en el Hotel de Londres, acompañado de otro astrónomo; andaban efectuando mediciones de posiciones geográficas por el interior del país; creo que después se trasladaron a Paraná. Charlamos largamente sobre nosotros, nuestras familias y la suerte corrida.

- Sí, interesaba mucho al gobierno ese trabajo y lo apoyó. Fue un esfuerzo notable el que realizaron esos astrónomos – comentó el coronel Obligado. Iba a continuar con su conversación sobre la actividad de esos yanquis, para satisfacción de Moore, cuando éste lo interrumpió, retomando la línea del tema anterior.

- Entonces tuvimos que molestar al gobierno obligados, ya era insostenible la situación nuestra. Pero, mi amigo, antes de seguir tómese un mate, sobrará tiempo para hablar de esa grandeza y de estas tristes cuestiones que nos aquejan - le dijo William Moore, el colono dueño de casa, cediendo lugar para que Winnie, su mujer, le alcanzara la agradable infusión.

La ruidosa aspiración final dada a la bombilla, marcó la reiniciación de la conversación sobre el tema que obsesionaba a ambos.

- Sí, así es - continuó el militar. - En Enero pasado fui expresamente autorizado por el Gobernador Cabal para ello. Fue cuando remití al cacique de la tribu, Juan Gregorio Chavarría, uno de los secuaces del más fiero cacique mocoví con que me tocó enfrentarme, ese llamado Juan el Raí que se esconde en el Chaco profundo; a Chavarría le impedí incorporarse recientemente al grupo de invasores venidos de Entre Ríos. Conocía sus intenciones dado que mandó a su hijo con una fuerte caballada para los indios montaraces. Pudimos interceptar y frustrar su intento. No olvide mi amigo que ese salvaje participó en el incendio y los asesinatos cometidos en el buque que venía por el Paraná, frente a Goya. ¿Recuerda el hecho?

- Pero usted lo capturó entonces, ¿verdad?

-Sí, lo mandé a la prisión de la isla Martín García de donde misteriosamente "se escapó" y volvió a San Javier. Posteriormente, lo indultó el Gobierno Nacional a pedido del de la Provincia.

- Es una verdadera vergüenza. Esa situación atenta contra la seguridad y el progreso de estas jóvenes poblaciones. Muchos de los nuestros han optado por regresar a su país. Otros abandonaron esta tierra para integrar la Colonia Alejandra, más numerosa y organizada.

- ¿Qué quiere usted? Las autoridades locales en vez de moralizarlos y ayudar a volcarlos a las actividades agrícolas simples, con el objetivo de civilizarlos verdaderamente, los empujan a la vagancia y la vida errante. Los jueces de paz son pulperos que negocian con ellos pieles de nutria, ciervos , tigres, pumas, lobitos , y demás animales que caen en sus manos; robándolos a cambio de unas pocas balas o pólvora, las pocas veces que portan armas de fuego a las que temen; o caña, la "latagá" de ellos. Esa bebida que los está destruyendo. Son los que más se opusieron a su traslado, cuando quise concretarlo y así lo aconsejé a mis superiores, para alejarlos de su influencia y llevarlos a constituir una población autónoma..

- ¿No tiene usted facultades para hacerlo, coronel?

- ¡Oh, no! Ellos están bajo la autoridad provincial, en departamentos regidos por esos jueces de paz corruptos que los tienen inscriptos en los registros cívicos y los usan políticamente.

- Es una pena porque, cuando quieren, son avezados en los trabajos de las estancias, la agricultura y obrajes de madera y carbón.

- Pero prefieren boyar al empuje de sus instintos. Sin ir más lejos, antes de ayer hubo un encuentro de una partida nuestra con un grupo de ellos que por diversión arriaban unos caballos saqueados a los franceses. Los desbandamos. El cabo que la comandaba, asegura haberle dado fuerte al que los dirigía que, según su testimonio, era el tan mentado Juan Gregorio. Lástima que se perdió en la isla malherido. No pudieron capturarlo. Fue imposible hallarlo pese a la búsqueda que efectuaron.

- Para colmo, ¡vaya uno saber quién es quién bajo la piel del salvaje! Son todos iguales. ¡Se entremezclan con los montaraces para cometer impunemente sus fechorías!

- Vea, las autoridades puestas por el gobierno de la provincia no sólo no hacen nada, sino que los estimulan a continuar con tales prácticas en su beneficio.

- ¿Y el cura católico a cargo de la reducción?

-- ¡Oh, bueno!, el pobre es víctima, quiero creer que de sus buenas intenciones. Estimo que el misionero instalado allí en San Javier, se opone al traslado de la tribu. No olvide que ha construido con gran esfuerzo y no mucho apoyo de nadie, una iglesia, misérrima pero iglesia al fin. Cree que ha cumplido cabalmente con su misión enseñándoles a rezar solamente, sin cuidarse mayormente de si hacen daño a sus vecinos o no. Además perdería la condición de reducción y los aportes que le efectúa el gobierno nacional. Llega esta situación al punto de tolerar que retengan en su poder cautivos cristianos de otros lados – la ayoría de Entre Ríos - y el esfuerzo está dirigido sólo a demostrar que estos tizones del infierno están reducidos.

- ¡Vaya farsa!

- ¡Sí, gigantesca! ¿Está tan lejos del mármol apetecido! Eso sí, ¡para elecciones y conflictos son usados hasta el mango! Movilizados y bajo una férrea conducción militar, son excelente carne de cañón. Debo reconocerlo. Le aclaro que origina en mí no poca sensación de culpa. Los comandé en la guerra con el Paraguay, los conozco y me he ganado a muchos que me secundan. Pero de eso se olvidan todos.

- Pero si eso está bien. Hace falta disciplinarlos. Imponerles el orden civilizado. Integrarlos a la nación como fuerza productiva. No reproductiva solamente.

- Vea señor Moore. El Coronel Nelson, a quien el gobierno de la Provincia le encargó manifestar a la tribu su voluntad de traslado más al noroeste, me confió que fueron invitados a hacerlo y que los indios, instigados por los pulperos y el cura, respondieron que mientras la imagen de San Francisco Javier estuviese en ese punto, ellos permanecerían allí. ¡Y el santo ha echado raíces interesadas en el lugar!

- ¡Son ladinos!

- Todos. Si, lo son. Pero peores son los oscuros intereses cruzados que más arriba negocian con el esfuerzo criminal de ellos.

- Es cierto. ¡Caramba, vaya si lo son! Estamos en pié de guerra desde que nos instalamos en esta hermosa tierra!

No terminó Moore de decir esto cuando divisaron tres jinetes veloces, que parecían cabalgar en la pluma de polvo que extensa surgía debajo de los pies de los caballos.

- Es la patrulla de Mercado - refirió el coronel Obligado parándose, seguido detrás por el anfitrión.

- ¡Permiso, mi Coronel!- dijo el soldado al que el sudor y la tierra convertían en una fantasmal figura uniformada.

- Dele nomás Mercado. ¿Qué pasa ahora?

- Vea mi coronel . Parece que al tal Juan Gregorio lo tienen escondido en la isla. No hay nerviosismo en la tribu ni nadie habla de sucesión. La Camila, la que usted sabe - expresó ruborizándose - me anotició de que un mocoso lo recogió y le brindó los auxilios necesarios para sacarlo del pozo en que lo metió el planazo que recibiera!

- ¡Y bueno, ya lo encontraremos otra vez en falta. Por ahora , déjelo así. No quisiera tener problemas con los señores estancieros que gobiernan Santa Fe por cargarme su protegido. Eso sí ¡no les aflojaremos ni un tranco de pollo! En cuanto asome el hocico con alguna maldad, ¡a darle con todo!; y si lo pueden apurar, ¡mejor!

Moore, detrás, si bien se regodeaba con esa conversación atípica entre el jefe y su sargento, asombrado por la condescendiente firmeza con que manejaba sus hombres, lamentaba en sus fueros íntimos enterarse de que aquél, el otro, el rey de los salvajes, hubiese eludido las puertas del infierno.

- ¡Está bien , hombre! Gracias por su actuación. Vaya nomás, ya casi debe estar lista la vaquilla que nos obsequiara nuestro vecino, el señor Moore. ¡Vaya sin perder más tiempo!, no sea que llegue a los huesos solamente.

El subordinado, saludó sonriente al colono, dándole las gracias, hizo caracolear el caballo y emprendió el camino al campamento, seguido por sus dos acompañantes que habían quedado detrás a una distancia prudencial.

-Vamos Coronel. También hagamos lo propio. Winnie y las chicas nos han de agasajar con una par de patos al horno con duraznos y otras triquiñuelas culinarias que, espero sinceramente, sean de su agrado. Patos caseros, ¡ eh!, no de los otros, de los que por supuestos debe estar harto.

-No, no crea. Más lo estamos de la carne roja que de la otra. Es laborioso hacerse de ellos cuando se está en campaña. Por economía de municiones y para no denunciar nuestra presencia; evitamos el tiroteo a las aves. Lazo, boleadoras y

cuchillo son el medio del rebusque y el pato no cae en las generales de esas herramientas.

- ¡Claro!, comprendo. ¡Mejor es así!, le rendiremos el debido homenaje a nuestras damas que , nerviosas, ya aguardan. Vamos Coronel. Pase por favor al comedor.

- Gracias, señor – respondió el militar ingresando a la vivienda.

Pase, pase, insisto, está en su casa.

CAPÍTULO 3
POPEANDO

Levantó ambos brazos tomados firmemente de la pértiga. Con un golpe seguro la hundió en la corriente mientras su cuerpo ejecutaba una figura de baile en el tacón de la popa. Con la muñeca imprimía un movimiento que cruzaba la pala del extremo para impulsar la pequeña embarcación con un golpe seguro que le era trasmitido intermitentemente por la hábil figurita que se arqueaba, extendía aquellos bracitos y se doblaba como un junco en una danza que se prolongaba desde hacía rato. Mientras la canoa, corta y angosta, un tronco desbastado afilado en su proa, apenas si contenía al pasajero que contemplaba orgulloso al indiecito que había tomado un brillo metálico con el sudor y el sol.

Con maestría eludió el remanso de la boca del arroyo el Verón y encaró al sesgo la corriente del río San Javier, buscando la desembocadura del zanjón que daba a la Laguna del Cachilo, rodeada de pajonales en La Rinconada, destino de su esfuerzo.

Como un gentil caballero al extremo de la mano de una dama en un baile de extraña coreografía, continuaba su movimiento grácil. Solo sus ojos nerviosos evaluaban la velocidad, el viento y la dirección de la corriente para imprimir el ritmo justo al repetido empuje en pos del filoso corte que los cruzara. Algo crecido, el río hinchado corría fuerte y golpeaba el fondo. Sus cachetadas se dejaban oír como aplausos bajo los pies. Los embates del oleaje de esa agua marronada de limo, venida desde el Brasil, eran sorteados con los gráciles movimientos del cuerpo y los golpes precisos de pala.

Ya en el seno del quieto espejo lagunar, la ve corta aguda que trazaban a sus espaldas en el agua, los llevó a puerto seguro. La quieta y blanca playita de arena apenas humedecida, los recibió con un siseo por la baradura de la proa.

Se arrojó al agua y con ella a la cintura, empujó la canoa para asegurar su encalladura. Entonces recién se dispuso ayudar al hombre a bajar. Si bien había adquirido agilidad con el correr de los días y la atención del pequeño, todavía le tiraba la gruesa costura de la espalda. Por bastante tiempo tendría que recibir continuados masajes con grasa de carpincho, hasta que desapareciese en el recuerdo el tropezón inesperado que lo había vuelto vulnerable en demasía, como nunca lo había esperado.

Esa situación llevó al cacique Juan Gregorio de pronto a cavilar profunda y continuamente respecto de su futuro y el de su pueblo. En su mente maduraba una estrategia que iba pensando y repensando ajustándola continuamente. La inmovilidad y la soledad ayudaron a la concentración, esquiva habitualmente, pero necesaria para ello.

Un ceibo sangrante todavía pese a lo avanzado del otoño, los acogió en su sombra.

El cacique se tiró sobre el cuero y apoyó su torso despacio en el tronco. Recién entonces se dirigió a su acompañante.

- Gracias muchacho, te has portado como el mejor. Sos un mocoví de veras. Como los de antes...

El niño no cabía en sí del gozo al escuchar esos elogios. Se escurrió de entre la banda trenzada e intentó de nuevo devolver el arma a su dueño original. Éste casi con enojo, insistió:

-Te dije que era tuya, caciquito. Otra vez y te mando de un sopapo al agua para que refresques tu dura mollera. ¡Pavote! Es tuya y será el símbolo de mi reconocimiento y tu poder. Defiéndela, no la pierdas. Decían que su hoja era solin... no sé cuanto, llegué a comprender que era buena. Tanto me ayudó en las correrías, ya lo verás de seguro. - Guardó silencio un momento para recuperar el aliento mientras contemplaba al muchacho atónito. Sonrió y continuó:

-Avisale a la Juana que estoy aquí. Decile que no alborote. Que venga sola con el Pedro. Traiganme el otro cuchillo y la lanza corta, además de un poco de ropa para reemplazar estos harapos. Voy a darme un baño mientras tanto. Ninguna palabra a nadie más: que no se enteren que estoy tan cerca, ¿entendido?

- ¡Sí, señor!

- No te arrimes a tu casa todavía. ¡Acompañalos así terminamos esto de una vez!

El chico partió corriendo como pájaro al que se le abre la jaula. Retemplado por la tensión de tantos días de angustia por la incertidumbre sobrevenida, motorizaba con otro espíritu su rápido andar para dar cumplimiento a la orden que le fuera impartida. Ya tendría tiempo de llegarse hasta los suyos y contar todo aquello imposible que le había ocurrido.

La india miraba en silencio a su hombre, franqueada por sus dos hijos y su hermana menor, además del joven emisario que los había guiado hasta allí.

El habló. No ya como el macho que dio la bienvenida, sino como el jefe impersonal que expresa su irrevocable, indiscutida voluntad:

-Quieren guerra los gringos, ¡la tendrán! A partir de ahora el Pájaro Blanco se volverá rojo con su sangre, ¡ya lo verán! ¡No saben con quien se han metido!

Me voy p'al monte. Quiero que mañana a mas tardar al mediodía, se me unan los que me acompañaron al norte la vez pasada, con sus mujeres. Que acampen en aquél timbó - dijo señalando un orgulloso árbol que se erguía gigantesco casi enfrente del otro lado de ese brazo de la laguna. Que me esperen allí. Debo estar seguro de que vienen solos. Me les uniré en ese lugar. Por ustedes mandaré a buscar pronto, una vez instalado bien, a la sombre de Juan el Raí. No quiero alertar a las autoridades que me

les escabullo, que voy más allá del límite que fijaran; ¡como si fuesen capaces de atarnos! Juan Andrés, este caciquito, será mi vocero y el único que tendrá la palabra autorizada. A él daré instrucciones precisas y quedará aquí en mi representación. Ha demostrado que es un indio entero como no he visto dos en mi larga vida. No puedo desconocer esa promesa y confío en él. No ha flaqueado cuando era débil, menos ahora que ha sido poseído por el espíritu del monte - mientras decía esto, tomó la lanza que portaba su hijo y se la alcanzó al chico.

-Tomala, es tuya; te entrego mi compañera de juventud. Con ella me hice y será buena amiga. Indicará a los demás que estoy detrás tuyo. Te respetarán a partir de ahora. Vamos caciquito, ¡mi gran ayudante! ¡Tomala carajo!

Le tembló la mano al asir el arma y sus ojos se humedecieron. El corazón batió a tambor pleno en su pecho. Nunca nadie le había anticipado que ocurrían esas cosas y mucho menos que le acaecerían a él. Sonrió pleno y agradeció balbuceante la entrega, prometiendo cumplir cabalmente su cometido.

- Andate. Los tuyos te esperan.

Inclinó la cabeza, se dió vuelta y partió raudo balanceando la liviana pero firme vara lustrosa, rematada con el fiero acero de la muerte en su extremo. Corrió como el viento en el tunal. Al fondo de la toldería, aguardaba su familia, ajena a la sorpresa. Lejos, solo , grito fuerte, bien fuerte:

- ¡Caciquito… yujujú!

No había alcanzado toda la tarde para contar y recontar a los suyos la aventura y mostrar los atributos del nuevo poder ganado en la caprichosa pirámide de mandos de la misérrima estructura indígena, corroída por las enfermedades, el alcohol y las prácticas extrañas que lograron injertarles a fuerza de tiempo y tesón.

Antes de caer dormido, después del tazón de mate cocido y galleta , miró una vez más la grasosa imagen de San Francisco Javier prendida con clavo en la pared de barro. Le juró que cumpliría, que sería un mocoví enterito de veras. En sus sueños, hizo realidad todas aquellas proezas simples que atribuía a sus héroes que comenzaban a abandonar su figura imaginaria, para ir posesionándose de su persona.

- ¡Juan Andrés, ...Juan Andrés ! - exclamaba su madre mientras sacudía al joven indio en posición fetal sobre el cuero de oveja. - Vamos, despertá. Te buscan. Vamos, levantate. Está Domingo con Francisco Golondrina, quieren hablarte. ¡Vamos!

El muchacho se sentó y abriendo y cerrando los ojos, emergió de la bruma del sueño.

-Ya voy mamá. Deciles que ya voy.

Se irguió y caminó hacia la puerta del rancho, tomando su lanza al pasar y colocándose la faja con el cuchillo en banderola.

El pálido sol temprano le regateó su cálido abrazo, pero él sólo sentía el profundo respeto y la admiración de sus amigos. Venían a ponerse de su parte, haciéndolo su jefe a partir de esa trascendente decisión del cacique Juan Gregorio, que recorría la toldería como llama en paja seca.

Los jóvenes desfilaron por el rancho, mientras su padre, indiferente, celebraba el hecho con caña temprana.

En el interín, se fueron desgajando de a parejas los que habrían de integrar la comitiva de aquél que sentaría sus reales en lo profundo del Chaco gualamba, entre las salvajes palmeras del Pájaro Blanco.

La partida había comenzado. La jugada sería fuerte. Lo sabrían los gringos de Colonia Francesa, California, Eloísa, Alejandra, Mal Abrigo y Ausonia.

Esa noche, muchos potreros fueron vaciados parcialmente, cediendo compulsivamente los caballos necesarios para la partida. El pájaro abrió sus gigantescas alas argentadas y los envolvió, brindándoles el cobijo de sus montes sin memoria...

Segunda parte

LA LARGA ESPERA

CAPÍTULO 4
VIENTOS OCULTOS

El hombre se asestó con fiereza una cachetada y aplastó el mosquito contra la sien, dejando una pequeña rosita roja sobre la misma.

- ¡Porca miseria! - exclamó mientras continuaba sufriendo los embates del calor del mediodía que no mitigaba el aperitivo. Ese preliminar del suculento almuerzo al que no estaba habituado ni terminaría por estarlo; pronto a servirse con holgura en la veranda cercada por maderos blanqueados y plantas con flores tropicales que herían sus ojos ocultos por los párpados semicerrados por el resplandor intenso, con su agresiva magnificencia multicolor.

Rió para sus adentros. La suerte le había sido esquiva una vez más. Vino a la América para poder levantar cabeza; poner distancia a las insalvables tensiones familiares; empujar la difícil carga de sus tres hijos que crecían en desventaja en la lejana Calabria.

- ¿Qué pasa Enrico? ¿La húmeda nostalgia?- Le preguntó sonriendo el hombre recién ingresado, todo blanco como un derrame de luz.

--No solo ella Carmelo. Esta incertidumbre por la situación política. Todo esto es un barril de pólvora dispuesto a estallar en cualquier momento. Desde que vine de Santos no hago más que percibir regueros de pólvora encendidos a la sombra del nombre redivivo de Senna Madureira o Do Nascimento. No sé qué pasará.

- ¿Qué va a pasar .Altri paese se sacudió una vieja monarquía y comienza a respirar libremente, eso nomás. Son sólo los dolores del parto que se prolongan, tal vez demasiado.

- No sé. Tengo mis dudas. Tal vez en las letras porque..., bueno, para ser sincero y pese al poco tiempo transcurrido aquí , después de zafar por un pelo de caer en el pozo de un sertao, donde me ofrecían el oro y el moro ocultando las gruesas cadenas de la sumisión; de haber sentido en el cuello el aliento de la esclavitud, me doy cuenta que ella no desaparece de un plumazo y que va a transcurrir mucho tiempo antes de que en Brasil se imponga realmente la libertad. ¡Es espantoso lo que ocurre allá adentro!

- Sí, ya lo sé, pero todos están de acuerdo esta vez en barrer los resabios del viejo régimen esclavista.

- Bueno, esperemos que sí, en favor de tanta pobre gente. Pero no será fácil. llevará mucho tiempo con tantos intereses políticos y económicos comprometidos. Se irá diluyendo con la muerte de sus sustentores y el sacrificio todavía de no pocos desgraciados en el afán de lograrlo.

- ¡Andá gringo, no seas pesimista! ¡Brasil tiene un gran futuro!

- Ya verás Carmelo, solo futuro. El tiempo me dará la razón. Aunque no sé si lo viviré. No puedo quedarme más aquí. No aguanto todo esto. El clima. La gente soberbia y la otra pobre. La situación social me hace demasiado empinada la cuesta y no puedo esperar. No olvides que allá me aguardan. Eso es prioritario.

- ¡Sí, cierto! ¿Pero, qué vas a hacer, volver acaso?

- ¡No, ni loco! ¡Allá no vuelvo! - le respondió rápidamente Enrico agregando:

- Voy a tentar suerte más al Sur, en dirección de Buenos Aires. Allí existe una importante colonia italiana y buen trabajo.

- ¿Te parece?

- ¡Estoy seguro de ello! Tuve suficiente tiempo de pensarlo en el largo viaje desde Nápoles. En el Andrea Doria me previnieron de esta situación y no quise convencerme por las palabras del pariente que me atrajo. Sin embargo barajé la posibilidad de seguir hacia el sur.

- No te apures.

- Entiendo que no soy yo el apurado, son ellos. Por respeto a su memoria y al cariño que siento por ellos debo apresurarme.

- ¡Qué lástima, perderé un amigo! Pero te comprendo.

- No, eso no. No dejarás de ser mi amigo, sólo nos distanciaremos...

El silencio enmarcó la frase final que rodó por el fondo de la calle yéndose hacia allá, hacia la bella lejana.

Un hotel franqueado por negocios diversos, que asomaba sólo su puerta a la calle Cerrito le dio albergue en la Buenos Aires que comenzaba a desplegar toda su galanura cosmopolita, para recibir pronto el siglo veinte.

Los vientos del pasado comenzaban a llevarse las quejas agónicas de los tranvías a caballo. Aunque ya se dejaban escuchar los particulares sonidos de los eléctricos a Liniers, como tributo a su majestad el progreso.

Su asombro era cierto. Nada que ver esa ciudad con la Génova que despidiera en su patria lejana. Sin embargo era dura. Activa, pujante, ¡pero dura!

En la vereda soleada detuvo a un connacional. Un vendedor ambulante de gallinas que trabajosamente portaba sus cestas de mimbre con los dicharacheros animalitos nerviosos. Él lo orientó respecto del camino que debía seguir para dar con el Gran Hotel Argentino donde se hospedaba Giacomo Giuliani, conforme rezaba la dirección llevada escrita en un papel pronto a quebrarse de tanto doblar y desdoblar.

- Siga derecho por la avenida paesano, dará con el hotel frente a la Plaza de Mayo precisamente.

- Muchas gracias.

- No tiene por que darlas. ¡Suerte!

Antes de proseguir viaje, se dio vuelta para mirar alejarse al napolitano con su pregón, su saco corto, su sombrero y su pipa. El ruido de los zapatones se fue apagando de a poco. Con el silencio, reemprendió la marcha en la dirección indicada. Suavemente soplaban los aires de una canzoneta. La brisa, el sol, le traían una feliz calidez a su espíritu. Comenzaba a caminar seguro.

No encontró a su amigo. Le erró por unos pocos minutos y recién volvía al día siguiente. El conserje le informó que había salido en dirección a la Estación del Oeste para tomar el tren hasta Once. Allí lo esperaban unos italianos para reunirse en la quinta de uno próspero, que siempre venía a buscarlo y cuyo nombre no recordaba.

"¡Vaya!” - pensó - “Poco más y él también tendría que inquirirle a ese señor sobre sí mismo".

- ¡Muchas gracias, ha sido usted muy amable!

-No tiene porqué darlas. He tratado sólo de serle útil .-

Hizo señas al mayoral y el tranvía se detuvo en la esquina. Ascendió y el vehículo con un - ¡arre caballos! - partió veloz siguiendo el trazo hecho con mano insegura, de las vías que recorrían la calle Corrientes. Bajó unas cuadras más adelante y de nuevo, a requerir por otro destino consignado en su precario papel. Otro nombre y otra dirección; esta vez de un local comercial. El calabrés que buscaba trabajaba en el Bazar San Martín. Después de dos encuentros con otros tantos transeúntes, pudo precisar su destino y se encaminó con paso firme hacia un edificio de tres plantas.

En su afán por concluir su misión se lanzó a cruzar la calle y casi fue atropellado por un "cab " que venía veloz batiendo el empedrado con el casco de sus caballos.

Salvado por un pelo, se quitó el sombrero y pasó el pañuelo por su frente ahora perlada.

- ¡Italiano torpe! - se dijo en voz baja mientras ingresaba al local haciendo sonar una campanilla al batir la puerta.

- Buen día señor – manifestó mecánicamente una persona activa detrás del mostrador.

- ¡Carlo! – expresó Enrico emocionado.

- ¡Enrico Menni! ¡Sei Enrico!

El hombre vino hacia él con los brazos abiertos y lo estrechó mientras besaba ambas mejillas, repitiendo: - ¡Caro Enrico, sei tu!

CAPITULO 5
N' DEGANGAT

El mate de madera de palo santo se le había quebrado y Juan Andrés salió a buscar un buen ejemplar para tallar uno nuevo. De paso ponía distancia entre él y la toldería. El día se prestaba para ello. El sol se derramaba limpio sobre los cueros, adobe y paja de las paredes de los ranchos misérrimos. Los perros rascaban o dormitaban sus pulgas bajo el calorcillo generoso que les regalaba temprano esa primavera tardía.

Circuló delante de los ojos de algunas silenciosas venus oscuras que, sin mover ni un múscul, fueron mirándolo calladas, pero deseosas, hasta que se perdió detrás de las últimas casuchas.

Ahuyentó un perro solitario que amagó seguirlo e insistió hasta que tomó un cascote de tierra y se lo arrojó dándole con todo en el lomo. El ladrido quejumbroso del animal huyendo rasgó el vidrio amplio del paisaje.

Dobló hacia la derecha y se encaminó decidido en dirección oeste. Había visto un hermoso ejemplar de n'degangat y de él obtendría un precioso trozo para labrar el nuevo nogotequet que reemplazaría al mate rajado.

Mientras caminaba, dejaba que con el aire fuera penetrándolo cada vez más intensamente el hálito fresco y fragante del monte.

Hizo a un lado un ramillete de rojas flores de nainic y el ceibo le devolvió incrementada la frescura ya debajo del mismo. Se detuvo y observó la bola gris oscura de un camachuí. Las avispitas negras entraban y salían transportando inquietas su dulce mensaje. Sonrió. Tendría al alcance de su mano la dulce miel con el caer de la tarde. Le llamó la atención que hubiese pasado desapercibida esa fuente de tal néctar, tan próxima al enclave humano. Era evidente que el monte se lo había guardado como tributo. Le prometió volver a dar cuenta de él con las últimas luces.

Anduvo tranquilo entre los aromos y espinillos, hasta que la marcha dijo a sus piernas que debían detenerse.

Escogió la ribera de una lagunita que abría su pupila de plata. Una pareja de dalim levantó vuelo al acercarse. Los patos mostraron plenamente su real vestimenta

al realizar un quiebre en el vuelo para elevarse y alejarse del lugar. Les levantó la mano con la palma abierta, despidiéndolos.

- Lá dalim - exclamó gozoso, saludando su partida. Eran sus amigos. Otros de los innumerables que poblaban esa tierra.

Se sentó en cuclillas y dejó que los reflejos en el agua lavaran los encontrados pensamientos que generó la escena. Se aprestó a una nueva comunión con el monte. Necesitaba pedirle permiso para tomar un trozo de su carne balsámica, prometiendo que afilaría bien su cuchillo para no herir sus fibras más de lo necesario...

La mata de paja brava le daba su sombra y lo escondía del resto del paisaje de los costados. No supo cuánto tiempo transcurrió pero fue bastante. El Sol había trepado buena parte de la cuesta cuando la risa anhelante a sus espaldas lo sacó de sí mismo y lo puso frente a un momento que se endureció de pronto por la presencia extraña.

Tomó la lanza. Con ella en la derecha y el cuchillo en la izquierda, volvió lentamente la cabeza hasta cubrir con su vista el hombre que venía detrás de una mujer desnuda.

Lo conoció enseguida. Era Juan el carrero persiguiendo a su hermana que reía. Reía y no dejaba de hacerlo mientras lo llevaba presurosa hacia la sombra de un timbó que tendía la sombra generosa a sus pies.

Ella detuvo la marcha y se volvió con los brazos bien abiertos hasta que él la alcanzó.

Se cerraron sobre su persona y fundidos en una, fueron desplomándose lentamente hasta quedar tendidos.

El miró triste la escena mientras decía quedamente "no " con la cabeza que se movía de un lado al otro. Sin embargo, nada pudo hacer. Siguió allí quieto, congelado, mientras iban creciendo en ellos las llamas del deseo y hasta él llegaban sus imágenes y jadeos...

Contempló sorprendido cuando expuso sus blancas nalgas al Sol y el cuchillo, con el movimiento, resbaló de su vaina cayendo al suelo. Vio eso y vio todo, hasta que se le humedecieron los ojos. El paisaje se fue nublando y de nada valió que pasara el brazo por su rostro. Nuevas lágrimas de rabia e impotencia le escondían la escena para evitarle un mayor sufrimiento.

Allá adelante, ajena, la pareja continuaba con el rito de la vida que, como aquellos patos reales, levantaba vuelo hacia lo más alto entre risas cortadas y suspiros. Se tapó los oídos y cerró los ojos hasta que todo de nuevo fue silencio. Entonces los abrió. Ella estaba reposando sentada contra el tronco. Él acomodaba sus ropas.

-Aloquí.- sintió que ella le dijo y comprendió que el "andate" ése sonaba a cadena de bronce y la arena raspó nuevamente la piel de su dolor; sin embargo siguió mirando. Se dio cuenta entonces plenamente que su hermana era una mujer. La contempló y vio que era hermosa . Pero entendió que ya no era su hermana; que era nadie....

El hombre se levantó y emprendió el regreso mirando dos o tres veces la femenina figura generosa que había vuelto a reposar contra el tronco después de los prolongados y cálidos besos de despedida. Evidentemente lo apuraba algo, pues regresó trotando.

Ella se puso de pié también y comenzó a caminar hacia la lagunita, con el manifiesto propósito de enfriar las brasas restantes. Él se paró casi sobre ella provocando un grito que fue cortado con el reconocimiento.

- ¡Ah!, sos vos.

Se hizo a un lado y dejó que fuera internándose quebrando la pupila plateada en muchos reflejos distintos que se abrían alrededor, mientras se movía adentrándose y sumergiéndose lentamente, con placer, con un placer distinto pero profundo también.

Él caminó hacia el árbol y recogió el arma perdida. Contempló en los reflejos del acero el fiero destello de las miradas animales al acecho y lo volvió para evitarlas.

Regresó sobre sus pasos y esperó que ella saliera.

Lo vio y se impuso de su fiereza. Sin embargo continuó hacia él confiada.

Levantó el arma y ella lo detuvo.

- ¡No! ¡No..., soy tu hermana!

- Ya no- respondió él simplemente.

- ¡No me mates, por favor! ¡No me hagas daño! - exclamó llorosa, espantada.

- ¡Ya has muerto, te mató el gringo! - le respondió clavándole profundamente la hoja en el vientre.

- ¿Por qué? - fué lo último que atinó a expresar con sus ojos que se abrieron grandes, infinitos.

- ¡Jeme! - le contestó lleno de ira. Ese -"terminó"- expresado con furia, lo dejó vacío como nunca antes nada lo hubo hecho.

La miró tendida, sangrando aún. Contempló como la vida había partido una vez más y se volvió. Olvidados quedaron los santos propósitos de la actividad extra propuesta en un comienzo. El espíritu del monte había hablado.

CAPÍTULO 6
ESA MAÑANA

El pueblo se desperezó temprano con los primeros perros que ladraron hacia el este, despertando al sol.

El chirriar de los ejes de carros de los ladrilleros que se dirigían a sus hornos, rompió la quietud nocturna que se estiraba mas allá de lo acostumbrado por lo avanzado de la estación.

Alguna que otra columna de humo se desprendía de la toldería, extendida desde unos cien metros más allá de la capilla, que levantaba sus humildes pero orgullosas paredes altas de barro y techo de paja, coronado con el campanario apoyado en su frente. Dos largas vigas de madera en triángulo cruzadas por otra le daban firmeza a su ronca garganta de bronce.

Cuando el viento era fuerte sonaba suave, sin parar, tratando de conjurar las tormentas.

La mujer gorda, fea como escupida del infierno y dos muchachones con no menor apariencia, estuvieron frente al destacamento sin formular palabra a la guardia que en vano los interrogó, hasta que se asomó el comisario.

Entonces empezó a llorar y ellos, en una inseparable mezcla de mocoví y español degradado, cortado con el hacha de sus duras gargantas y un gesticular nervioso, le impusieron de haber encontrado el cadáver de la india que había fugado con el blanco hacía dos días; conforme denunciaran con anterioridad; lo supieron entonces por las huellas encontradas en el lugar donde ella se hallaba lavando ropa la mañana de su desaparición.

Marcharon al oeste, dejando la atribulada madre en el rancho. Ellos iban presurosos delante, casi corriendo. Los seguían al tranco cansino, recelosos, temiendo alguna emboscada. Habían notado una mirada torva en sus ojos y un odio para nada oculto que los cubría como un barniz.

Bordearon el montecito de ceibos y junto con el destello de plata de la laguna, les llegó un olor intenso a putrefacción, que les impidió proseguir en aquel sentido. Dieron un amplio rodeo para colocarse en favor del viento y así poder arrimarse.

Divisaron el cadáver en la distancia con un carancho posado en él, que detuvo su actividad cuando sintió que se aproximaban, para observarlos displicentemente .

El jefe de la partida tomó el fusil y le descerrajó un disparo que le arrancó unas plumas del lomo. Hacía rato que no practicaba. Aceleradamente, el buitre levantó vuelo hasta quedar describiendo círculos en lo alto.

No cabían dudas, allí estaban sus despojos. La cruz del cuchillo asomaba por encima de las manos que tomaban la hoja como tratando de arrancarla del ombligo.

- ¡García, traé el arma! -, ordenó a su subordinado.

Éste se vio obligado a tapar sus fosas nasales con el pañuelo y aguantando la respiración, arrancó del cuerpo el facón asesino; un hermoso cabo de plata con hoja solingen. Lo limpió en los pastos primero y en el agua de la charca después. Entonces se lo alcanzó a su jefe, que lo contempló largamente. Tenía la certeza de conocer esa herramienta, pero no podía precisar dónde la vio.

Ordenó que revisaran. Lo hicieron asi nomás, tanto como para verificar que no se les escapaba algo grueso y esperó que concluyese esa rápida tarea.

- Entiérrenla antes que levante vuelo en el pico de los caranchos - le dijo a los jóvenes parientes iracundos que observaban silenciosos la escena y volvió la grupa para emprender el regreso llevando la prueba de cargo.

Otra muerte más. Una hermosa mujer joven esta vez. ¡Que lástima! exclamó su ayudante.

- ¡Linda la paica, verdad García ?
- ¡Sí jefe, era! Ahora pobre, mire la muerte que tuvo por apurar a alguno.
- Tal vez estaba preñada; por eso...; ocurre casi siempre.
- ¡Ajá, tal vez!

Entraron a los empujones al carrero que negaba de todas maneras su participación en el hecho.

- Pero comisario, ya les expliqué que sólo me divertía con ella, como ella lo hacía conmigo y le gustaba. Si usted hubiera visto como me toreaba. No, no comisario, no fuí yo aunque sea mi cuchillo - reclamaba infructuosamente el preso.

- ¡Andá, no te hagas el inocente que la chancha se te ha puesto que no es de andar y no es joda! ¿O acaso querés que te soben el lomo de nuevo para hacerte entrar en razones? - impuso violento el funcionario.

- Escuche comisario. Yo solo estuve con ella el martes por la mañana hasta más o menos la once en que, apurado, salí corriendo porque tenía que cobrar los ladrillos y el acarreo que hice para la casa nueva que están construyendo frente a la plaza. Puede preguntar...

- Sí, no lo dudo. ¡Pero primero la mataste!

- ¡No!, yo no, se lo aseguro.

Nervioso por la porfía del reo, le cruzó la cara con una fuerte cachetada que le hizo volver el rostro.

- ¡Llévenselo! Mañana saldrá con el correo para Escalada y de ahí a Santa Fe a podrirse en la cárcel. A éste no hay abogado que lo salve. ¡Pavo de mierda, dejar el cuchillo y caer por una india, por linda que fuere!

Juan Andrés fue el primero en pararse frente al destacamento y allí estuvo hasta que se detuvo el carro con el correo y algunos pasajeros que seguirían en tren desde Escalada a Santa Fe.

Maniatado, sacaron a los empujones al preso y de igual modo lo obligaron a subir colocándolo no en el pescante o en el asiento donde iban áquellos, sino atrás con los paquetes y mercadería diversa que se apilaba sin orden. El grito de Lena y el chasquido del látigo dio comienzo a la marcha con una nube de polvo que se iba incrementando detrás como objetivación del pasado.

Le brillaban los ojos y una maligna sonrisa dibujaron sus labios finos, cuando la figura del ya condenado se perdió en la pluma de tierra que formaba el vehículo.

Se volvió despacio y enfrentó la casa baja con la puerta custodiada por un milico desarrapado. Su odio se afianzó aún más con la jugada que lo había favorecido.

- ¡Loi de sa! - exclamó satisfecho. Ese - ¡muy bien ! - le inundó el alma. Había ganado otra partida a los gringos y su satisfacción lo desbordaba.

El milico que lo observaba, le inquirió:

- ¿Qué querés ahora, tape?

- Lajic nemota.- le respondió dando vuelta y yendo en dirección a su casa mientras pensaba en ese , - ya me voy a casa - , por ahora ... “Esta será mi casa alguna vez" mientras ese pensamiento lo sorprendía . Se le había cruzado así porque sí en su cabeza, sin proponérselo. Y le gustó.

Las cosas empezaron a ordenarse de otra manera esta vez. Ahora comenzaban a tener sentido. Todo ello, su vida, sus sentimientos encontrados y ese odio visceral; ese furioso odio que le brotaba torrencialmente desde el fondo de sus células como fuego vital.

- ¡Yoancata! - gritó fuerte a la campana que empezó a sonar haciendo volar unas palomas que escarbaban entre el polvo en los alrededores. Nadie prestó

atención a ese iracundo - ¡basta!- , lanzado como una amenaza que el viento pronto llevó en sus alas, borrando el sonido pero no el sentimiento que lo produjo.

Debía partir. Ya nada lo retenía en el infame rancherío que exhumaba degradación y ladridos. Sintió adentro la necesidad de huir de todo eso. Hacia su destino cierto, que estaba en otro lado , no allí. Fuertes lazos verdes lo tiraban.

Tomó la lanza y el cuchillo, sus atributos y despacio bordeó la toldería en dirección a la rinconada, donde pastaban los animales, en su mayoría del cacique de turno. Eligió el mejor, se arrimó, le acarició los belfos para evitar que relinchara llamando la atención, mientras le rascaba la testuz. El animal complacido resopló y fue dejándose conducir hacia lo mas tupido del pajonal, alejándose del resto de la tropilla que continuaba ramoneando indiferente.

Cuando estuvo lo suficientemente lejos y seguro, le colocó sobre el lomo un cuero de oveja y lo montó taloneándolo para obligarlo a trotar.

Prendido de las largas crines, con la lanza lo fue obligando a seguir el camino del monte.

Así nomás, como quien no quiere la cosa, partió en silencio a cumplir con su destino. Aquél que le dictaban sus fueros íntimos empujándolo sin palabras pero con la certeza del rumbo preciso.

Largas horas lo llevaron hasta la costa del Saladillo Dulce, donde dio de beber y dejó descansar al animal e hizo lo propio consigo. Luego comenzó a marchar por la ribera hacia el norte, siguiendo la misma y en parte cortando el terreno meandroso, para evitar un esfuerzo inútil. El viento le daba en la cara y él dejaba que le hablara con su lenguaje ahora cálido; lleno de perfumes silvestres que le susurraban de liberación, de despojo de las suaves pero firmes cadenas que habían pretendido anclarlo en el polvoriento villorrio, con pensamiento y palabras prestadas, conductas impuestas, condiciones ajenas.

Ya no.. Comenzaba a ser él y no pararía hasta lograr cumplir con su destino.

CAPÍTULO 7
MALOS VIENTOS

- Enrico, no sé si malos vientos y buena suerte te han traído para aquí, o viceversa. La situación ahora en Buenos Aires es crítica.

- ¿Porque , Carlo? Yo veo bienestar y progreso como no lo vi allá antes de partir.

- Son los restos que quedaron del trabajo. La especulación ha destruido todo. El juego de la bolsa se lleva el poco esfuerzo que la gente hace por los magros sueldos actuales. ¡Se paga hasta el treinta por ciento anual de interés! ¡Es escandaloso! ¡Una usura!

- Mira, la avaricia se muestra en todos lados.

- No. No como aquí ahora. Los quebrantos se suceden y parece que a la bancarrota nadie la puede parar.

La conversación se desarrollaba mientras caminaban tranquilamente por calle Córdoba hacia Talcahuano. Grupos de personas deambulaban nerviosos por la zona y jóvenes exaltados gritaban contra el presidente Juarez Celman, a quien hacían culpable de lo que ocurría, incitando públicamente su derrocamiento.

- No Carlo , tampoco es mi intención tentar la suerte más de lo prudente. No me quedo aquí en la capital. Me voy al interior, si la situación es a todas luces políticamente insostenible como me cuentas y veo ahora. Debe haber más tranquilidad. Además no he hallado trabajo y quien te lo ofrece no asegura poder pagártelo. Con mi oficio, no tendré problemas allí donde se empuja la carretilla en serio y no se especula. La gente debe caminar y yo vivo de sus pasos.

Dieron vuelta la esquina y se encaminaron hacia el hospedaje. El fresco nocturno los apremiaba y al día siguiente, iban a retomar la rutina de ir al trabajo y de buscarlo, respectivamente.

Los primeros cañonazos hicieron trepidar las puertas y ventanas. Los disparos de fusilería se sucedían sin solución de continuidad.

El 27 de Julio fue recibido en brazos de Marte y relevado por el 28 con igual espíritu guerrero. Las versiones eran encontradas. Lo cierto es que el cañoneo de la flota, hacia perder la calma a Buenos Aires, aún cuando sus disparos iban dirigidos solo al Retiro y a la Casa de Gobierno.

Los carricoches corrían con muertos y heridos hacia la Chacarita y los hospitales.

- Se pelea duro, exclamaba un parroquiano conocido que se refugió en la pensión.

Los sucesos del día anterior, la batalla en las calles Santa Fe y Cerrito, a la altura de Talcahuano, conmovían a los contertulios que no asomaron su nariz a la puerta por temor. La ciudad estaba paralizada. Se hablaba de muchos muertos y cientos de heridos.

- Creo que la intentona se acaba.- agregó el mismo parroquiano - Me chimentaron que los rebeldes en las personas de Aristóbulo del Valle y Leandro Alem están efectuando tratativas con el gobierno para una rendición honorable. La tregua subsiste. Sin embargo ha cundido el desánimo entre los sediciosos, especialmente los militares que se dejaron tentar. Mi hermana es conocida de una amiga de un tenientito, un tal Uriburu y algo le comentó al respecto.

- Sí. Creo que salvó la ropa el presidente. Las tropas del interior arribadas por tren se mantuvieron firmes y leales. Le están sacando las castañas del fuego al magistrado, comentó Carlo mientras Enrico, convidado de piedra, escuchaba atentamente a unos y a otros, tratando de hacerse una composición de lugar.

La violencia y la compleja urdimbre de la trama de los hechos puestos en juego, habían superado su capacidad de comprensión por la falta de referencias que le permitieran adquirir un cuadro de la situación imperante.

- ¡No hay dudas que la revuelta está fracasada, pero el gobierno liquidado! concluyó aquél.

Cuando el vehículo lo llevaba a la estación del Central Pacífico, para abordar el tren a Mendoza, cruzaron un grupo de personas, en su mayoría jóvenes, que celebraban con gran algarabía la caída del gobierno por las renuncias sobrevenidas y la asunción del "gringo" Carlos Pellegrini.

- ¡Ya lo ve ..., ya lo ve..., ya se fue el burrito cordobés...! .- , gritaban a voz de cuello cantando a coro. Sus voces siguieron resonando por largo tiempo en su memoria.

Con todos esos hechos de una inusual violencia, fue llenando los luengos espacios infinitos que se abrían a ambos costados de la culebra de hierro que, incansable, trepidaba buscando la femenina falda de los Andes.

Ya había perdido la cuenta. El monótono paisaje y el traqueteo regular resonando a sus pies, lo metían y lo sacaban de un adormecimiento recurrente.

En el interín, sus ojos rodaban sin vallas por el espacio verde, gris, o amarillento conforme la zona cruzada, de esa inmensidad pampeana sin árboles de la que tenía mentas pero no experiencia cierta alguna. Y su perplejidad también carecía de límites.

De pronto, unos animalejos trotaron rápidos y zigzagueantes alejándose del convoy. Su asombro supremo, lo llevó a decir admirado :

- ¡Guarda , guarda, que gallo grande se trovano nell'America!

La risa del pasaje próximo fué general.

- No mi amigo. ¡Son “ñanduces”! - le aclaró vehementemente su vecino de enfrente, brindándole con generosidad una explicación que le permitió ubicar precisisamente los animalejos en la escala zoológica que se modificaba rápidamente a medida que penetraban en aquél espacio virgen. Así ocurrió con el olor penetrante que inundó en un momento el coche. A partir de ello, el zorrino adquirió ciudadanía en su memoria...

Después de un par de meses de trabajos esporádicos en distintas facetas en su especialidad, emprendió camino a San Juan donde volvió a probar suerte sin lograr que la raíz que nutriera sus bolsillos hundiese lo suficiente en la tierra.

Por contactos establecidos allí, hizo acuerdos para trasladarse a Chile, que mantenía vínculos comerciales directos e importantes con las provincias cuyanas.

Su capacidad para la elaboración de calzado, el buen cuero argentino y el todavía fluyente oro de California al país trasandino, le auguraban un mayor bienestar.

La paciente familia que aguardaba en Italia, le dolía cada vez más en las entrañas. Apresuró la partida.

Aprovechó la entrega que tenía que hacer unos arrieros de una tropilla de caballos, para pasar con ellos la gran barrera andina.

El tiempo era propicio y la temperatura ideal para ello. Su asombro se vio colmado cuando , al trasponer la pre cordillera, se topó con los Andes propiamente dichos. El blanco penacho de sus cumbres y su magnificencia, trocaron el salvaje paisaje de piedra, en una gigantesca catedral.

Se quitó respetuosamente el sombrero y abrió sus ojos teñidos de sorpresa, al amplio, vasto, magnífico recinto, donde la naturaleza volcaba sus dones para retar la capacidad creadora humana.

A su memoria vino porque sí, un pasaje de la Divina Comedia y comprendió que todo ello era la antítesis. Se alejaba del infierno para llegar al cielo en vida. Y se llenó de luz, de gozo; tanto, que la piel se le contrajo y los ojos se le humedecieron, no por el brillo, precisamente...

- Per me se va tra la gloriosa gente! - murmuró como leyendo en el frente montañoso.

No pudo mirar mucho más. La irritación se hizo insostenible y hubo de calzarse unos discos de madera con hendijas pequeñísimas que le permitieron mirar evitando el reflejo hiriente de la intensa radiación de altura.

Las sorpresas se sucedían a las sorpresas con cada vuelta del paso seguido.

La piedra monumental, pulida, grandiosa, dio lugar a poco de bajar del otro lado, a una vegetación que se fue haciendo más abundante a medida que se internaban en las profundas quebradas.

Habían dejado atrás la población de Los Andes y se encaminaban ya próximos a su destino , Valparaíso. Arribó al promediar la tarde.

Quedó impresionado con la topografía quebrada que le recordaba a su región natal, poco generosa en planos extensos y vio como se abría ante sus ojos el Pacífico en brazos de la amplia bahía abierta. Por momentos pensó en la Nápoles de sus jóvenes recuerdos liminales. Se sintió partenopeo allí. Hasta la vegetación le traía reminiscencias. Todo transcurría como si por ensalmo o por la fuerza de sus anhelos hubiese sido traslado de pronto a la costa mediterránea. ¡Solo faltaba la fortaleza normanda!

La realidad lo sacó pronto de sus ensoñaciones. Debía buscar alojamiento y las referencias con que contaba eran un tanto vagas.

Un par de damas que cruzaban la calle en ese momento distrajeron su atención. Por debajo de las largas faldas oscuras, se dejaban entrever unos zapatos de buena clase que le hicieron sonreir. El mercado prometía...

CAPÍTULO 8
ARBOL SOLO

El tiempo había dejado de existir en el monte. Lo único que cambiaba eran los vientos. Ora uno, ora otro, le acariciaban o le azotaban el rostro conforme sus fluidos caprichos.

El padrinazgo de que estaba dotado, le facilitaba la realización de sus deseos de convertirse en un mocoví entero, como los de antes. Como habrían de ser los del futuro, conforme avizoraba nebulosamente, en su todavía confusa personalidad.

Mientras Cainet, su mujer, pacientemente le arrancaba los largos pelos negros con la pequeña guampa finamente perforada y afilada en los bordes de la incisión, llevando el límite de la frente a la mitad de la cabeza, después de eliminar cejas y pestañas, para ir acercándolo a la imagen de lo que debía ser un mocoví verdadero, que enfrenta los hechos y el pampero sin pelos en la cara, como había sido y tenía que ser, saltaba su mente de la laguna bordeada de palmeras con yacarés asoleándose en la arena blanca, a las confusas y esfumadas imágenes fantasiosas de un mítico Ariacaiquin que murió combatiendo a los invasores en Córdoba. Para el que también no había ni tiempo ni distancias. Le parecía por momentos sentir en su interior el bullir del espíritu del mismo como si lo hubiera poseído.

A sus pies, iban quedando desparramos los largos pelos con su raíz. No sentía dolor. Debía hacerse, simplemente.

Detrás, Capiacana, la vieja adivina, mostraba su complaciente sonrisa desdentada. Una oscura piel cruzada de arrugas había tomado de los aromos su textura, apretando el flaco cráneo en el que la boca de gruesos labios era una grosera herida. Sin embargo los ojos le brillaban. Estaba satisfecha con el hombre que las elementales apetencias de saber le habían arrimado en su ancianidad, con la figura de su nieta, que había empezado a perder las líneas gráciles por acción del amor.

Con sus dedos sarmentosos se tocó el ombligo y rió dando unos cortos chasquidos mientras movía la cabeza contenta.

Lejos, allá lejos, habían quedado sus hijos y recordó con cierta tristeza el último, que tuvo que asfixiar para evitar que su llanto los delatara cuando se refugiaron con su hombre en medio de unos espartillos que los llenaron de cortes, huyendo de la partida de blancos de ojos azules que los perseguían, al noroeste de Romang.

La sonrisa se le borró; un rictus de odio se fijó en su boca y se posesionó esta vez de la cara. Recordaba.

- ¡Elobgaec, Capitan Mur, elobgaec! - gritó el ensalmo cerrando el puño con furia.

- ¡Tu muerto capitan mur, tu muerto! - remedó el indio joven, riendo seriamente. Todas las mañanas la anciana mataba dos o tres veces a Moore, el feroz enemigo que los había desarraigado trayéndola hasta aquí. Después, en otras de las correrías contra el grupo de él, perdió a su marido y los tres hijos restantes.

Pero le dolía el menor, el que murió ahogado por sus manos cumpliendo la inexorable ley del monte como debía ser.

Cainet se alejó un par de pasos y contempló satisfecha el resultado de su labor. Roja y algo inflamada, la frente había retrocedido hasta alinearse con las orejas.

- ¡Yoamcata! - le dijo contenta. - ¡Ya basta! - había cumplido cabalmente con su cometido y su satisfacción era grande.

- ¡Loi de za! ¡Muy bueno! - repitió con una sonrisa para premiar el esfuerzo de ella.

Se paró despaciosamente y caminó hasta el borde del agua, donde observó sus reflejos de frente y de costado. También estaba profundamente complacido.

Sumergió la cabeza varias veces para ahuyentar la molestia residual y se irguió sacudiéndola hasta eliminar el agua de la larga cabellera posterior.

Le palmeó la panza a su mujer, donde había germinado la semilla que ya se notaba como una protuberancia que ella gozosa henchía aún más y se encaminó hacia donde estaba la vieja.

La ayudó a pararse y despacio, muy despacio, con pasos que no sobrepasaban el largo de su pie, fueron encaminándose hacia la espesura , para continuar recibiendo las diarias lecciones que se prolongaban hasta cuando debía partir para surtir de caza a las tres bocas del grupo.

Tenía la convicción que por intermedio de ella, el espíritu del monte hablaba, y hablaba bien, para él sólo, brindándole sus secretos y sus historias, enraizadas con los quebrachos, los jacarandaes, los lapachos.

La vieja se detuvo, arrancó el extremo de una rama de un arbusto y dijo:

- Ebebe...- comenzando a explicar las características de esa quinoa silvestre, sus propiedades, su floración. Y no era ella ya la que hablaba. La voz fue mutando hasta adquirir firmeza y una dureza impropia de su debilidad senil.

Él escuchaba respetuosamente, haciendo esfuerzos por comprender y grabar todo éso. No estaba acostumbrado a hablar mucho y no le era fácil seguir los vericuetos del razonamiento en aquella lengua tan ajena a la forma de ser y de pensar que le habían inculcado en un comienzo y que estaba decidido firmemente a rechazar.

Después de un largo rato, detuvo a la mujer y le dijo :

- ¡Yoamcata! - empujándola a volver. El mediodía se acercaba y una necesidad de carne fresca le había crecido en sus entrañas. Hoy no soportaba la carne seca y ahumada que colgaba en el bendito.

Depositó la piltrafa humana cubierta con la piel de yaguareté y su faldilla de cuero de nutria y se alejó nuevamente en dirección al monte, esta vez con pasos rápidos y decididos.

- ¡Mur elobgaec! - alcanzó a escuchar a sus espaldas antes de perderse.

Vio el gamo en la distancia. Sus orejas triangulares se movían nerviosas por encima de la vegetación.

Mojó el pulgar en su boca y lo expuso al aire. Detectó la dirección de la brisa suave por el enfriamiento de un lado de este.

Calculó la posición relativa y comenzó lentamente a efectuar un rodeo. El animal pastaba y se veía que lo hacía sin prisa.

Echado de panza, sin levantar la cabeza, se arrastró empujándose despacio, muy despacio, con los codos. La copa de una arrogante palmera le servía de referencia para seguir calmosamente en la dirección precisa.

No podía equivocarse. Sabía que el animal estaba entre él y la palma. Solo debía calcular la distancia correcta, estimada previamente y sujeta a las variaciones

de la postura del ciervo. Cualquier cambio sería acusado por la proximidad, al sobresalir las orejas de la maleza de enfrente.

Quedó quieto, muy quieto. A corta distancia, alcanzó a percibir el suave sonido de la hierba arrancada y masticada rápidamente, con avidez.

Dejó deslizar la lanza despacio hasta equilibrarla en la palma de su mano derecha; encogió las piernas lentamente; clavó los dedos de los pies en el pasto fresco y con un empujón se paró de golpe exhalando un fiero alarido que paralizó a la presa. Instantáneamente arrojó el arma que fue a clavarse profundamente en el cuerpo del venado haciéndolo caer, hasta quedar tendido con sus acuosos ojos enormes abiertos a otros cielos.

Tomó el animal exánime por las patas y lo colocó sobre sus hombros. Emprendió el regreso satisfecho. No había resultado vano el esfuerzo y la presa tenía una talla aceptable. No era demasiado grande, lo que anticipaba una carne tierna y sabrosa. Comenzó a segregar jugo gástrico el estómago de sólo pensar en ello.

Su mujer se levantó del cuero sostenido por cuatro estacas que le servía de cama, donde estaba reclinada, para ir a su encuentro con el fin de ayudarlo en la tarea necesaria.

Ella clavó el cuchillo en la yugular del ciervo que colgaron de una rama. Recogió un poco de sangre en un recipiente de barro cocido en forma de tazón. Bebió unos sorbos destinados al pequeño que así lo demandaba en su vientre y le ofreció el resto a su hombre que hizo lo propio con placer, pasándose el brazo por la boca para eliminar los restos una vez agotada la provisión.

Ella fue a la sombra de otro árbol para estaquear el cuero que le tendió él y comenzó a rasparlo con una cuchara del agua, labor que continuaba realizando cuando los cuartos comenzaron a asarse a la llama de una buena leña de algarrobo y aromo que habían cuidado juntar y colocar al pié del añoso árbol que los cobijaba.

Quitados los tejidos blandos, comenzó a sobar el cuero untándolo con grasa de iguana prolijamente distribuida y jugos vegetales.

La vieja, cansada por lo avanzado del mediodía, dormitaba sus sueños distantes quebrados por algún movimiento convulsivo producto de los mismos. Su saña de muerte se incrementaba en ellos. El placer de ver derrotado al vencedor, le daba un calorcito extra a su magra existencia, denunciándose en la sonrisa que campeaba en su boca entreabierta...

CAPÍTULO 9
LA TORMENTA SE CIERNE

Levantó la cabeza de la máquina con que cosía la capellada de un calzado liviano y suave, encomendado por una señora para su hija dilecta, cuando escuchó que la puerta se abría violentamente e ingresaban unos jóvenes al recinto de la pequeña fábrica en gestación.

Apenas alcanzó a desviar la misma para evitar que la piedra le diera de lleno en la frente.

- ¡Vete gringo de mierda!

- ¡Espía! ¡Hijo de puta!

- ¡Traidor! - le gritaban iracundos mientras destruían todo lo que tenían al alcance de la mano. Tomó una trincheta, la más grande con que contaba y se levantó para hacerles frente. Tenía que evitar que hicieran añico su esfuerzo. Los mozalbetes al verse inesperadamente enfrentados, vacilaron y optaron por retirarse amedrentados.

Él no entendía nada. Sabía de los problemas que recorrían las calles de Chile, donde se había apaleado a varios argentinos; éstos partían del país ante la inminencia de un conflicto que nadie parecía capaz de detener. Pero él nada tenía que ver con todas esas cosas.

Cerró cuidadosamente el local y se dio a la ancha avenida empedrada con sus altas farolas dobles de hierro en el centro y sus negocios con los toldos desplegados.

Así, al cruzar la calle apurado, tropezó con una de las vías del tranvía que la recorría longitudinalmente, a partir de la esquina anterior, por donde ingresaba. Casi perdió la estabilidad. Por suerte, en ese momento no cruzaba nadie; no tuvo mayores consecuencias el hecho, salvo el sobresalto por ello, ya que el equilibrio rápidamente fue recuperado. Solo la boina rodó varios metros llevada por el viento.

Alcanzada la vereda opuesta adquirió al vendedor de periódicos la edición matutina y se refugió en un café.

Los encabezados le dieron la razón de lo acontecido: "La Patagonia es nuestra y nos han despojado de la misma" y otros caracteres por el estilo. En el ángulo inferior, con iguales dimensiones en los títulos y el mismo espíritu se criticaba a Italia por ponerse de parte de Argentina, entrometiéndose en un conflicto ajeno. Daba cuenta de que la misma cedía al país vecino cuatro cruceros acorazados y que la comunidad italiana había constituido un cuerpo de ejército organizado con algo así como quinientos oficiales y casi veinte mil hombres, para luchar en contra de Chile en flagrante oposición al derecho internacional, por su calidad de neutral.

Empezaron a tomar sentido las conversaciones escuchadas en el Círculo Italiano esa semana. Cada vez eran más numerosos los que hablaban de emigrar para evitar represalias; cosa a la cual no daba importancia. Pensaba que se habían inmiscuido sus connacionales en cosas raras, hiriendo la cordialidad de los anfitriones.

Conocía el empuje de los mismos, que se llamaban a sí "los prusianos del Sur" después de sus victorias con el Perú y la ocupación de Lima. Pero jamás llegó a pensar que alcanzaría esos extremos el empuje bélico, incentivado por una hábil política desde los grupos militares, que exacerbaban los ánimos, creando aquél clima pre bélico que les era favorable.

Cuando tomó conciencia de la magnitud del enfrentamiento y del grado de compromiso de los italianos en favor de Argentina, no dudó un instante. Allí estaba su dinero pero no su espíritu. Hizo las valijas y apresuró la partida con un grupo de coterráneos antes de que los declarasen beligerantes. Para colmo, esa noche, hasta les negaron la cena donde habitualmente concurrían y los echaron con cajas destempladas.

Con tristeza , miró para atrás como se perdía en las brumas de la distancia, aquél país en que había llegado a colocar los cimientos de su prosperidad que le era tan necesaria para la reunión con su familia. Los vientos se le habían nuevamente dado vuelta obligándolo a enfrentar un destino adverso.

Mendoza emergió otra vez en su horizonte y allí por fin, después de muchos días, pudo descansar en paz.

El sol se quebraba en destellos rojizos en la copa de buen vino tinto de la bodega de un italiano que prosperaba en la región a fuerza de sacrificio y tesón.

Esa noche se reunió con él para imponerse de la situación e intercambiar opiniones respecto de la misma. Necesitaba una palabra autorizada. Desconfiaba de la prensa, plagada de opositores. Los oficialistas de nombre ocupaban cargos públicos de importancia, hasta ministerios y las columnas estaban a cargo de plumas secundarias, no fiables.

- Vamos Menni, quédese por aquí. Hay un futuro promisorio en la región. Cada vez se produce más y mejor vino; se amplían las acequias.

- No lo pongo en dudas, Tittoralli. Pero mi suerte está con la mucha gente, la que camina más - le respondió sonriendo, agregando : - Con sus pies "me llevarán en andas"

- ¿Qué hará entonces?

-Volveré a Buenos Aires. Allí veré qué pasa o buscaré otros rumbos. Ya no me queda margen. Perderé lo único bueno que tengo en este mundo, mi familia, que aún aguarda con gran sacrificio. La presencia de ellos no puede ser reemplazada por cartas, ¡por abundantes que fueren!

- Sí, es cierto. Bueno. ¡Suerte en la aventura! - le respondió su interlocutor levantando la copa a su salud.

Apoyó la cabeza en el hueco de la ventanilla que ocupaba en el tren que lo llevaba de regreso. Otra vez aquel mar, aquella inmensidad, marcándole aún más las distancias que lo separaban de los suyos. Un gran dolor le fue ganando el alma. Sin embargo, con esa terquedad que lo caracterizaba, levantó la cabeza y en lugar de dormitar como fue su primer deseo, contempló el paisaje abierto dejando volar sus nuevas esperanzas.

Enfrentado nuevamente a la gran ciudad, se dio a la tarea de organizarse para subvenir sus necesidades. Los giros periódicos a su casa, ahuecaban grandemente los bolsillos.

Por el diario La Nación, puesto a su alcance en un café, se enteró aquella mañana que una importante firma de Santa Fe requería talabarteros especializados, prometiendo muy buena paga. Se dirigió al mostrador y con la autorización del dueño del local, cortó el aviso, pagó dejando una propina y, con pasos apresurados, regresó al hotel.

Nuevamente le habían crecido alas en los pies. A su lado lo acompañaba el baúl y su sombra, inseparables, fundidos en uno... Subieron por la escalerilla de acceso al vagón del tren que habría de conducirlo a Rosario , en una nueva etapa de su periplo. Confiaba en que el interior le brindaría mejores oportunidades no sólo económicas sino de bienestar para su espíritu castigado por los vaivenes de acontecimientos que no gobernaba y que sin embargo fueron factores condicionantes de sus decisiones.

El paisaje que se le ofreció, fue bastante distinto que el anterior , a partir de Campana, los campos se ondulaban, las arboledas eran densas y los múltiples arroyos que cruzaban hablaban a las claras de la bondad de esa tierra sobre el Paraná.

Rosario le impresionó grandemente por su actividad y su desarrollo. El cochero lo paseó por la misma una vez instalado en el Hotel Internacional, próximo al puerto, donde reposaría hasta el día siguiente en que abordaría el ferrocarril francés con destino a Santa Fe.

El movimiento era intenso y las tentaciones muchas, pero pudo más la cordura y el cansancio que lo llevó alejarse de las iluminadas calles empedradas, para recogerse en la modesta habitación que le asignaran, a él, su sombra y su baúl.

CAPÍTULO 10
KEVAITÍ

Cada vez se hacía maás difícil llegar vacío a la noche. La sequía había ahuyentado la caza y los charcos se esfumaron dejando sus huecas pupilas barrosas libres de aves. El Gran Río, agostado por la falta de lluvias, había lavado los peces y era inútil quedarse horas entre los juncos en el barro con la lanza presta. El brazo, agotado con el correr del tiempo, bajaba cansado sin siquiera arriesgar un tiro. Ningún reflejo plateado en las hoyas oscuras acusaba la presencia de peces. Dos días hacía que había logrado capturar de casualidad una anguila cuando vio burbujear el fondo de una depresión en el lecho, con algo de agua residual. Desde entonces, nada.

Como por ensalmo, los animales se habían evaporado y el viento norte que no dejaba de soplar, los había llevado lejos, fuera de su alcance.

Parado en el borde de la isleta, miraba con ojos vacunos la llanura tratando de interpretar los mensajes acusadores de vida en alguna parte de su amplia extensión.

A sus espaldas, su mujer torpemente acarreaba la vasija de barro con la poca agua sucia que podía obtener más allá del recodo, donde un remanso había cavado una hoya. Se detenía continuamente y resoplaba. La panza , que ya había bajado hacia

rato, le molestaba grandemente por la proximidad del parto. El sudor le corría por el rostro y formaba torrentes que se perdían entre los senos hinchados.

El ronroneo marrón lo envolvió de golpe. La manga de langostas, oculta por los altos árboles, descendió y se desparramó sobre los pastos que amarilleaban.

La llamó y, juntos, comenzaron a recolectar pastos y hojas secas, que abundaban, hasta formar un colchón bastante extenso. Concluido, fueron ahuyentando todas las que podían a ese claro manchón. Cuando ya no quedaban animalejos saltones en las proximidades, corrió al bendito trayendo una vara en llamas con la que prendió fuego a los cuatro costados de esa manta vegetal. Ardió como yesca. Se escuchaba el crepitar de los insectos. Terminado el combustible, el viento se llevó el humo junto con algunas lenguas de fuego que murieron en la ribera seca; esperaron que se enfriara el manto de cenizas oscuras y se dieron a comer las langostas bien asadas, que crujían en sus bocas , como bizcochitos tostados.

Un par de horas les insumió el almuerzo. Concluido, limpiaron sus dedos sucios con ceniza y negro humo en el lomo del perro grande que se había echado entre ambos y los dejó hacer. Entonces ella arrimó la cabeza a su pecho y él comenzó a despiojarla, masticando fuertemente los pequeños bichitos, con satisfacción. Cuando se hubo cansado de tal postre, se invirtieron los roles y ella hizo lo propio a su vez, con gran regodeo.

- ¡Ipioj! - exclamó complacido.

Así aplacaron la hambruna y se aprestaron a encarar otra agobiante tarde de verano.

Cuando escuchó los quejidos de ella, evidenciando la inminencia del parto, se arrimó donde se hallaba la vieja y le dijo:

- Totón jamac - no está bien- y se alejó en dirección al caballo. Le colocó el cuero de oveja que le hacía de recado, tomó la lanza y partió hacia la umbra del monte que había empezado a ralear. Trataría de buscar caza para arrimar algo si era posible.

Atrás, la mujer, con gran esfuerzo pues las contracciones se sucedían, colocó en el centro del bendito la piel del puma que había preparado al efecto y se aprestó a recibir con sus propias manos el fruto de su vientre, concentrándose para que fuere varón, como él quería. Le pondrían Kevaití y sería un guerrero orgulloso. Valiente como su padre.

El cuero blanquecino, preferido por facilitar la detección de los ácaros y otras alimañas, fue recorrido rápidamente por sus dedos en un rincón , donde capturó una pulga de perros.

- ¡Ipioj lapacata elobgaec! - expreso con furia apretando la misma entre los pulgares. El reto se interrumpió cuando el dolor lacerante le llegó de golpe haciéndole cerrar intensamente la boca.

Desde afuera llegaban las desdibujadas maldiciones de la vieja , que nada podía hacer por ella .

Empujó en cuclillas, asentando fuertemente sus dedos y rodillas sobre la suave piel felina. Se tiró para atrás y comenzó a presionar con firmeza. Unas gotas de sangre mancharon el cuero. Aflojó y respiró agitadamente varias veces por un

instante. Luego, con tenaz decisión se dio a forcejear hasta sentir entre sus manos la cabeza de la criatura. Con delicadeza, la fue extrayendo lentamente ayudándose con gran esfuerzo. Sus quejidos abandonaban la entrada triangular que formaba la techumbre y se elevaban al cielo como una melopea. La hizo girar algo y consiguió extraerla totalmente. Le dio una fuerte palmada en las nalgas y el llanto despierto de golpe se mezcló con el jadeo animal de ella. Se dejó caer agotada y estuvo unos minutos hasta recuperar fuerzas, antes de proseguir con la tarea de cortar el cordón con una cuchara del agua. Después arrojó la placenta lo más lejos que pudo. Los perros corrieron a dar buena cuenta de la misma.

Él volvió al día siguiente, despacio, dejando que las cosas de las mujeres siguiesen el curso normal. Aun cuando sentía deseos profundos de conocer el vástago, para el que, casi sin proponérselo, había bosquejado algunos planes. Desmontó con parsimonia y se dirigió a la amplia boca del refugio. Ella estaba profundamente dormida con un bultito humano que movía apenas sus flacas piernitas. Se arrimó, puso sus manos entre las extremidades. Colocó a la criatura de espaldas y separó apenas sus rodillas con los dedos extendidos. Vio la hendedura que ella le había hecho en la ingle. Se irguió, montó nuevamente a caballo y cuando se aprestaba alejarse, escuchó el llamado de ella que, despierta, lo contemplaba esperando su respuesta.

- ¡Totón jamac! - exclamó furibundo - ¡no está bien! - repitió. Le dio la espalda y comenzó la lenta marcha nuevamente hacia el monte. Indiferente, afrontaba el destino tal cual venía. Ella sabía lo que tenía que hacer y estaba seguro de que se haría.

La sombra del monte le brindó su frescura para paliar el rigor del verano que se descargaba implacable sobre la región.

Era el primero. Ella, torpe, todavía no había aprendido hacer bien las cosas.

Su hombre había repudiado a la niña. Deseaba un varón y ella debió dárselo.

Hizo fuerzas para ello pero le fué negado. Buscó alguna culpa y no pudo hallar ninguna. Los espíritus traviesos del monte le habían jugado una mala pasada desconociendo el pedido y de nada valió su esfuerzo y sus invocaciones. Vino con la vaina, no con el cuchillo como era deseo de él y también de ella, en consecuencia.

Bajó las manos hacia la criatura ajena a la tormenta desencadenada. La tomó por el cuello y apretó fuerte mientras sentía que adentro crecía un inmenso vacío que amenazaba con abrirse y devorarla.

Estaba hecho, como debía hacerse. Levantó el cuerpito, cavó un pozo con sus manos en la arena blanda, seca, lo depositó en él y lo volvió a cubrir formando un pequeño túmulo que el viento se encargaría pronto de borrar, hasta de su memoria.

Tomó el caballo por las largas crines, apoyó los dedos del pié izquierdo en la rodilla del animal y con un envión, montó prestamente encaminándose al monte en su búsqueda.

Lo encontró en un pequeño claro sentado sobre un tronco caído, con la mirada perdida en la distancia.

El giró lentamente la cabeza al sentir el ingreso lento del animal que la trasportaba y la miró con esos ojos negros profundos que tanto admiraba.

- Jeme - , le dijo simplemente, casi como un suspiro – terminó, expresó nuevamente.

- Lajic - ya voy - fue su respuesta y siguió mirando lejos, desenredando los últimos girones de su pensamiento caprichoso. El monte había hablado. Debían volver y emprender no solo el regreso, sino la gran marcha.

Allá vendría el hijo, los hijos, o nada...

Con las ultimas palmeras, tomaron hacia el naciente y cabalgaron los dos solos largas horas de calor agobiante en silencio.

Bordearon la cañada inmensa casi seca, que hasta las nutrias habían abandonado excepto en su denso centro , donde unos piletones naturales conservaban agua barrosa, víboras, yacarés y animales de presa. Pero allí, solos, no podían internarse para buscar alimentos, era un suicidio. Así que tomaron por el lecho despojado del arroyo que de ella nacía. Se encaminaban hacia las estrellas que no se ponían nunca, retornando a cumplir con el mandato.

CAPÍTULO 11
HOTEL ITALIA

El día comenzaba. Presuroso, Enrico caminó hasta la calle Rioja y desde ahí al oeste hasta arribar a Comercio. Tomó por esta última al sur. Los carruajes producían un sonido raro en el taqueado de la calzada. Era la primera vez que veía una calle con cubierta de madera en vez de piedra, extraña al lugar. Realmente lo sorprendió. Daba la sensación de una gigantesca pista de baile lustrosa, algo combada, solamente.

El sonido de los cascos era agradable. Más apagado que el del golpetear del herraje sobre el granito y las paredes de las casas laterales respondían con una resonancia particular que otorgaban un no sé qué de especial a esa repetición tamborilesca ejecutada rápidamente a cuatro patas nerviosas.

Al llegar a calle Córdoba dobló nuevamente al oeste y en la esquina de San Gerónimo volvió unos metros al norte hasta topar con sendas vidrieras que exhibían orgullosas, innumerables artículos de cuero. El cartel lo denuciaba: Francisco Meiners y Cía.

Ingresó al local y fue recibido por un dependiente que también recién hubo levantado sus persianas. Se notaban girones de la noche en sus párpados pesados.

- Buen día señor.

- Buen día - respondió Menni -Vengo por el aviso publicado recientemente en La Nación, le expresó alcanzándole el recorte ya bastante ajado.

El olor del cuero fresco llenó sus fosas nasales, haciéndolo sentir en casa.

- Tendrá que esperar un momento. El patrón está reunido con los capataces en su oficina. Le avisaré de su presencia. Aguarde, por favor.

- Sí, no se preocupe usted, esperaré. – “Caramba si lo haré” – se dijo para sí.

Al momento se acercó decididamente un señor robusto que le extendió las manos y se las estrechó con firmeza.

- ¿Así que es oficial talabartero?

- Sí señor. Conozco bien mi oficio.

- ¡Ajá!, veamos. ¿Qué hace realmente?

- En cuero, todo. Fabrico zapatos habitualmente, señor.

- ¡Bien, bien! - exclamó aquel extendiendo su diestra - Permítame su mano derecha.

Le expuso las dos manos extendidas con las palmas para arriba. Allí estaban con las marcas evidentes del trabajo común. Las cicatrices eran las normales de la intensa actividad con las trinchetas y no había vestigios de lesiones extraordinarias por torpeza.

- Está bien. Veo que trabaja. - le dijo el patrón. -Viene bien. No siempre se consigue mano de obra especializada en estos tiempos y aquí. Generalmente debemos formarla. El sueldo es el normal para un empleado de su ramo. Cien pesos. No es mucho. Lo que es mucho es el trabajo, ¡por supuesto! Por eso está aquí.

- No hay problemas señor. Estoy acostumbrado y es mi oficio.

- Bueno. De siete a doce y de quince hasta que se marcha el último cliente y todo queda ordenado para la labor del día siguiente, incluyendo los sábados.

- Está bien. Usted manda.

- ¡Ah eso!, no lo olvide y no tendrá problema alguno.

Se dió vuelta, llamó al empleado y le dio las instrucciones para que lo presentará al capataz de la sección calzado.

Era un italiano grandote de ojos azules que le cayó simpático aunque enérgico. Se iban a entender.

Lo acompañó, le mostró las instalaciones del sector y quedó en que regresaría al hotel para cambiarse y comenzar su labor.

- Gringo - le dijo el tano - Si volvés antes de las nueve y media, tendrás cuarta jornada anotada a tu favor.

Le estrechó la mano y rápidamente se alejó para ponerse en condiciones y retornar antes de esa hora.

Casi corriendo recorrió las cuadras que lo separaban del albergue.

Cuando regresó, jadeante y sudoroso e ingresó sonriente al local, eran las nueve y veinte de aquella mañana inicial.

Los días pasaron, como todos los del oficio. Lentos pero precisos. El cuero era de buena calidad y no ofrecía mayores problemas. El que no se adaptaba, se dejaba de lado y se reemplazaba por otra pieza. Era producido por la misma firma en una importante curtiembre que poseía en la ciudad de Esperanza. Asiento de la central.

Así, entre las entrecortadas charlas con los clientes ocasionales que arribaban allende el mostrador y en los lapsos de perforado de la gruesa plantilla con la lezna y el esfuerzo de pasar el hilo con la aguja, a mano, su mente era liberada. Se escapaba

por la ventana abierta al norte y volaba. Volaba más allá de los mares. A su primera y precisa residencia en la tierra.

La mesa perdía sus contornos y se volvía azul, intenso azul que se esfumaba en la distancia sin perder su tono. El Jónico era así, azul; de un hiriente azul inolvidable. El hilo se tensó con la aguja en el extremo, en su mano. La lazada necesaria lo volvió a la realidad. Suspiró y con un nudo perfecto ató la misma con la suela que quedó así asegurada a la pala de una bota derecha, de buena caña. Miró satisfecho su obra. Controló la medida y con dos punzones, grabó sucesivamente en ambas plantas el número cuarenta y tres y un punto arriba a la derecha; su marca de fábrica.

Eran las nueve menos cuarto de la noche de sábado cuando dejaron el trabajo y se aprestaron a encarar el descanso del fin de semana. El largo hiato de un día y unas horas hasta el lunes, serviría para reponer energías y dedicarse a lo suyo: escribir, soñar y llevar adelante alguna partida de naipes en la pieza del frente del hotel.

Comenzó a lloviznar cuando salió de la pieza y se dirigió al comedor. Ya no quedaban muchos parroquianos. Hasta él llegaba el ruido de los platos al ser lavados y de los golpes y exclamaciones de quienes a los postres, ejecutaban a pleno su partida de mura en una rápida sucesión terminada en carcajadas.

- Buenas noches don Enrico. ¿Le sirvo todo?

- Buenas noches Concetta. Lo que quede a esta hora.

- No. No se preocupe. Sabe usted que le he guardado su ración. Está a punto esperándole – afirmó sonriendo la muchacha.

- ¿Quién? ¿Usted? – interrogó galante.

- ¡No, don Enrico!, la ración - le respondió ella prestamente ruborizándose con intensidad; corrió hacia la cocina.

Miró el cimbrear de esa cintura, sus caderas plenas y algo adentro se puso en marcha; como si de golpe se abriera una compuerta largamente sostenida.

Ansioso, aguardó a que la puerta vaivén se abriera de nuevo para este lado. Cuando lo hizo, su figura, con los senos desbordando la bandeja en que llevaba la fuente de sopa humeante, casi le cortó la respiración. Era la mujer plena. Ella que nuevamente llamaba a sus puertas.

- ¡Gracias, hermosa - le dijo al segundo cucharón que colmó el plato, tomándole la mano a la joven napolitana que no la retiró. Sólo se limitó a sonreírle con picardía y dejó que allí estuviera un instante. Luego sí, barrió con sus pestañas aquellos ojos profundos y se retiró despacio, meneándose con esa gracia tan particular de las peninsulares.

Once campanadas y el silencio se fue enseñoreando del lugar.

Con la excusa de buscar agua con una jarra que había vaciado previamente, caminó hasta la cocina. El italiano y su familia estaban en las postrimerías de su cena. Ella se levantó para atenderlo. Cuando le alcanzó el recipiente lleno con fresca agua

cristalina, él le colocó en sus manos la llave de la habitación, tibia por el contacto con su palma en el bolsillo.

Lo miró con sus grandes ojos bien abiertos. La complaciente sorpresa quebró la rutina, colocándola frente a sí misma en forma más rápido de lo esperado.

Nada dijo. La tomó y la colocó en su escote, entre los senos. Sobraban las palabras. Sellado el acuerdo, ambos volvieron en direcciones distintas.

CAPÍTULO 12
LOI DE ZÁ

Salieron de la sombra al descampado y el sol les golpeó la cara con su cachetada de luz, haciéndole entornar los párpados hasta casi cerrarlos.

Por inercia, los animales que los conducían siguieron caminando como si nada en la dirección que les obligaba la lanza de él.

Adelante emergió de la isleta de algarrobos y quebrachos, una partida de cinco hombres que se dirigían al poniente, cruzando la ruta propia.

Detuvo en seco la marcha y obligó hacer lo mismo a su mujer. Se volvió prestamente y trató de ganar nuevamente el cobijo de los árboles antes de ser visto.

Fue inútil. El grito de alerta llegó apagado a sus oídos. Taloneó la cabalgadura con fuerza, se prendió de la crin, agachó la cabeza y comenzó el galope tendido. Intentaba poner distancia entre ellos y quienes habían comenzado la persecución, facilitada por la sequía que le hacía levantar una nube de polvo delatora, pese a que buscaba los sitios propicios para recorrer evitando aquello.

Prosiguió un instante sin preocuparse por Cainet. Estaba seguro que no le iba muy a la zaga. El monte la había curtido. Si hasta le parecía sentir su aliento. Se sintió henchido por su guapeza.

Comprendió que sería inútil la huída. Sus caballos extenuados por la larga marcha, iban poco a poco perdiendo terreno y en un rato serían alcanzados.

Frenó la cabalgadura, desmontó y obligó a su compañera a hacerlo. Clavó la punta de la lanza en las verijas del caballo de ella que, tras relinchar de dolor, arrojar un par de coces y despedir ruidosamente gases, emprendió una fiera carrera desenfrenada.

Torció hacia la derecha hasta perderse con su pareja en un enredado matorral, sin importarle las espinas que herían sus cuerpos. Les iba la vida. Con su cobertura de pieles que los denunciaban, constituían un buen par de indios alzados, montaraces, y en consecuencia, el enemigo con el cual no había piedad.

Obligó al caballo a echarse y se tendió sobre su cogote, palmeándolo suave y repetidamente para tranquilizarlo. Le puso el cuero sobre la cabeza y le tomó de los belfos con la otra mano para que no relinchara.

El redoble de los cascos se acercaba rápidamente. Enloquecidos por la posibilidad de una presa que quebrara el tedio de los días de marcha, el grupo de

milicos perseguía afanosamente el fantasma de polvo que dejaba el matungo desbocado detrás de sí.

Cuando se hubo apagado el sonido y el silencio de nuevo instaló sus reales, cortó en cuatro la piel; envolvió los vasos del animal atándolos fuertemente con tiras del mismo cuero; montó desnudo totalmente; ayudó a la mujer a hacerlo detrás y despacio, para no cansar aún más el noble animal, torció la marcha hacia la derecha, variando el rumbo. El andar lento del yeguarizo, dejaba unas marcas irregulares que en nada se asemejaban a las de los cascos de un caballo. Además, se había cuidado de borrar éstas con una rama que arrastró en buena parte del tramo inicial. Buscaba de nuevo perderse en la dura, pero acogedora residencia del Pájaro Blanco, siguiendo en dirección noroeste el caprichoso trazo del arroyo El Toba.

Sus marchas y contramarchas, eran el elocuente testimonio de las corrientes encontradas que surcaban su espíritu. Entendía que se le había ordenado volver para cumplir con su destino , pero no quería hacerlo y mucho menos con el blanco cuero de la oveja gringa con que tendría que revestirse para lograrlo.

A la altura de Margarita desvió otra vez, eludiendo la incipiente población para evitar encuentros con sus pobladores. Retomaron el rumbo en la búsqueda de nada. En su andar, por andar nomás, perdiéndose en los extensos quebrachales y palmerales que cubrían la región. Se sentía cómodo, era su casa, el medio propio que tendría que abandonar pronto, pero no se decidía aún hacerlo.

Hizo señas a Cainet que guardara silencio y le señaló la débil columna de humo que se divisaba entre las hojas, adelante.

Desmontó y marcho agazapado en su dirección. Lejano y repetitivo, llegaba el apagado eco del golpear de las hachas contra el duro tronco del quebracho que comenzaba a explotarse intensamente en la zona.

Despacio, como un fantasma, fue acercándose al precario rancho de varas y techo de palmas abierto al frente que daba al norte.

Una mujer casi blanca, lavaba ropa en una tinaja de madera sin percatarse de que era observada. No había perros. Evidentemente éstos habían seguido a su amo en la marcha al monte. Eso le satisfizo. Le daba más seguridad y tiempo para determinar que hacer mientras tanto. El eco de los golpes no había variado su ritmo. Esperó unos minutos para verificar que no hubiere alguien más próximo.

Despacio, con sigilo, se acercó por detrás y le clavó profundamente la lanza en la espalda. La noche se hizo de golpe y recogió a la mujer que cayó blandamente y quedó extendida en el colchón de polvo del piso de tierra.

Miró a su alrededor. Nada. Revisó el rancho; tomó las prendas necesarias y un cuchillo extra que le introdujo y dejó en el agujero de la herida, para disimular el lanzazo. Antes de partir, agarró el niño por los pelos. Lo levantó para matarlo también cuando el brillo de sus ojos y el agudo llanto infantil que provocara el maltrato, le trajo algo que no podía desechar y se quedó un instante mirándolo, mientras colgaba de su cabello. Le tiró el pito. El chico chilló y pataleó aún más. No se desprendió. Vio que no lo perdería...

Lo colocó debajo del brazo y emprendió un rápido regreso. Le pareció que las hachas habían callado.

Enfrentó a su mujer y se lo alcanzó.

- ¡Kevaití - afirmó categóricamente. Le volvió la espalda y comenzó a caminar hacia la espesura del lado opuesto al de la explotación. Debía apurar la marcha. Podría ser perseguido, así que apremió a la mujer para que apurara el paso.

- ¡Lajic, lajic! - exclamó violento al ver la extraña expresión de ella con el niño en brazos.

En el primer alto, aplacó su llanto profundo prendiéndolo del ansioso pezón. Sintió como el chico apretaba fuerte hasta provocarle dolor. La maquinaria de su cuerpo se puso de nuevo en marcha, abriendo lentamente aquella fuente de vida.

Le agradaron profundamente los gorgoritos que hacía el pequeño en su ansiedad al tragar con aire y el erupto final coronó el esfuerzo trayendo la calma a su atribulado cuerpecito trigueño.

Lo levantó frente a sí y lo miró un momento. Se sintió complacida intensamente y le sonrió con amplitud, feliz por fin.

- ¡Kevaití, loi de zá! ¡Loi de zá! - repitió, - ¡muy bueno! - , mientras apreciaba que desde adentro se iba reconstruyendo su acongojado espíritu con el adecuado renacimiento del hijo perdido allá atrás, a lo lejos...

Hubieron de vestir aquellas prendas para poder proseguir la marcha sin llamar demasiado la atención.

Dejaron el caballo libre en las últimas estribaciones del monte y a pié se dirigieron a la población que recorrieron por la última calle hasta la estación de trenes.

- Chico enfermo - dijo al auxiliar que se paseaba por la galería de la misma aguardando la formación que pasaría camino a Reconquista y pararía en el lugar para dejar pasajeros y mercadería.

Fueron hasta el extremo sur de la misma, fuera de la zona cubierta por el zinc y quedaron en cuclillas esperando también, como si nada.

El tren arribó y partió. Los pasajeros y bultos con el correr del tiempo despejaron también el andén. Entonces se pararon y se aproximaron nuevamente al empleado que los miraba con curiosidad.

- Chico enfermo, Santa Fe - le dijo agregando esta vez : - No dinero.

El hombre miró a la pobre mujer y a ese indio desvalido y les señaló el convoy de carga detenido en la playa.

- Sale en media hora. Aguardaba el paso del expreso. Acomódense entre los rollizos y rueguen que no los encuentre alguno en las inspecciones que suelen efectuar en las estaciones. Yo prevendré al guarda y al maquinista – dijo el buen hombre.

- Gracias señor - alcanzó ella a pronunciar débilmente. Sabía que él no lo haría.

- Lo hago por el pibe que necesita atención - le respondió volviendo la espalda y alejándose hacia la oficina, donde había comenzado a despedirse el maquinista, el foguista y el guarda.

Cruzaron las vías y treparon en el quinto de los cuarenta vagones, que de seguro quedaría fuera de estación en las múltiples paradas intermedias.

Acostados sobre los rollizos cara al cielo, apenas se distinguía su perfil.

Las tres lastimeras pitadas marcaron por fin el comienzo y el final de una aventura.

Ella con su brazo, protegía la cabecita del pequeño del viento que empezó a soplar fuerte a medida que el convoy fue cobrando velocidad lentamente.

Las agónicas pitadas quebraban cada tanto el monótono traqueteo, anunciando el regreso.

CAPÍTULO 13
MARGARITA

Pasó demasiado tiempo desde que ingresó a su habitación. El rectángulo perlado de la noche que recortaba la ventana, tachonada de estrellas más distantes que sus anhelos en ese momento, comenzó a aburrirlo. Tal vez la moza, arrepentida o temerosa, había desistido de su propósito. Descontaba que por la mañana encontraría la llave sobre la cama, en devolución, frustrando sus acuciantes apremios llevados lejos, muy lejos por aquel pensamiento implacable que tercamente pugnaba por anticipar los deleites del cuasi semi encuentro.

Derrotado, se dio vuelta para cabecear el sueño que venía siendo empujado largamente hacia atrás.

El bostezo fue interrumpido abruptamente por el suave chirrido de la puerta al abrirse. No necesitó más. La figura de ella dibujada en el marco bastó para ahuyentar todos los desánimos y sus resabios.

Engranajes, poleas y rodillos biológicos fueron dando marcha violentamente a su espíritu que enardecido, se levantó y fue a su encuentro, abrazándola con ansiedad.

- ¡Concetta!

- ¡Enrico! - exclamó la joven dejándose tomar y llevar hacia la acogedora cama alta de bronce.

En dos pasos estaba desnuda y lo demás fue la natural pendiente del deseo liberado, excepto cuando, en un rapto de sinceridad que se imponía, obligado por su conciencia, la separó y la miró desde los pies a la coronilla y luego directa, intensamente a los ojos:

- Soy casado, Concetta. No puedo ni quiero impedir que lo sepas. Por el contrario. Quiero que lo hagas para clarificar esta hermosa relación desde el comienzo.

- Lo sé , Enrico. Lo sé. Lo supe por el anillo que te habías quitado sin poder hacerlo con la cinta pálida de la piel blanca debajo, dijo cerrando los ojos y arrimándose hasta tocarlo con la punta de los pezones. - Eso no inhibe tu hombría, ¿verdad? - exclamó anhelante apretándolo contra ella.

Al diablo se fueron las restricciones. Solos, en el cuarto cerrado con llave, la conciencia quedó recluida en un repliegue de su lucidez que se perdía aceleradamente, conforme la iba penetrando.

No era virgen. Pero eso nada importaba. Era mujer plena. Con esa intuitiva capacidad femenina para el amor, no requería de enseñanza alguna para liberar el corral de las sensaciones que, como cabras salvajes, retozaron en el ondulante seísmo del camastro.

Por la mañana, a duras penas pudo despegar de entre sábanas. Su persona adormecida pugnaba por permanecer capturada en la ensoñación residual y el agotamiento placentero extremo que envolvía cálidos recuerdos recientes.

La torpeza inicial del lunes, incrementada considerablemente por las reminiscencias encontradas con los sentimientos de culpa, le llevaron a bajar el ritmo de trabajo y utilizar herramientas más pacíficas en otros emprendimientos menores, como el lustrado o la selección y marca de piezas de cuero, dejando las trinchetas para cuando superara esa dura pendiente matinal.

- ¡Hola gringo! ¡Como te va en esta hermosa mañana santafesina? - le preguntó un señor que vestía bombachas amplias, camisa holgada y pañuelo blanco al cuello. Traía un par de botas en la mano y las arrojó sobre la mesa de trabajo.

- Esta vez te falló la técnica. No las puedo usar. Me aprietan los dedos chicos de los pies – manifestó con evidente molestia.

Nada dijo. Tomó las mismas y miró la planta donde terminaba el taco, sitio de la inscripción de la talla del calzado. Arriba del cuarenta y tres, no se hallaba el habitual punto y debajo la rayita, que constituía su seña personal de fábrica. Las paró sobre la tabla y lo miró con las cejas levantadas.

- No son mías, don - aseveró fríamente.

- Ya lo sé, gringo - agregó el parroquiano. - Son mías, las compré aquí mismo la semana pasada y no las pude usar para nada. Antes eran de Meiners. - dijo sonriendo como en broma, complacido por el giro de su pensamiento. - Arreglámelas por favor.

Los bigotes de él perdieron la rigidez inicial con la sonrisa bonachona del cliente. Aclarado el punto, todo volvía a sus normales carriles. Las botas de él calzaban bien. Sí señor, ¡siempre lo hacían!

El cliente sonrió complacido. Sabía que atenderían como la gente su reclamo.

Con la calma propia de quien goza de ciertos privilegios dada su larga vinculación con la casa, tomó una silla vecina, se sentó e iba a probárselas para indicarle donde se hallaba el problema, cuando Menni tomó las botas y las arrojó entre un montón de retazos de cueros que se utilizaban para piezas menores. Asió el par que había concluido el viernes anterior y recién recibiera el lustre correspondiente para la vidriera y se lo alcanzó.

- Pruébelas. ¡Estas sí!

El hombre las calzó, caminó unos pasos con evidente satisfacción y luego, sin decir nada, fue decididamente hacia la oficina del dueño, a la que ingresó sin anuncio previo.

A través del vidrio vio que hablaban y que luego aquél lo señalaba con el índice. Era evidente que se trataba de una conversación favorable. Miró las botas que calzara el hombre anteriormente dejadas frente a la silla, las tomó y se acercó deteniéndose en el vano de la puerta.

- Permiso señor. El señor Miguel Florida dejó sus botas usadas en el taller. Aquí están. Temo que las olvide. Vive tan lejos.

- ¡Gracias gringo! - dijo el nombrado recibiendo el calzado que retuvo un instante. Antes de que se volviera, se lo reintegró:

- Tomá. Hacémelas envolver. Las llevaré en un paquete. Ahora me ventilaré con mis botas nuevas. ¡Las de Meiners son las mejores! - Le cerró un ojo y le dio la mano. - ¡Gracias, muchas gracias!

Volvió al taller con el paquete y retomó la tarea y los pensamientos vagos que iban y venían al garete, amenazando con naufragar por la nueva carga estibada así nomás, como al descuido, la noche anterior.

El tal Florida, residente en Margarita, hacendado y cordial, apareció recién casi a la hora de cierre y volvió a sentarse frente a él, en la misma silla.

- Estuve charlando con Pancho. Me habló muy bien de vos. Creo que aquí estás perdiendo el tiempo.

- No, don Florida. Gano unos pesos y ahorro algo para mandarle a mi gente. Con el tiempo podré.

No le dejó concluir la frase.

- ¡Una mierda!, con el tiempo te volverás viejo, gringo y ya nada podrás hacer. Mírate. Algunas canas te separan la cabeza en lonjas. Andá. Con tu capacidad probada; me consta, ¡la calzo !, tendrías que tener tu taller propio.

- ¿Con qué capital? – respondió Enrico

- No te preocupes por eso. Venite conmigo a Margarita. Allá en el norte la cosa se mueve aceleradamente. El dinero fluye y tus productos se venderían como el agua a buen precio. Pensalo gringo. Venite conmigo. ¿Donde parás?

- En el Italia, Don.

- Iré a almorzar allí hoy. Los ravioles suelen ser exquisitos en ese lugar y uno que come carne todos los días. Te veo allí y charlamos.

- Pero.

- No, sin peros. Con ravioles y un buen tinto. Chianti si es posible. Yo te invito ¡Qué botas, ¡son un guante!

La culpa, evidentemente fue del chianti. El destino propio que había comenzado a manejar lenta pero decididamente, quedó una vez más sellado y así con la esperanza renovada , venida de la mano de ese hombre simple como él , pero rico, trataría de encontrar el atajo hacia la reunión familiar, antes que los hechos nacidos de la nueva relación joven, aventaran todo ello y se instalaran irrevocables.

Esa noche fue la despedida. Cuando él le manifestó su voluntad de tentar la suerte, ella abandono precipitadamente la pieza.

- ¡Gringo estúpido, te vas a la frontera ! .- le dijo cerrando sus intimidades y la puerta luego en forma violenta, sin importarle que alguien se percatara.

Quedó con los ojos abiertos recorriendo la geografía particular del cielorraso. Ora Italia, ora Brasil, ora Buenos Aires. También la confusa pero recurrente mezcla de todo ello para conformar una selva y una población del límite. Le atraía. Sí señor. Esta vez sí; tenía nombre de mujer y de flor: Margarita.

CAPÍTULO 14
LA PIEL DE OVEJA BLANCA

La mayoría de ellos, los mocovíes, había cambiado las tierras familiares que les había otorgado el gobierno por menudencias. Comenzaron a instalarse en las mismas hijos y entenados de los habitantes de la Colonia Francesa, Saladero Cabal, Helvecia y otras más distantes, engrosando la población de San Javier; mientras, iban arracimando los despojos familiares en torno de la toldería cada vez más numerosa y con mayor hacinamiento.

Las calles del pueblo fueron ingresando de a poco en sus lares sin que las pudieran parar. Llegaban hasta el último rancho, para proseguir hasta el próximo que se erigía. Luego hasta el otro y así sucesivamente, conformando una nueva manzana irregular que se mezclaba con los espartillos enmarañados, el tunal y los pastos duros del campo fiscal, que figuraban como tierra para pastaje común de la colonia en los papeles llenos de buenas intenciones de allá arriba, en el Gobierno y que la Curia terminaría por quedarse con el remanente haciéndolo propio, generando no pocos litigios.

Con la nueva cáscara de oveja blanca, Juan Andrés fue tentando el terreno para lograr instalarse con su familia de modo aceptable. Allí habría de crecer Kevaití, su hijo y habría de ser mocoví enterito, como los de entonces, sin pelos en la cara y los otros que tal vez vendrían y sus hijas, ahora ¿por qué no?

En el límite noroeste de la ranchada tolderil, bastante más lejos del ladrido denso de perros, del trajinar ininterrumpido de críos y mujeres que se puteaban y tiraban de las mechas cada dos por tres, clavó los postes de ñandubay y los dos horcones centrales que sostendrían la viga del techo, de la misma madera, en dos tramos. Consiguió clavos y mirando solo para adelante, fue originando con cañas, el armazón que habría de sostener los chorizos de barro y paja que conformarían las paredes de su morada y el techo de paja de dos aguas que la cubriría.

Cainet, incansable, con su hijito a la par, acarreaba el agua desde el río con dos latas suspendidas de una vara que cruzaba su espalda encorvada por el esfuerzo.

Nadie los molestaba. Ni el cacique se atrevía a manifestar con él su autoridad. Estaba más allá de sus humanas posibilidades. Le venían de Juan Gregorio en principio y del monte, de lo más recóndito del Pajaro Blanco, sus atributos. Así que, con tranquilidad, sin necesidad de discutir para aventar el aburrimiento de alguien, erigió su vivienda. Casi la más lujosa, mejor ordenada y señorial de todas aquellas; además de ser la más nueva y, en consecuencia, su dorada techumbre aún no había adquirido esa suerte de óxido gris vegetal de la paja a la intemperie.

No puede decirse que fue duro el trabajo. Tal vez intenso y prolongado. Pero allí estuvo y ellos adentro, haciendo el amor para lavar las tensiones acumuladas. Su lanza clavada en la puerta, marcaba la presencia de un hombre; era suficiente para

contener a cualquiera que quisiera echar sobre ellos no sólo la violencia directa, sino la otra, la más temible, la maléfica.

Pero además estaban los otros recursos. Traídos de allá lejos, del borde de donde nacen los vientos.

Por la mañana, bien temprano, casi con el Sol, se encaminó prestamente a la ribera. Portaba lanza, varias cuerdas y unas latas con entrañas que recogió la tarde anterior en una carnicería de las afueras. Estaba muy avanzado el verano para dejar secar las tripas de los animales destinadas a embutirlas. Así que las desechaban y él iba a aprovecharlas en su beneficio.

Rojo, el labio superior del Sol dio el beso definitivo de despedida a la noche que se fue rápidamente.

Ató trozos de palo de un palmo, más o menos, en cada extremo de un par de metros de cuerda, envolvió bofes malolientes en los mismos asegurando con estacas el otro extremo de soga al piso de arena húmedo por el rocío. Esta operación la repitió hasta agotar las cuerdas y el oloroso llamador. Hecho, trepó la pequeña barranca y se sentó a esperar pacientemente, mientras su vista se derramaba en el chato paisaje isleño de enfrente, bañado ya por la luz del Sol que amarilleaba en las brumas bajas de la cuenca del Paraná.

El zanjón dormitaba mansamente en olitas que morían descansadas en la playa.

La brisa matinal, le acariciaba el rostro.

Cuando notó que las aguas se agitaron cerca de la costa, corrió para apreciar qué se acercaba. Era un yacaré menor que se había despertado temprano y volvía en busca del calorcillo que empezaba a hacerse sentir suavemente.

Lo ahuyentó con la lanza. Era pequeño y no podía perder tiempo en piezas menores. En el otro extremo, una bocaza ávida emergió del agua y tragó el cebo que penetró profundamente en su garganta hambrienta. Pagó el precio por ello. El palo se atravesó provocándole una molestia intensa. Intentando liberarse agitaba violentamente la cola de un lado al otro, desparramando arena en todas direcciones. Él se acercó por delante y de un garrotazo certero y firme en la cabeza, acabó con las penas del saurio. Con cuidado y mediante sendos tajos, liberó la carnada que quedó lista para otra presa. Una segunda, ya había engullido también otro bocado en la mitad de la líneas de trampas. Hacia allí se dirigió y repitió la operación. Hecho que fue dándose sin mayores variantes hasta que las aguas se aquietaron con el correr de las horas y el agotamiento de tales pobladores en las proximidades.

Había logrado una buena cosecha.

Se dio a la tarea de abrirlos por la panza y cuerearlos. Dejó los cuerpos pelados con las entrañas expuestas, cerca del borde del agua. Con el día vendrían otros y darían cuenta de ellos. Se deleitarían y permanecerían en el lugar hasta que él volviera al día siguiente. Instalado el cebadero, nadie disputaría su territorio. No, no se atreverían a entrometerse con Juan Andrés.

Arrastró su carga hasta el almacén y allí hubo de sufrir la ofensiva espera que sobrevino antes de que lo atendieran. Detrás de él ingresó un muchachón de los payos que decididamente encaró al bolichero, haciendo caso omiso de su presencia.

Concluido el pedido que hizo, el bolichero se volvió a él y le inquirió despectivamente:

- ¿Qué querés paico?

No respondió. Señalo los cueros, apilados a sus pies.

- Pasa para el patio, llevalos - le ordenó franqueándole el acceso por la parte rebatible del mostrador, no sin antes verificar que no portara arma alguna.

- Está bien. Son tres pesos - dijo metiendo la mano en el bolsillo y extrayendo unos billetes sobados de los que separó esta cantidad y se la extendió.

- No. Son más.- respondió Juan Andrés con vehemencia.

- ¡Estás loco!, mirá bien, no es de buena calidad el cuero. Fijate. Tomalos o dejalos. Como quieras.

-Tres pesos, yerba y azúcar – insistió con firmeza.

El hombre lo miró de arriba abajo con desprecio, desviando su vista ante la fiera mirada del indio.

- Eso sí, ¡poca yerba y poca azúcar!

Recibió el dinero allí mismo y se volvió por donde vino, hacia el local del negocio. Traspuso el mostrador levantando la tapa y trayendo la puerta hacia atrás. Cerró y quedó sumido en un profundo mutismo mientras aguardaba la entrega de la mercadería faltante.

- Cuando vio que cesaba de colocar yerba en el papel de diario, duramente lo increpó:

- ¡Poca!. ¡Quiero más!

- El hombre lo miró por encima del hombro, agregó apenas una pizca y cerró el envoltorio con ágiles dedos, dejando un paquetito al que había hecho dos moños de doblez en sus extremos.

Hizo lo propio cuando preparó azúcar para su cliente tan especial, no era como los otros; mientras, efectuaba rápido cálculo de la ganancia. Estaba satisfecho. Tanto que, traicionándose, dejó caer un cuarto de cucharada más en la pequeña pila de refinada y molida, mezclada uno a dos. La misma ceremonia, las mismas orejas terminales en el envoltorio de papel.

Lo vio partir farfullando maldiciones en mocoví, algo así como elobga...No, no pudo interpretar que era lo que decía el tape en aquel extraño dialecto que hería su sensibilidad. Para colmos, no le había pedido una caña. Algún billete hubiese vuelto a sus arcas. No, ese indio era distinto. No era de fiar. Lo leyó en sus ojos y por ello miró varias veces durante su visita la escopeta lista debajo del mostrador.

CAPÍTULO 15
EL COMIENZO DEL MONTE

Si bien el calor era intenso y el Sol no perdonaba en su castigo a la tierra cenicienta por aquellas horas, el hombre caminaba con paso seguro secándose de a

ratos el sudor que afloraba en su frente. La camisa se hallaba abierta para ventilar mejor su cuerpo y el pañuelo del cuello cortaba abruptamente el pequeño torrente meandroso que le bajaba desde detrás de las orejas.

Al llegar al horno de ladrillos, dobló a la izquierda y se internó un poco en el monte siguiendo la huella dejada por los animales y ensanchada por los hacheros. De otro modo no hubiese podido penetrar la cortina vegetal. Las plantas espinosas formaban una impenetrable barrera a ambos costados, que se abría aquí y allá en pequeños claros a los que se asomaba con la escopeta lista, esperando hallar la presa preciada.

Desde un guasuncho a palomas grandes de monte, estaba dispuesto a enfrentar y derribar, conforme la gama de los calibres de los perdigones con que surtió los cartuchos que alimentaban el arma de dos caños que portaba, una Sarrasqueta de una rosa ideal. A veinte pasos los impactos no se abrían más de treinta centímetros, valor que consideraba aceptable, comparado con el de las armas que empuñara allá en su tierra, que rociaban la montaña completa con munición fina cada vez que apretaba el gatillo.

Podía dar fe de ello. Había probado con un disparo contra la pared de la pensión de la viuda, en la que quedó grabado como prueba elocuente, el dibujo de los impactos dentro de ese diámetro, en forma de múltiples picaduras que herían la pintura amarilla.

Para la descarga gruesa, gatillo delantero; la contraria, la de munición fina, el de atrás.

Sintió ruido a su derecha. Detuvo la marcha y el chasquido de una rama al quebrarse, le hizo agazapar en principio y avanzar despacio, alerta. El índice apretó suavemente el apéndice de acero y quedó allí en equilibrio en el descanso, presto a desencadenar el disparo ni bien encañonara la presa. Un guasuncho, conforme adelantara imaginariamente con seguridad de entendido.

La visión del caballo pastando le hizo bajar el caño. Detrás de él, una india y un indio desnudos, abandonaban sus cubiertas de piel aseguradas con tiento y vestían unas gastadas prendas de algodón, mientras un chico pequeño agitaba los pies y las manos, tendido en el suelo boca arriba, delante de ella. La lanza. Una lanza corta pero firme, estaba clavada en el piso. Apuró el paso hacia la izquierda y se escondió detrás de unos chañaritos vestidos con enredaderas y desde allí miró asombrado, con el arma presta.

La india era hermosa. ¡Una hembra magnífica! Y él, un buen ejemplar de macho humano. Con toda esa fiereza característica, pero digno del bronce.

Estaba seguro de que eran un par de montaraces, de los alzados de Chaco adentro y en consecuencia, de temer.

Las historias que contaban en el hotel antes de salir de Santa Fe para aquí, en el boliche y durante las comidas en la pensión, al arribar al pueblo de Margarita que recién abría sus callosas extremidades con zarpas de tierra, hincadas en el monte, donde la vía al norte era una picada de hierro, rebullían en su memoria, alertándolo.

Tomaron el mismo camino que utilizara él para llegar al lugar, dirigiéndose al poblado.

Ya la perspectiva cambió. No se trataba solo de algún animal aislado, por salvaje que fuese, sino también de la presencia de aborígenes lanza en mano.

No. Todavía era demasiado ignorante de muchas alternativas de esas tierras para aventurarse tan adentro. El espíritu de la caza se enfrió. Resolvió retornar sin la presa anhelada. Comprendió que ese silencio acentuado de golpe, no anticipaba nada bueno.

Abandonó la picada respirando tranquilo, una vez que hubo empalmado su marcha con la ancha vía de dos huellas de los cachapé que arrimaban rollizos a la playa de la estación.

La existencia de cueros se agotó antes de lo previsto. El negocio de Menni marchaba viento en popa y crecía junto con la amistad de Florida, a quien consideraba su benefactor.

El conocimiento de la actividad de la zona, su intrincada trama mercantil y las posibilidades que se brindaban cuando se aceptaba el pago en especies, le llevó a canjear su producción por animales de la más diversa ralea; la mayoría mostrencos que se cuidaba de marcar de inmediato con la EM entrelazada que pasaba a constituir su sello de hierro a fuego en las grupas de los mismos. Como carecía de campo apropiado para guardar y mejorar la hacienda, había aceptado que fuera integrada a la de su amigo, que invernaba en los campos de "La Humilde" sobre el Saladillo, entre Calchaquí y Alejandra, que arrendaba a don David Morgan.

Allí estaba segura y lejos de los depredadores naturales, sean bípedos o de los otros. Constantemente el campo era recorrido por los hijos o los peones de ese colono galés que iba afianzando su fundo en la región, a fuerza de coraje y fusil.

Fue por ello que emprendió su primer regreso a Santa Fe en el tren de la tarde. Ambicionaba seleccionar él la mercadería, para asegurar mejor calidad al calzado y en consecuencia mayores precios, con el beneficio consecuente. De paso, darse un respiro de ciudad, ¡tan necesario!

La locomotora hincó los tres sonoros lanzazos en el vientre de la tarde, antes de comenzar lentamente su marcha al Sur.

Descendió del convoy con el resto del nutrido pasaje y, en lugar de tomar el tranvía a caballos que lo trasladaría al centro, optó por el clásico coche de plaza. Le hizo dar una vuelta por la ciudad, antes de apearse en la Fonda Piamontesa; variando así de residencia para evitar encuentros y problemas en el Hotel Italia, aunque no existían ya razones serias para ello.

Frente a la puerta de la fonda, en la ochava, se encontraba un vehículo pintado de negro, cerrado con celosías y tirado por dos caballos. En su costado se leía : "Policía de la Capital". Se detuvo sorprendido, junto con otros peatones curiosos por la presencia policial en el sitio.

Vio cuando sacaban del lugar un sujeto esposado que a los empujones obligaron a subir.

Ingresó.

- ¡Maledetto! - exclamó detrás del mostrador el dueño agitando su puño al aire. Un momento antes una ambulancia de iguales características, pero blanca, había

llevado a una joven mujer que el delincuente había apuñaleado en una de las habitaciones interiores que se alquilaban para aumentar los beneficios.

- No se enoje, don Giusseppe . ¡Así no va a arribar a viejo! - le dijo Enrico dejando su maletín al costado.

- ¡Oh! don Enrico. ¿Che fa lei?

- Aquí vamos. Trabajando duro y lejos. Senté mis reales en Margarita. Me instalé allá y ahora vengo a buscar mercadería para poder proseguir con lo mío.

- ¡Molto bene!, caro amico.

- ¿Tiene una pieza?

- Sí - le respondió mientras le brindaba un fuerte apretón de manos y un efusivo abrazo, sin decirle que era la del delito cometido que se había vaciado de pronto.

Tomó el tranvía en la esquina para dirigirse a lo de Meiners. Dos cuadras más allá, cuando pretendió tomar la curva, el vehículo descarriló. Grande fue el esfuerzo que hubo de hacer el pasaje para volver el coche a sus vías a efectos de poder continuar viaje. Unos metros adelante, un hombre a caballo anunciaba el arribo del vehículo a la esquina siguiente para prevenir a los carricoches y jinetes apurados que venía el tranvía, evitando de ese modo los accidentes tan frecuentes. Aún perduraba en la ciudad la discusión violenta generada por las medidas tomadas por el Intendente, al prohibir que se detuviera en las viviendas particulares. Debía hacerlo sólo en las esquinas donde el pasaje paciente, tenía que aguardar. Ello generó un gran enojo en los usuarios que no veían la razón de tamaña incomodidad, que fundamentalmente afectaba a las señoras, quienes se veían obligadas a caminar por veredas irregulares y quedar expuestas largo tiempo en la espera.

Para colmo de males, quiso evitar su tránsito en los jueves, viernes santos y otras fiestas de guardar, como modo de ayudar a la solemnidad y recato que debía imperar entonces, liberando a la ciudad de sus ruidos propios. Los liberales pusieron el grito en el cielo. Una cosa era condenarlos al silencio y otra a la inmovilidad. ¡No señor, no se podía tolerar!

Se encontró con uno de los viajantes que tenía su feudo en el Italia y con el cual había hecho buenas migas en sus almuerzos y cenas compartidas anteriormente.

Convinieron hacer lo propio ese mediodía.

- ¿Te quedas mucho por Santa Fe?

- ¡Oh no!, regreso esta noche. Ya adquirí lo necesario y prometieron despachar la mercadería esta misma tarde por tren. Así que retorno.

- Quedate un día más, gringo. Divertite un poco. No te viene mal alejarte del monte.

- No. No puedo. Tengo trabajo pendiente encomendado a término.

- ¿Quién puede tener apuro allá, salvo por armas o balas?

- No creas. Se trabaja mucho y bien. Cada vez es mayor la gente que vive de la explotación del quebracho. Da trabajo a muchos. Eso sí, de toda calaña. Desde polacos, criollos, paraguayos, hasta indios, mocovíes o tobas.

- No sea zonzo. Mirá, quedate hasta mañana. Esta tarde tengo libre. Vamos al quilombo así nos relajamos un poco.

- No. ¡No puedo! Esta vez no.

- Te perdés la diversión che.

- La diversión no está allí. Sabes lo que pienso al respecto. En el fondo, sigo siendo un adolescente lleno de fantasías románticas.

- Andá. Hay dos francesitas que son una ambrosía. Y saben hacer de todo. ¡Ah!, no te imaginás, gringo! Venite.

- No. Todavía creo en el amor. Grande o pequeño, pero el amor. El mucho o poco amor, no importa, pero él. No se compra, ni se vende. Se conquista, se pelea, se roba o se acepta, simplemente.

- ¡Sos un pavo! Bueno, ¿que querés que te diga? El amor ocupa el lugar dos mil ciento cuarenta en mi diccionario. En el tuyo, uno más distante todavía, inalcanzable.

- Te equivocás, Mariano. Porque lo tengo, lucho. Me aguarda allá y lo sabés; tanto como te diviertes con indiferencia; además, ¿qué querés, aumentar la nostalgia? .-

- No. Perdoname gringo. Solo quería divertirme un poco a mi modo en tu compañia. Compartir un momento grato con un champagne bien "frapé".

- Hacelo y hacelo por mí también si te place. Será una diversión doble. Con una o con las dos francesas. A mí dejame tranquilo. A las mujeres me las busco a mi manera.

- ¡Y las haces esperar a tu estilo!, ¿verdad? - le comentó sonriendo levantando la copa de lambrusco refrescado en el aljibe, que devolvió el rubí de sus labios a la luz que lo hería.

CAPÍTULO 16
EL UMBRAL

Mientras su mujer cuidaba celosamente el asado de carne de yegua que se doraba en la parrilla de alambre al costado del rancho, protegido del viento, contemplaba con los ojos entrecerrados el ir del pueblo para arriba. Con los días, era mayor la cantidad de casas que se levantaban para dar alojamiento a la creciente población de gringos instalados en la zona; en su mayoría inmigrantes directos.

Escupió lejos con rabia. La saliva hizo bolitas en el polvo.

Miró a su alrededor. La toldería crecía también, pero para abajo. Aumentaba su población pero no la cantidad de habitáculos. Se incrementaba su miseria.

Algunos borrachos se cruzaron con su visión en la distancia y ello le provocó una profunda pena; un gran dolor.

Él era un mocoví en serio. Quería serlo y que lo fuera su hijo. Pero ellos, todos ellos se oponían y aceptaban esa situación. Comprendió que se morían de a poco como los arbustos faltos de agua.

Cerró los ojos y convocó a las voces del viento. Pero éstas también se alejaban. El mutismo lo hería grandemente.

Olvidándose del asado, comenzó a caminar en dirección al río. Tal vez el agua...

Su mujer venía corriendo en su búsqueda para evitar que la carne se pasase. Se irguió y sin decir palabra, caminó de vuelta seguido por ella, que le pisaba la sombra.

Se tendió en su yacija y se dispuso a dormir la siesta. Aunque el sueño demoró en venir pese a ser invocado insistentemente, terminó por poseerlo y un hiato relajado distendió la tarde hasta que el sol cayó francamente hacia el oeste.

Fregándose los ojos emergió del rancho y vio a Santos que lo aguardaba.

- ¡La! - expresó Juan Andrés.

- ¡Camí! - le respondió su amigo.

Se sentó a su lado y juntos estuvieron en silencio largo rato contemplando la vespertina actividad tolderil.

Los niños corrían detrás de algunos cachorros que celebraban el festejo. Dos o tres mujeres iracundas se puteaban todavía , como consecuencia de una disputa en la mañana por el lugar de la ribera donde lavar sus escasas prendas. Devolvieron el saludo hecho con la mano abierta por un indio viejo que pasó cansino por entre dos casas de enfrente.

- Allá va "El buey". Va a buscar los yuyos del atardecer - le comentó a su amigo por decir algo, agregando: - Si los corta antes no surten efecto. Eso me lo indicó el monte en la voz de la vieja, allá en el norte.

- Tá bien. Hay de ser - le respondió Santos, agregando tras una larga cavilación:

- Nos han jodido los gringos. Nos van matando de a poco.

- No creas. Hay esperanza todavía. La traje conmigo desde el norte y está viva. Don Bernardo, que sabe mucho de estas cosas de blancos como todo estanciero, puteaba contra los colonos de aquí los otros días cuando le llevamos la tropilla que conseguimos en Alejandra. Insistía en que tenemos que echarlos. Que ellos nos pueden ayudar.

- No sé. No me confiaría, también son gringos.

- Yo tampoco les tengo confianza. Pero si... - la frase quedó así nomás, sin concluir. El pensamiento ya volaba lejos, a una época sin colonos, sin españoles, sin gringos.

Fue recién al día siguiente cuando el viento le respondió. Frunció el ceño en el oeste y comenzó a soplar entre truenos y relámpagos. Sopló fuerte, gritando cada vez más. Su mensaje era claro por momentos y por momentos lo asustaba.

El rayo que cayó sobre el aromo, el último que había cerca de la iglesia, partiéndolo en dos, fue la prueba de que había hablado. Ya nadie podía negarlo y ahí estaba él para portar su mandato. Sonrió para sí. Comprendió por fin que no sería un cacique. Los caciques se venden. Son comprados por todos, los de adentro y los de afuera. Sus mujeres les quitan el seso; sus amigos el tiempo y los políticos les llenan la panza.

Allá está la casa de Mariano. Come, matea, bebe y hace otras cosas todo el día sin problemas. Ya dejó de ser mocoví. Su hija, la Clara, se pavonea entre el hombraje que regatea sus favores como si de la propia madre tierra se tratara. Son tan poco. No hablan siquiera la lengua fina de los caciques. Hablan el burdo mocoví de la plebe, cuando lo hacen para impresionar a alguien, generalmente de afuera.

No. Ellos ya no. Su hijo es pichón todavía. Eso sí. Se cuidaba de enseñarle hablar el lenguaje de los mocovies nobles, no el de los perros falderos que deambulan por el barro alrededor de las polleras de las mujeres...

- ¡Juan Andrés! - reclamó su mujer, sacándolo del foso en que lo habían metido los pensamientos.

- El pa..., el cura Giuliani te busca. Quiere hablar con vos.

- ¡Ajá!, ¿y ahora qué? - le respondió irguiéndose para atender a la visita que se mantenía respetuosamente a una distancia prudencial. Sabía que él no era uno de sus indios, ni lo sería, pese a la grasosa imagen de San Francisco Javier que había colgado del horcón con un clavo oxidado.

Se le acercó despacio.

- ¡Buenas! - dijo el cura.

- Buenas .- , le respondió.

- Juan Andrés, tu hijo está aún sin bautizar. Corre peligro su alma.

- Usted quiere tomársela para usted, cura. Yo no quiero. Seguirá siendo mocoví y espero que por mucho tiempo. Hasta que el monte lo reclame.

- Hacés mal Juan. Pensalo. Te espero por la iglesia el domingo. Mirá que se acerca la fiesta de San Francisco Javier. Faltan pocos meses. No te olvidés.

- No. No lo haré. Vaya tranquilo nomás. Cualquier cosa, mi mujer le avisa.

- ¿Y porqué no vos? – preguntó molesto el cura, a quien nunca nadie lo había tratado con esa orgullosa indiferencia.

No le respondió. Se encogió de hombros solamente y dio por terminada la entrevista. El viento soplaba fuerte dentro de él y temía que el cura, que era un bicho, se diera cuenta de ello. Siguió mirando la punta de los dedos cuarteados de sus pies, llenos de polvo.

Ella trató de convencerlo que mandara su hijo al bautizo. No le haría daño y no lo separaría de los otros críos que de vez en cuando eran agasajados en la iglesia con chocolate y golosinas.

- Mandalo, si te parece, pero no me lo preguntes. Sabés lo que pienso. Todo se acabó desde que se fue el Padre Paucke. El que trajo la verdadera palabra de Sanjavielito. Entonces había música. Me lo contó mi abuelo, que a su vez le fue contado a su abuelo por el abuelo de su abuelo, o algo así, hace ya demasiado tiempo.

- ¿No te enojas si lo hago? – interrogó Cainet ansiosa.

- Me voy a enojar si se lo llevan o si tratan de cambiarlo. En de mientras que vaya sin ir en serio. Ya cambiarán las cosas. Ya cambiarán. ¡Lo dijo el viento!

- ¡Juan Andrés! - exclamó ella admonitoriamente.

- ¡Callate mujer! ¿Qué sabés vos?

Dos o tres días estuvo dando vueltas al asunto masticando la bronca, hasta que se decidió acompañar también a su mujer y a su hijo. Querían un padrino. Sería Domingo Pérez, alguien a quien el cura particularmente no quería. Rió por lo bajo.

Tenía que hacerlo. Comprendió que debía arrimarse, conocerlos bien, aprender sus costumbres y pensar. ¡Sí, eso! Tratar de pensar como ellos, ¡para adelantárseles!

El sol le daba su calor pero no hablaba de él. Tendría que buscar la explicación.

El viento había dicho lo suyo, pero no bastaba, no dijo cómo. Fue parco...

CAPÍTULO XVII
EL OTRO PELDAÑO

El siglo viejo había agotado su calendario. El nuevo comenzaba el flamante fajo de años, con renovadas esperanzas y campeaba la euforia producto del desarrollo explosivo del país que se acercaba al centenario, con bríos crecientes. Se cosechaba. Se manufacturaba. Se dilapidaban fortunas en Europa, que estaba cada vez más cerca de Buenos Aires, con los modernos y veloces medios de transporte marítimos.

En su interior comenzaron a inquietarse las sandalias del ancestro griego y en el diario balance de los debe y haberes, el fiel fue inclinándose decididamente en favor de los primeros. Iba a tomar de nuevo crédito contra su futuro que empezaba a armarse. Margarita no pasaba de unas pocas cuadras de la estación y el crecimiento demográfico operado últimamente era de poco poder adquisitivo. Mientras las noticias que llegaban de Alejandra a través de Florida, eran de que en la costa, la producción aumentaba, a la par que la seguridad con ello. Allí, en Margarita, población fronteril, decrecía violentamente con el arribo de más y más hacheros paraguayos e indios del Chaco adentro. Indómitos e indomables. Las muertes, los robos, las agresiones eran el pan diario de las conversaciones lugareñas. Se hablaba de un ajuste de cuentas en el homicidio de la mujer de un hachero en las proximidades del pueblo. Le clavaron un cuchillo por la espalda. Su hijo, bebé aún, debió ser objeto de igual venganza o pasto de las fieras del monte. No se hallaron los despojos.

San Javier era asiento de una nutrida colonia italiana y sus aledaños, fuente de carnes, granos, fibras y oleaginosas; además de los frutos del país que, fuera del quebracho, superaban con creces su variedad.

La noche anterior, al regresar a lo de la viuda en cuya casa se hospedaba, fue seguido un trecho por dos sombras que se pegaban embozadas a las paredes. Liberó el

estilete del bastón que llevaba siempre consigo para ahuyentar los animales menores, perros, gatos y rateros que se cruzaban y se volvió para enfrentarlos. Huyeron, no sin antes putearlo, dejándole una honda preocupación.

Era vox populi que se hallaba acumulando algo de dinero para embarcar su familia. Pero no lo tenía consigo ni en su casa, estaba a buen recaudo en vacas y en Santa Fe, en el Banco Provincial. Pero eso, ¿quien lo sabía? Le había prevenido el almacenero que se hablaba de la "riqueza del tano" que lo único que hacía era laborar y juntar. Mas de uno hubo pensado en el mullido colchón.

- Digame Florida, ¿cómo andan las cosas por San Javier?

- ¡Bien! ¡No, mejor, excelentes! ¿Por qué, Enrico?

- Estaba pensando...

- ¡No, no me diga que otra vez!

- Sí, mi amigo. Hemos hablado bastante de allá y creo que es el lugar ideal para traer a mi familia. Ya casi he reunido lo suficiente, solo faltan detalles, una cierta cantidad de...detalles, digamos.

- Entiendo. Entiendo perfectamente - le respondió Florida sonriendo - No solo ello, sino que lo comprendo. Esto se ha endurecido. La actividad ha traído consigo el monte al pueblo. El aire se ha vuelto de quebracho y las autoridades deberán efectuar un esfuerzo ingente para domarlo y hacerlo de nuevo respirable. Pero, ¿qué va hacer?-

- Lo mío. Lo que sé. Zapatos. Mi hijo mayor ya tiene edad suficiente para empezar ayudarme. En Buenos Aires se consigue buen calzado de distinto origen, industrializado, a bajo costo relativo.

- ¡Ah!, ahora caigo, ¡la gran zapatería de Menni!

- Sí. Claro que sí. La Italo Argentina que hará caminar al pueblo.

- Brindo por ella, gringo - le respondió su amigo invitándolo a beber otro sorbo de la dulzona pero subidora caña paraguaya, venida de contrabando.

Pasada la invernada, enajenó por intermedio del amigo los animales de su propiedad, lió sus petates y se dio a concretar su otro traslado. Pese a todas las prevenciones y temores insoslayables, debía hacerse como tributo a esos demonios interiores inquietos. Y calzó otra vez las botas de las siete leguas...

El guarda del tren anunció el arribo a Escalada. Descendió al andén casi desierto y el jefe de la estación que vigilaba las maniobras, a su requerimiento le señaló un criollo que entregaba unas sacas y bultos prestamente devorados por el furgón de cola.

- ¿Señor Lena? - inquirió al desconocido.

- ¡Ajá ! – fue la parca respuesta.

- ¿Tiene lugar para trasladarme a San Javier, con mis bártulos?

El hombre, sencillo, miró por encima de su hombro hacia la pila de cosas que lo respaldaban y asintió.

- Veremos de acomodar todo.

- ¿A qué hora sale su mensajería?

- Ni bien reúna la mercadería y el pasaje. En no más de media hora.

- ¡Gracias!

-Por nada, usted paga señor – fue la respuesta.

No quiso preguntarle el precio. Era el único medio y además, no se podía andar ofendiendo a la gente. De seguro le cobraría lo justo. No tenía pinta de ventajero ese criollo.

- ¡Arre, arre! ¡Vamos tobiano! ¡Dale malacara! - El restallar del látigo por sobre la cabeza de los yeguarizos los fue haciendo salir de su pasividad cuasi vacuna para ir trasmitiendo rápidamente un nerviosismo a las patas, que se volvió rodar rápido del vehículo ya al dar vuelta la primera esquina de Escalada, buscando el camino a la costa.

A pocos kilómetros, comenzaron la pronunciada pendiente hacia la ribera del arroyo Saladillo Amargo que cruzaron sin mayores inconvenientes por la estación seca. El vado, breve y sencillo, les dio un respiro a sus bamboleadas humanidades. Estiraron las piernas un instante, mientras el conductor acomodaba la carga en la volanta de cuatro ruedas, para evitar que se cayeran algunos bultos.

La marcha fue silenciosa en gran parte. Individualmente con sus pensamientos, los tres pasajeros luego de los saludos de rigor y alguno que otro comentario sobre el tiempo, después de las presentaciones obligadas, donde cada cual dijo a sus interlocutores lo que quería que escuchasen, como es natural, se volvieron al paisaje. Las colas de zorro elevaban sus preciados penachos blancos al viento, que acabaría por llevárselos de a poco, con los soles.

Cerca del mediodía cruzaron el Saladillo Dulce y la charla comenzó a animarse, al compás de una botella de aguardiente que circuló a instancias del propio Lena. Era un recurso para el aguante.

-Vamos hombre. Tómese un trago. ¡Entónese! - le dijo tendiéndole la verdosa. Y así lo hizo. El licor le brindó generoso su cosquilleo entibiador que llegó hasta los talones, relajándolo.

A instancias de Lena, las sonrisas se abrieron y hasta hubo algunas carcajadas por las salidas oportunas de tal conductor, que conocía su oficio y hacía lo necesario para mantener entretenido el pasaje.

- Don Félix, ¿qué bicho es ese?

- Un doroteo, mi amigo. Bicho pavo por demás y curioso.

No terminó de decir eso cuando, disminuyendo algo la marcha, sacó su pañuelo blanco y comenzó a agitarlo sobre su cabeza. Poco a poco, el ave fue atenuando el movimiento de sus alas de gran envergadura y empezó a dar vueltas cada vez más cerradas alrededor del vehículo con su ojo izquierdo fijo en el manchón blanco que se movía.

Fue así arrimándose. El latigazo certero lo derribó sorpresivamente, enviándolo entre los pastos duros del costado de la ruta, en un revoltijo de plumas que se perdió en la nube de polvo trasera, entre las carcajadas de los circunstantes.

- ¿Vio mi amigo que pavo es ese bicho? Más curioso que las mujeres, ¿verdad?

- Asi es don Felix y es mucho decir .

En el puesto de Venancio hicieron alto. El costillar de una mamona se doraba en la estaca, al calor de las llamas próximas. Mientras, el mate dio varias vueltas en las bocas ávidas. El no participó de la rueda. No se había habituado aún a esa infusión

y en contadas ocasiones ingería la misma en soledad. Rechazaba el ir de boca en boca de la bombilla. "Un problema de costumbre", se dijo. Pidió agua. Le alcanzaron un jarro y le indicaron el balde al pie del brocal de un pozo.

Lo tomó y dejó caer aquél dentro del pozo. La cadena siseó rápida en la roldana hasta que el mismo llegó a la superficie del agua en las profundidades con un ruido sordo. Esperó a que se hubiese colmado para subirlo con cierto esfuerzo. Tomó dos buenos jarros, lavó su cara castigada y mojó su pelo negro, que contrastaba con su blanca piel tostada, acomodó el bigote y retornó complacido a la rueda de mate que ya empezaba a disgregarse, cuchillos en mano...

Le habían dado duro al diente.

Cansados, arribaron a San Javier ya entrada la noche. El collar de luces de lámparas de kerosene y velas de sebo, les dibujó la población que fue abriéndose en calles una vez penetrada.

Fue el último en descender. Pidió serlo y que por favor lo arrimasen al hotel de Marina, que le habían recomendado.

Estaba frente a la plaza Oroño, en una esquina, haciendo cruz.

El conductor solícito, se adelantó e ingresó al mismo.

- ¡Don Ciro, don Ciro, le traigo un parroquiano!
- Hola don Félix ¿Quien es?
- Un italiano que viene del norte, de Margarita.
- Está bien. ¡Que pase!

Y así dio comienzo a su nueva residencia en la tierra. Allí mismo donde al norte termina el Pájaro Blanco que poco a poco iba siendo ahuyentado por todo aquello que se ha dado en llamar civilización...

CAPÍTULO 18
BUENOS PRESAGIOS

Los presagios fueron muchos en los últimos tiempos y favorables. Una garza blanca venida del Sur sobrevolaba la toldería cuando se detuvo en el aire y cayó redonda. Su cuerpo al impactar con el suelo produjo un leve ruído sordo. Levantó una nube de polvo que si bien no era muy grande al principio, se fue incrementando con el tiempo, conforme lo repetían los testigos a medida que transcurrían los días y el relato era pensado y repensado, hasta cristalizar en sus frágiles memorias. Le agregaron que no fue disipada pese al viento reinante. El brujo de la toldería, un viejo achacoso con apenas capacidad física para portar el título, con ayuda de Juan Andrés que la sostuvo, clavó una lanza con un descolorido trapo rojo en el extremo.

Como rayos de una gigantesca rueda de carro rota con la taza en el rancherío indio, la versión fue ganando el monte y expandiéndose día a día, de la misma manera

que círculos concéntricos de cascotazos en el agua, penetrando profundamente las tierras del Pájaro Blanco.

Cuando arribó y traspuso los límites del Arroyo del Rey, la nube había dejado de ser de polvo para convertirse en tormenta, con truenos y descargas ruidosas que hacían abrir grandes los ojos de adultos y pequeños en las ruedas tribales frente al benefactor fuego nocturno. Como era entrada la época natural del celo, los animales estaban hiperactivos y eso ayudó a la formación del rebote. Múltiples historias que recorrieron la región en sentido inverso, conmovieron los pajonales, los montes y los esteros cobijados bajo las alas de la nívea ave. Que los tigres, los pumas, los zorros...

Otro hecho sacudió la toldería. La sobrina del cacique después de mucho empujar, gritar y sangrar, dio a luz un niño descoyuntado; payo, de ojos verdes como los de un puma; producto de sus devaneos puebleriles con un blanco. Alcanzó a berrear a las dos comadronas presentes en el hecho y murió después de un espasmo.

También, cuando llegó la noticia a las distantes regiones que estaban cruzando aquel real arroyo, ya había hablado con voz tonante y en mocoví. En el mocoví de ellos, de los caciques, como correspondía . Su mensaje diverso, cambiante con cada portador y reconstruido a su manera por los interlocutores ocasionales, fue creciendo. En un comienzo echó tímidas raíces que, con el correr de los días y los nuevos hechos, se fueron afianzando en las mentes jóvenes principalmente.

Juan Andrés visitaba la toldería de San Martín Norte por ese entonces, afincada no hacía mucho tiempo en tierras del cacique Paikin; fue invitado a relatar lo acontecido.

- Yo la vi - comenzó y el silencio se hubo solidificado a su alrededor. Hasta los perros metieron la cola entre las piernas; hicieron un ovillo y se tendieron en medio de los muchos que conformaban el auditorio - Venía volando de allá - agregó señalando el sur. Algunos, los que enfrentaban esa dirección levantaron la cabeza junto con los otros que, además de hacerlo la giraron hacia donde el índice de él las había convocado - No señor. No a la iglesia, ni al almacén, ni a la comisaría. Vino derecho a la toldería, alto , bien alto. Se detuvo en el aire - agregó con un gesto esbozado con la mano abierta que se movía y paró de golpe - Con las alas bien abiertas, empezó a dar vueltas así - dijo haciendo girar su dedo en torno de un imaginario eje – y fue descendiendo rápidamente derecho al descampado frente a la casa del cacique Mariano - nombre que se cuidó de pronunciar con cierto asco, denotando el desprecio que le merecía - Se posó en el suelo y la tierra tembló levantando una nube con truenos y relámpagos. Yo lo vi. Sí, lo vi, no me lo contaron...

- ¡Iñá pegló! - exclamó una vieja de la concurrencia, fascinada y volvió seria a repetir : - vos lo decís.

Los ojos seguían cada uno de los movimientos que efectuaban aquellas mágicas manos mientras las palabras los penetraba inundándolos con el misterio, el profundo misterio que sólo el dueño de las mismas podía enfrentar. Tenían miedo de pensarlo.

Respondió a las pocas y vacilantes preguntas que se le efectuaron. Cuando la emoción decayó por el miedo, agregó para finalizar: - ¡Ah, y hubo voces!. Fuertes y duras voces que hablaban de que el tiempo ha comenzado.

- ¿Que tiempo? - preguntó un muchacho que temblaba.

- El nuestro, Cadiodí. El tuyo, el mío, el de ellos - agregó abarcando a todos los presentes con un gesto amplio. Entonces se paró. Los fue mirando de a uno a los ojos, con esa fiera mirada de felino a la que el odio otorgaba un brillo particular y les impuso: - No lo olviden. Quien pretenda hacerlo o desconocerlo sufrirá castigos. Pagará con la vida.

Se dio vuelta y caminó hacia la noche amplia. La reunión se deshizo en silencio. Ahora, como al comienzo, hasta los perros presintieron la ominosa presencia del misterio. Un misterio gelatinoso que embebía el instante, pegándose a las gargantas y causando pavor en sus impredecibles mentes simples...

Sí, él lo había dicho y no sólo creían en sus palabras. La realidad toda de sus vidas, apoyada en precarias patas de juncos, cambiaba abruptamente trocándose en esa otra; la que les entregaba con sus énfasis y sus sugerencias.

Las vacilantes certezas iniciales se fueron transformando en autos de fe, a medida que palpaba las respuestas silenciosas de su gente.

Entonces levantó la cabeza y miró las estrellas frías y distantes. Se percató que ya no le eran indiferentes. Algo importante, grande, venía de allá y pasaba por su mente. Cerró los ojos y retuvo el aliento. Era demasiado. Sin embargo no podía dejar de escuchar esa voz distante que le decía:

- Aacatañalo - como un susurro repetido por las brisa –aconsejalos, aconsejalos...

De pronto dejó de ser aquel caciquito de antaño, con poder prestado, para convertirse en el instrumento irrevocable de esas misteriosas fuerzas llenas de la tensión del arco estirado, de la lanza en el aire, del felino en el salto.

Entonces, con el día, comenzó su peregrinaje por la región.

Se acercaba a los asentamientos tolderiles y convocaba renovadas asistencias, mientras ganaba auditorio para aquellas fragmentarias y sugerentes historias inconclusas que a veces herían hasta lo más íntimo de los esfínteres, determinando que alguien no pudiese evitar orinarse sobre el polvo pisoteado de la reunión. Y se le acercaban, llevándole sus problemas a los que daba solución de cualquier modo, aunque no fuera el más conveniente. De él aceptaban hasta la muerte rotunda, con ese fatalismo acendrado del salvaje.

Y el mensaje estaba dirigido principalmente a los jóvenes, a quienes tenía que ganar sin condiciones para su causa. Los otros, los mayores, eran simple soporte o presencia tolerante que facilitaría aquella labor.

En la margen de la Laguna del Platero, un poco más arriba de San Martín Norte, estuvo quince días solo cazando en la arbórea catedral. Inquiriéndose sobre todo aquello que le estaba sucediendo y preveía ocurría a su alrededor.

Ocasionales partidas solitarias de jóvenes, se arrimaron y se acoplaron a esa silente comunicación con las fuerzas naturales.

Cazaban allí mismo lo necesario. Bebían de esas cristalinas aguas. Abrían sus sentidos a la susurrante y esquiva voz telúrica.

El día decimoquinto los convocó a su alrededor y solo les dijo que ellos ya habían llegado:

-Naá novitijí .

No hacía falta otra cosa. Los encaminó a los cuatro puntos cardinales de su culto precario pero avasallante. En cada uno, con la soledad, irían creciendo y cristalizando las certezas torpes del comienzo, para llegar a ser la fuerza arrolladora que esperaba, no sabía por qué, pero sí que se había convertido en la tensión motora de algo desconocido pero importante.

Cuando el mensaje blanco se fue diluyendo en el azul de la distancia como gota de sangre en la corriente, aparecieron las garzas moras, portadoras de presagios peores.

Desde la puerta de su rancho gritó convocando a los habitantes próximos. Les señaló el trío de aves que sobrevolaban indiferentes el emplazamiento elevándose y girando a la derecha para bordear por el río la población.

- Hay muerte en el horizonte.

No lo dudaron. Los mocovíes sabían desde siempre que ese animal portaba la señal de la milenaria y su presencia era signo de su proximidad.

Temerosos, volvieron todos a sus viviendas precarias y apenas desde allí, atrevieron asomarse para ver como se perdía en la distancia, por encima de los pajonales, el oscilante trazo de los tres puntos móviles.

El hecho recorrió nuevamente la región.

A medida que se alejaba de San Javier, no eran tres, sino incontables. Pasando El Rey, ya habían cubierto el cielo con su sobrevuelo gris. El hecho se mezcló con anteriores experiencias particulares, de mordiscos dados al Sol por la gran bestia hambrienta, que le robó un pedazo, trayéndoles temor. Gracias a una invocación personal, él se rehizo en breve, después de alimentar a la fiera con su fuego.

Pero, ¿dónde está ese dios?, - preguntaban

- Nemota - respondían - En su casa - y cada quien miraba lo más intrincado del encaje vegetal que se les ofrecía en todo su esplendor, herido por la sangre de los lapachos y ceibos.

CAPÍTULO 19
LA ITALO ARGENTINA

Con mucho trabajo y amor logró abrir las puertas de la "Ítalo Argentina", su empresa zapateril que habría por fin de levantar las restricciones que el juego de abalorios del destino le había preparado hasta entonces y en el que fueron vanas las manipulaciones de sus tantos, cada vez que ello le era permitido hacer.

Las humanas apetencias y esfuerzos se desvalorizaban en la mesa de apuestas, donde el hado croupier, se ensañaba a veces y a veces excedía su generosidad. Como

ahora que, antes de subir al sulky, le dejaba ver allí su empresa, con aquel cartel generoso que la ponderaba sugerente.

El trabajo había sido mucho durante la semana y tenía bien ganado el domingo.

Mientras grupos de feligreses se encaminaban a la misa que con su pompa característica, venida de los romanos, desplegaba sus atributos, él había programado una partida de caza menor.

La misma se celebraba en la nueva iglesia de material. Blanca, enorme para el poblado, convocante con aquellas campanas que, en verdad, tomaban resonancias celestes, derramándose hasta los primeros asentamientos de los herejes protestantes en el norte cuando el viento era propicio, donde seguro heriría sus conciencias rebeldes, haciéndolas sangrar. El badajo era tirado con fiereza rítmicamente, para hacerles dar un nivel más a la sonora cachetada de bronce.

¡Quien los viera jugar en domingo! ¡Oh, no!

Por suerte, el pueblo había extendido sus apéndices. Poco a poco, aquellas tierras del Pájaro Blanco serían reconquistadas para la fe verdadera y ellos tendrían que replegarse a Alejandra, donde serían sitiados para lograr su aislamiento y progresiva eliminación, a medida que se incrementaran los conversos.

Erguido en la silla mientras pensaba en estos fundamentalismos aún vigentes, Enrico fustigó el caballo que emprendió trote hasta la esquina próxima, la de la plaza, donde le hizo tomar a la izquierda, por la calle que venía del templo y la toldería, para buscar el comienzo del camino en dirección norte, hacia esa colonia inglesa.

- ¡Buen día, don Menni!
- Buen día don Gómez Morera. ¡Feliz domingo!
- ¡Gracias y suerte! – fue la respuesta recibida del transeúnte.
- ¡Gracias! - El trote demandó su atención.

Saliendo ya en el camino a Alejandra, a eso de un kilómetro, detuvo la marcha. Uno de los Blanche se dirigía caminando hacia su casa. En sus campos pensaba ejercitar su habilidad de cazador.

- Hola, ¿cómo te va?
- Bien, don Enrico, ¿que hace hoy por aquí?
- Voy para el lado de tu casa. Subí. Tu padre me comentó que en el monte de paraísos cercano, se habían instalado las palomas. Prometí venir hoy para hacerme de algunas, si no falla la puntería.
- ¡Ah, es por eso, qué bueno! - le respondió el hombre una vez acomodado en el asiento.

Silenciosos, por el medio del camino de tierra, como ganado en la senda, se desplazaba un grupo de jóvenes mocovíes. Tuvieron que detener la marcha y hacerse a un costado, casi en la cuneta.

- ¿Pero vio don. ¿Se dio cuenta con que fiereza nos miraban, como si fuésemos sus enemigos?

- Mirá muchacho. Son unos pobres indios como los otros. Mano de obra barata, peoncitos de un ajedrez maligno. Los políticos ayudan a que se mantengan así en la vagancia, en el limbo tolderil. Los usan los estancieros y son la carne de cañón del ejército por órdenes de sus caciques que medran todavía del presupuesto. Hay de todo en ellos. Nobles, leales, ladrones y asesinos. A veces, también, alguna rara mezcla caprichosa de esas cualidades.

- ¡Sí, es cierto! Sin ir mas lejos, anteayer nos carnearon una potranca en su camino a la isla, por el paso de Warnes. El animal se habría arrimado a beber y allí aprovecharon. Era manso, lo usaban los chicos en el sulky para ir a la escuela. Tendré ahora que adiestrar otro para eso. ¡Ah, ni que hablar de la vida que hacen pasar a sus mujeres!

- ¿Sus mujeres? La mayoría trabajadora, sufrida. Pasto de la tuberculosis y ahora también de las enfermedades venéreas, desde que los bailes y el alcohol echaron raíces en la toldería. El doctor Romero periódicamente manda un grupo de ellas a Santa Fe para su atención. Vas a tener que cuidarte muchacho. Hay que revisar, ¡jem, revisar antes de ponerla!

El joven rió cómplice. El le andaba arrastrando el ala a una Cadiodí, para arrimarla al catre. Con ellas no había problemas ni compromisos. Una vez que les picaba el bicho, no tenían problemas ni culpas, al contrario. Eran unas fieras en la cama. Todavía llegaban a su mente los remesones de la hija de Vicente Anacique, la Paula, que trabajaba en su casa. En una siesta, como quien no quiere la cosa, por esos caprichos del destino, le destapó el sexo llevándolo naturalmente de la mano por sus vericuetos mas lindos.

La puesta en marcha del vehículo, lo sacó del pozo de los recuerdos y lo arrojó de nuevo frente al italiano que ya había comenzado a pergeñarle la estrategia que seguiría con las palomas del monte, para mayor beneficio en la caza.

- Deben economizarse cartuchos, así rinde la partida. Máxime que no es fácil conseguir buena pólvora para recargarlos. Los bolicheros de aquí traen de la peor y la venden ¡como si fuera la reina de los explosivos!

El Sol exhausto, comenzaba a recostarse sobre el colchón del monte al Oeste, cuando empezó a enganchar de nuevo el caballo al vehículo, que lo había aguardado contra el alambrado. El morral lleno hablaba a las claras de lo fructífera de la jornada. En su mente se materializaba el frasco con palomas escabechadas y en su estómago, vacío por la caminata posterior al almuerzo que le brindaran generosamente los Blanche, los jugos gástricos obedecían al anticipo imaginario de su sabor.

Revisado todo y después de saludar a sus anfitriones, emprendió el regreso, no sin antes asegurarse de que la escopeta tuviese, en su recámara, sendos cartuchos por las dudas. ¡No vaya a ser que en el camino se le cruzara el diablo!

El indio que lo había estado observando desde la sombra de los árboles se volvió prestamente para internarse en el monte. Habían desaparecido los moros de la costa y debía avisar de ello al resto de la partida que aguardaba oculta en el pajonal, en la parte alta de la cañada escondida entre los algarrobos y aromos que proliferaban al oeste. Las garzas continuaban como si nada, ajenas a su presencia, a la que se

habían acostumbrado con el correr de las horas. Ellos evitaban las situaciones que las ponían nerviosas, para no llamar la atención.

Rápido como un zorro, el aborigen corría en dirección opuesta al sulky que pronto se perdió junto con su pluma de polvo, en la cortadura marrón del camino a San Javier.

Bajó sus pertenencias en la zapatería y se encaminó a retornar el vehículo a Greca, su dueño, ingresando a la propiedad de éste por el portón grande lateral a la misma, que llevaba al corralón. Sabía que él no se encontraría. Faltaba la volanta. De seguro no había regresado aún del campo.

Tomó algo de alfalfa de un fardo y se la arrimó al noble animal que dio muestras de contento, pese a la larga jornada de pasto fresco. Llenó con agua un balde que también depositó cerca y partió, cerrando el portón detrás de sí. Entornando también la actividad de su día.

Los aires de una inquieta canzoneta le inundaban el alma por entre sus labios al empuje de su aspiración, mientras se encaminaba presuroso a cubrir la cuadra y media que lo separaba de su morada.

CAPÍTULO 20
TATA DIOS

El empuje de los años lo hicieron a un costado y el viejo brujo, un agostado aromito de brillantes ojos oscuros, fue también dejado de lado por esas cosas de siempre de la vida que, caprichosa, se le fue.

Sus despojos fríos fueron encontrados por la Fermina Nadiadí cuando se encaminó a consultarlo por el maleficio que le había hecho su cuñada y que la tenía a maltraer y peor llevar. Corrió al rancho de Mariano y allí, entre sollozos y gritos lastimeros, denunció el hecho. El cacique mandó a uno de sus hijos con dos acólitos para imponerse de la situación, con miras a ganar tiempo. Lo necesitaba para concretar adecuadamente la sucesión. No es fácil reemplazar a un "Tata dios". No se improvisan. Ocultas fuerzas determinan quienes son los elegidos, salvo algunos casos de su conocimiento en que otros jefes de tribus colocaron varios charlatanes para tal desempeño, por razones que hacían al mejor manejo de los asuntos comunes y de sus propios intereses. Y tal vez fuere ese su caso. Tenía uno de sus hijos, el segundo, que podría llegar a lograr ascendencia, aunque era mujeriego. Y un brujo mujeriego, ¡jum, mal brebaje no fácil de tragar!

Los comendados no pudieron llevar a cabo su propósito. Cuando arribaron a la choza del brujo, del lugar se habían posesionado Juan Andrés y sus seguidores impidiéndoles el acceso.

De nada valieron sus protestas. ¡Que cacique, ni cacique, ni mierda!. Allí estaban fuera de toda jurisdicción terrenal. Eran cosas del Gran Espíritu; cosas del Monte. Si no, que lo dijera Juan Andrés que allí estaba en cuclillas en el suelo, hablando con el muerto desde hacia largo rato.

Ellos se asomaron por encima del hombro de los que tapaban la puerta, absortos en la escena pasiva frente a sus ojos y miraron la silenciosa figura de bronce. Comprendieron que el poder ya había sido transferido. El muerto había traspasado sus atributos con plena solemnidad, al ahora joven brujo que con toda seriedad se irguió, mirándoles a cada uno en los ojos excepto al hijo del cacique a quien, con desprecio, pasó por alto.

- ¡Naatic ludegat! - y señalando al cadáver para que dispusieran de él; le repitió al muerto: -muchas gracias - y se alejó en silencio con una dignidad impresionante que desbordaba su persona. En sus manos llevaba la lanza, la calabaza con huesos menores diversos y la bolsa de yuyos, para evitar que cayeran en otras manos indignas.

Estaba hecho.

Cuando el cacique Mariano López por intermedio de sus emisarios se enteró de las novedades, no pudo evitar su ira. Echó a los informantes del recinto por su supuesta torpeza y dispuso que el mayor de sus hijos se le adelantara para avisar en la comisaría que pensaba trasladarse a la misma para hablar con el Jefe Político, su amigo, don Edisto Romero.

No lo hacía con frecuencia. Era consciente que no se miraban bien aquellas fluidas relaciones con la autoridad, principalmente por los jóvenes, que nada entendían de política y mucho menos podían percibir mas allá de sus narices. El cura y aquél dirigente, mano visible y segura del gobierno provincial, constituían dos ejes importantes para la estabilidad de la toldería y de su cacicazgo. Pero ellos no entendían la intrincada urdimbre de los factores de poder que, bien manejados y aceitados, aseguraban tranquilidad a todos. No, eran torpes...

Así cavilaba mientras caminaba por la senda que bordeaba la iglesia nueva, orgullosa, símbolo de la prosperidad de esos colonos latinos que pujaban por dar más y ocupar los sitiales más importantes y destacados en las procesiones parroquiales. Suspiró. El indio era el convidado de piedra, vagón de cola del cortejo excepto en las festividades de San Francisco Javier, allí en la toldería, donde era el rey y la diversión mucha.

Cruzó la calle y encaró la vereda oeste de la plaza, cuya arboleda densa le trajo el fresco aire umbroso. Doscientos metros lo separaban de su destino. Hizo caso omiso del sulky que interceptaría su marcha de no desviarse. Era el cacique, ¡que carajo!

El conductor sofrenó al animal que tiraba del vehículo y no pudo ocultar su sorpresa. No era común verlo adentrarse en el pueblo y mucho menos de a pie.

- ¡Vaya, buen día don Mariano!

- Buen día, don Bernabé - , le respondió el indio político, sin bajar la cabeza ni disminuir la marcha. ¡Faltaba más! Sería rico, sería Mántaras, pero él era el cacique.

Siguió por el medio de la calle la cuadra que le faltaba. En la vereda de la casa de los Gallay había cuatro gringos hablando de sus cosas y no tenía intenciones de escuchar y mucho menos aceptar, alguna alusión a su persona. Uno de ellos, el gringo Menni, el zapatero de mitad de cuadra lateral, venido recién quien sabe de dónde, lo miraba con insistencia, como a bicho de otro estero. "¡Tano curioso!", pensó. Se percató que los otros lo señalaban disimuladamente. Levantó un tanto la cabeza y trató de dar firmeza a sus pasos. Era el cacique.

Ingresó en la casa que se hallaba casi en la esquina y sin mediar palabras con el guardia que franqueaba la puerta, penetró en la oficina de la derecha.

Detrás de la mesa, se encontraba ya parado, un joven de bigotes rectos que oficiaba de secretario del jefe político del lugar.

- ¡Buenas! - le dijo arrimándose para estrecharle la mano sin mucha convicción.

-- ¿Como está don Mariano? - , le respondió el sujeto, ofreciéndole su diestra.

- Ya le avisaron. Vine a ver a don Edisto.

-Como le comenté a su hijo. El Jefe no se encuentra. Está en Colonia California y no regresará hasta la tarde. ¿No le dijo?

- ¡Puta madre!, de seguro rumbió pal' almacén de Casañas. Ya debe estar encañonado por el pico de una paraguaya. ¡Ja! - exclamó resignado negando con la cabeza.

- Y bueno, que quiere usted, si lo mantiene holgazaneando todo el día.

- ¿Cómo, y la atención de mis cosas, que son las de la toldería, le parece poco? Debo descansar en ellos. Me secundan y él me seguirá de seguro. Esperemos.

- Sí don Mariano. Tal vez tenga razón. Pero, ¿que lo trae por aquí?

- El Juan Andrés. Ese tape raro venido del norte de vuelta el año pasado, que se me ha hecho mala espina y me molesta. Quiero que me lo saquen de allá. No sé cómo. Movilícenlo. Mándenlo a Martín García. ¡Qué sé yo, pero hagan algo o perdemos todos!

- Pero Don Mariano. Sabe que así por que sí, no podemos disponer de nadie.

- Vamos mi amigo, ¿me dice eso a mí? No se mande la parte. Usted conoce el juego tanto como nosotros. No tuvo problemas cuando se puso cargoso el marido de la Josefa. De no ser así, la vida sería más difícil, más dura para todos. – concluyó el pragmático cacique.

- No sé si don Edisto querrá. Es un indio tranquilo, hasta ahora. Un poco raro, tal vez peligroso, pero tranquilo. Para colmo, cuenta con el apoyo de la gente joven, lo siguen, lo distinguen.

-Sí, es cierto y tal vez demasiado. A mí me ignora. Es gente de mi hermano. No lo quiero allá.

- Bueno, veremos qué se puede hacer.

- No lo quiero allá - insistió. - Dígaselo a don Edisto y cuanto antes mejor.

- Pero.

- Mire - expresó enojado - quiere ser el reemplazante del viejo Nalangaín que apareció muerto y no lo voy a permitir. No quiero que ese poder caiga en sus manos. No sé como haré ni si podré evitarlo. Por eso vine y solo. De esto, ni una palabra a nadie, fuera de don Edisto. Él comprenderá. A ustedes menos que a nadie les conviene que se me escapen los nudos de las manos - agregó sonriendo con complicidad.

- Está bien don Mariano. Quede tranquilo. Veremos qué podemos hacer. Algo será. No se preocupe, nos encargaremos de esa espina.

- Si usted lo dice.

Sin más, dio la vuelta y retornó por el mismo camino. Ya no solo. En la calle se le incorporaron un par de congéneres que retornaban con una bolsa de galletas y otras provistas menores del día.

Después del parco saludo gutural, no agregaron palabra durante la marcha hasta separarse traspuesta largamente la iglesia y en plena toldería.

Las complicaciones habían hecho perder a la mañana el luminoso encanto azul que la envolvía. Una ominosa certeza comenzó a tomar cuerpo en su espíritu, haciéndolo sentir aún más impotente para neutralizar los oscuros designios de aquellas fuerzas. Tal vez los blancos pudieran desatar esos nudos. Ellos tenían más recursos y en el peor de los casos, un indio mas flotando en el rio. Pero, ¿quien, quien se atrevería ahora?

CAPÍTULO 21
DESCALZANDO SEDAS

El airecito fresco del río regalaba plenitud a manos llenas a esa hora temprana. Trepó el escalón que formaba el comienzo de la vereda de ladrillos y se detuvo frente a la puerta del local que abrió de par en par con las renovadas esperanzas del nuevo día.

Tomó el plumero, repasó la mercadería expuesta y los pedidos pendientes. En especial el que realizaran los Morgan, la tarde anterior. Dos pares de botas inglesas de cabritilla para sus hijas pequeñas. Lydia y… ¿Dora?, no, no recordaba el nombre de la otra niña. Tendría que tener mas cuidado. Esa clientela demandaba una atención especial personalizada que no debía decaer por ninguna causa.

El saludo lo sobresaltó.

- ¡Buen día, don Enrico!

Giró y se topó con la sonrisa cálida de su clienta favorita.

- ¡Hola Roxana, dichosos los zapatos que te calzan! – expresó sonriente a la hermosa mujer que había ingresado al negocio - ¿Como estás?

- Bien, muy bien por cierto.

- Ni que lo digas. La mía fue una pregunta ociosa. Una mera fórmula de cortesía. Se nota por demás como te hallas - le repitió maliciosamente mientras la recorría de arriba abajo para complacencia y rubor de su interlocutora.

- ¡Ay don Enrico, también usted!

- ¿Y este joven? - le preguntó para variar el carril que empezaba a ir demasiado rápido hacia donde quería. Temía su rechazo y perder la oportunidad.No todoslos días lo visitaba.

- Es mi sobrino, Juan Aggiullo. Se ofreció gentilmente acompañarme.

- Un caballerito por lo que veo. Pero pasen, pasen por favor.

Los recién llegados ingresaron. Ella a instancias suyas se instaló cómoda en un sillón tapizado con brocato rojo y cruzó sus piernas. El comienzo de sus pantorrillas se dejaba entrever incitante por debajo de la amplia falda elegantemente desplegada alrededor de esas hermosas caderas y aquellas sugerentes rodillas con que remataban un par de muslos llenos de inconfesables promesas.

- ¿Qué buscas, muchacha, además de quitarle la respiración al zapatero?

- ¡Don Enrico!, exclamó ésta arrebolada, agregando: -Necesito un par de botitas cómodas para caminar y montar.

- Veamos, veamos, por aquí hay algo que puede llegar a merecer calzar tan bellos pies, aunque dudo que consigamos algo fuera de los zapatos de cristal de Cenerentolla.

- Las cosas que dice, don Enrico, no soy La Cenicienta. Pueden escucharnos además. ¿Qué dirá la gente?

- Juan, el único, es un caballero y como tal, sabe de los cumplidos.

El joven, ajeno a todos esos lances, miraba indiferente por la puerta abierta, hacia la esquina de la plaza, que acusaba el incremento del movimiento propio a esa hora.

Detuvo la prueba del calzado propuesto y se volvió hacia aquél, requiriéndole:

-Me harías un favor, Juan, mientras atiendo a tu tía. Buscame por favor un paquete de tabaco en lo de Casañas. Don Narciso sabe de cual se trata. De paso, comprate una golosina, Queda para ello.

El chico partió raudo y quedaron solos. Le acarició el pié que se cuidó de descalzar con delicadeza y sus dedos atrevidos se dejaron entrever camino a las pantorrillas.

- ¡Enrico, puede venir alguien!

- Sí Roxana, está viniendo y no lo podremos parar.

- Enrico, ¡su señora!

- Está lejos, Roxana, muy lejos, ya no está.

- ¡Ay !, no se por qué hago estas cosas!

- Por que habría de ser tonta. Por puro gusto nomás. ¿No es hermoso acaso?

- No vuelva a decir eso. ¡Usted me obliga! Pero basta. Aquí no, Enrico, aquí no por favor.

- ¿Esta noche?

- ¡Ay, no, no sé si... - el chico entró en ese momento gustando de un inmenso y colorido chupetín y un paquete de tabaco - ...si Usted quiere, vuelvo mañana. Si le parece que para entonces, agregó confusa, sonriendo.

- No. Mañana no. Domani e troppo tarde. Questa...

- ¡Don Enrico! - exclamó esta vez alarmada.

- Sí, sí, ahora Roxana. Veamos...

Y la atención y el juego siguieron por largo rato hasta que el aburrimiento obligó al impaciente sobrino a cortarlo.

- ¡Ufa tía, vamos!
- Sí. Ya nomás.
- ¿Esta noche? – insistió casi susurrando sugerentemente.

No hubo respuesta. La caída de ojos fue elocuente. Dio unos pasos de baile por el salón vacío a esa altura.

Un paico desarrapado detuvo su marcha por la vereda y quedó mirando a ese blanco tonto que bailaba solo, lleno de alegría.

Al darse cuenta, se detuvo y retomó la compostura sonriendo para sí. Había perdido los estribos y no era para menos, ¡con semejante mujer!

Aseguró el revólver en la cintura. Se cubrió con la capa y tomó calle arriba, después de verificar que no había nadie a la vista. Rodeó la manzana por el otro lado para evitar pasar frente a la comisaría. La guardia habría de registrar el hecho y al día siguiente sería objeto de comidillas. Continuó una cuadra más de lo previsto, hasta desembocar en la esquina del rancho de las Troncoso prosiguiendo por la calle lateral al mismo, hacia el río.

La noche se abría amplia, hermosa, saturada de azahares y magnolias; plena de dulcedumbre. Y estaba el silencio, ese silencio vasto, profundo, cómplice, que nada hería hasta donde alcanzaban sus finos oídos alertas.

Una luna gorda, remolona, bien femenina también, trepaba descansadamente su cuesta, regalando la plata de su luz sin retaceos. Un Brasil inquieto, candombero, comenzó a arderle en las articulaciones del recuerdo. Apuró el paso.

Descendió despacio la pronunciada pendiente de la última calle al río para no caer y fue rodeando el alambrado que delimitaba la parte posterior de las propiedades que daban a ella hasta llegar al tapial de los fondos de la casa buscada. Se detuvo frente al portoncito de madera y miró un instante. Nadie a la vista. Lo tocó suavemente y cedió rasgándose en una larga hendija plateada de patio interior lunado. Entró rápidamente y lo cerró detrás. Quedó allí parado mirando para orientarse cuando la divisó debajo del naranjo florecido. Las blancas motas de luna le brindaban una corona principesca. Corrió hacia ella y la abrazó, besándola profundamente, con pasión. Su abandono fue total y la capa tendida recibió su generosa figura desdibujada en las sombras. La cubrió con ternura y la persona de ella en la noche desbordó la copa de su ansiedad.

Muy pocas palabras se dijeron entonces. No había lugar para ellas.

- ¡Gracias Enrico, soy feliz, muy feliz – repitió la mujer satisfecha.
-Yo también Roxana - le contestó acariciándola. Fué entonces cuando percibió que lloraba.
- ¿Lloras?
- ¡Sí mi amor, de felicidad!

El beso fue interrumpido por un ruido suave que, aparentemente, venía de la casa. Ella se paró y corrió a la misma. El quedó agazapado detrás del tronco de la

magnolia. Nada. Una falsa alarma. Probablemente un gato o un ratón. ¿Cómo saberlo? La noche se había quebrado. Calculó que serían las dos de la madrugada. Volvió despacio no sin antes asegurarse que nada se oponía. Cerró nuevamente el portón y caminó hacia el Sur a la sombra de los árboles interiores. Ya la Luna había alcanzado así nomás, sin darse cuenta, casi el cenit. El tiempo había fluido demasiado de prisa. Adelante, la laguna ofrecía el arabesco de su plata labrada por el perfil de los sauces y ceibos reverentes. Algo se movía en la distancia.

Una a una fueron desgranándose las furtivas figuras como talladas en obsidiana móvil, de la partida de indígenas con lanzas que, bordeando el río tomaron hacia el norte trotando sigilosamente. Habían surgido una cuadra más allá de la calle a la cual se dirigía y que desembocaba en la vieja capilla de adobes, hermana pobre de la otra, la orgullosa. Quedó quieto en la sombra, contra el extremo del último tapial, para no ser visto. Contó. Eran quince y sus ropas oscuras hacían que sólo fueran vistos cuando el contorno se recortaba contra el argentado cielo de la corriente imparable.

Extraña tierra. Extraña gente. Extraña noche, pensó reemprendiendo la marcha en busca del reposo reparador.

CAPÍTULO 22
EL MANDATO

En cuclillas rodeaban las escuálidas llamas que brotaban vacilantes pero inquietas, de los tres o cuatro leños de aromo salpicados por esa suerte de cardenillo vegetal con que les regalaban los líquenes secos ya. Azul, el espíritu de la madera se quemaba llevando a sus rostros aquellos fantasmas esquivos de la raza mortecina.

Francisco Golondrina no habló. Se limitó a una intervención interjeccional:

- ¡Ajá! - Y fue silencio de nuevo. Un silencio opresivo. Duro y doloroso como pica de acero frío penetrando en esos desolados recovecos de sus desconcertados espíritus.

- Tenés razón, Juan Andrés. Estamos muertos. Muertos en vida. - expresó Domingo Pérez luego de reflexionar prolongadamente sobre cosas dispersas en su alma.

- No. El mocoví muere peleando, sino no muere, se va al monte nomás - le respondió Juan Andrés que presidía la reunión expontánea. - Y nosotros estamos vivos, todavía.

Quedó pensando en su dura, larga existencia sin otra salida aparente que la entrega diaria aquella que efectuaban los niños de la tribu, a otro lenguaje, otro pensamiento, sin salida alguna a la vista excepto ese vasallaje ofensivo a que se veían sometidos en las estancias, en los obrajes. Él no tenía la culpa. Ellos no tenían la culpa. Nadie tenía la culpa. Pero los hechos se encadenaban de ese modo y la caza se iba cada vez más lejos y la caña penetraba cada vez más profundo en su pueblo.

- ¡No! - gritó de pronto parándose como poseído, - ¡No habrán de encontrarnos sentados!

Los otros tres lo miraron sorprendidos. Aguardaban. Él les había dicho que esperasen, que no apuraren la decisión. Cuando el ubajay madura, madura, no antes..., y miraron con cierto anhelo tenso, aquella fiera figura broncínea que devolvía los grasos reflejos rojizos de las llamas adquiriendo una nueva dimensión.

- ¡Basta ya de que ellos manden! . El tiempo ha llegado. Está amarillo y blando, maduro. La hora de afilar las chuzas está presente ahí en la puerta. Sólo espera que la dejemos entrar para calentar nuestras yacijas. Debemos hacerlo antes que los cueros se enfríen de nuevo.

Y así habló pausadamente y guardó silencio una vez más siguiendo el travieso juego de las sombras esquivas en las paredes de paja del habitáculo.

Santos Negroni fue el único que se atrevió a preguntarle:

- Sí, eso, pero..., ¿cómo Juan? Ellos son muchos, poderosos, nosotros pocos.

- No Santos. Somos muchos y fuertes como no imaginás. Tenemos la fuerza del Monte, de Sanjavielito, del Gran Espíritu que ya ha hablado y ha dispuesto que nos preparemos.

Calló nuevamente para dar una larga pitada a la vieja pipa de barro del hechicero ido con su mensaje al lugar de ellos... No estaba seguro dónde, pero allí mismo, en el lugar en que el monte habla con voz de trueno y le da sus palabras al viento, a los animales, a los pájaros que vuelan y a los árboles que, quietos, las repiten a capella. Se sintió zaherido como nunca.

- Negroni. Tendrás que ir a Cayastá y Calchines. Te tocará esa zona. Habrás de trabajarla bien. No tendrá que faltar nadie el próximo San Javier. No quiero ver mujeres llorosas y enfermos inútiles, después sí, todos...

- ¿Solo voy? - interrogó el destacado con sorpresa.

- A partir de ahora, ninguno de nosotros estará solo. Seremos uno con Él y no debemos flaquear.

- ¡Tá bien!- exclamó resignado, no muy convencido todavía.

- Golondrina. Volverás a San Martín Norte. Allí está tu misión. Debes traer la gente capaz para el San Javier.

El interpelado separó la pipa de sus labios, exhaló el denso humo de tabaco ordinario y hierbas diversas seleccionadas por aquél extraño maestro de ceremonias que tendría que ser Juan Andrés pero que ya no. Así como también ellos, de a poco, sin darse cuenta casi, dejaban de serlo para transformarse por aquella transubstanciación operada subrepticiamente quien sabe porque extraña injerencia. La piel se le puso como de gallina.

- Bueno. Se hará - le respondió.

- López. A vos te toca el monte. Sé que es lo más difícil para trabajar. Pero estás preparado para ello. Dejarás libres las historias de todo esto que ha ocurrido y permitirás entrever conforme su voluntad, que el tiempo está cerca, muy cerca...

- ¿Cuanto? - preguntó Negroni impaciente.

- ¿Quién lo sabe todavía? Te reitero. La voz está dada y seguirá hablando en su momento – respondió Juan Andrés con convicción – y prosiguió - Nadie deberá estar ausente. Cada uno tomará varios jóvenes y los convertirá en sus voceros y también se internaran en el pueblo, hasta ser su conciencia. En un comienzo, nada y todo

cambiará. Ya verán. Deben insistir. Si alguien se muestra remiso, márquenlo nada mas, después daremos cuenta de él.

El comienzo de diciembre será el inicio. San Javier vendrá otra vez de la mano de ellos, no lo olviden. Mientras tanto, ¡Iyo ité aquí! - haré lo mío aquí - insistió. Los que vayan viniendo me irán contando que estuvieron con ustedes y sabré que marchan. La ausencia del nombre de alguno o su parquedad, hablará de lo hecho y traerá la medida de ello. Entonces juzgaré y volveremos a hablar, tal vez allí - se manifestó indicando el pueblo que delataba su presencia con el ojito enrojecido de las llamas de las lámparas.

- Se hará.- repitió esta vez López.

- No todos querrán - confesó Golondrina preocupado que había permanecido callado con los ojos semicerrados, absorto en la cresta de las lenguas de fuego que escapaban con más decisión de la madera quemándose.

- No. Claro que no todos. Algunos quedarán al costado y habrá que dejarlos. Ya los buscaremos en su momento si es necesario. Para traerlos o castigarlos como se debe. Eso sí. Deben saber y no olvidar y ustedes repetir hasta cansarse, que el traidor, el que hable de más, el que se atreva a descubrir el juego o ponga en peligro nuestra acción, ¡será convertido en mujer, así ! - dijo tomando algo del vacío de enfrente con la mano izquierda y efectuando un corte rápido y seguro con el cuchillo desenvainado de golpe, al caldeado aire que los rodeaba. Los tres tragaron saliva y se tomaron sus testículos para verificar que aún estuviesen allí.

Los reflejos del cuchillo moviéndose rápidamente, enfriaron de pronto el ambiente. La elocuencia de los gestos fue contundente. Bastó con ello. Las palabras sobraron. La pipa dio una nueva vuelta a la rueda, ya casi agotada.

El perro asomó su cabeza por la puerta abierta del rancho y contempló un instante la extraña reunión silenciosa. Se desentendió. Olfateó el profundo olor en el marco tosco de algarrobo desbastado y lo regó con su impronta. Golondrina le arrojó un cascote que tomara de entre sus pies y se paró para ahuyentarlo aún más lejos de lo que había logrado con el proyectil.

Sus amigos miraron en silencio, indiferentes. El pensamiento de cada uno volaba lejos y preñado de interrogantes.

Se hallaban en ese punto de inflexión en el que cada uno no quiere despegarse , o por lo menos, no ser el primero.

El animal que introdujo la cuña se había perdido en la distancia, detrás de otros apremios olfativos, cuando se pararon y en fila no tan distendida, se encaminaron a la boca del rancho.

Quedaron paralizados de pronto.

Como una premonición, en el cielo, desprendiéndose hacia arriba de la Cruz del Sur que recostaba su hombro en el Suroeste , una lanza de fuego blanco azulado surgió de invisibles manos y se clavó en la cintura de Las Tres Marías.

Juan Andrés atinó sólo a levantar el brazo para indicar el evento. No pudo articular palabra alguna. Y así quedaron largo rato, aún cuando todo hubo pasado.

Si alguna duda cabía, había sido aventada de pronto.

El mensaje fue claro y aquella lanza flamígera su vehículo indiscutible.

Fueron los primeros y con el correr de los días, muchos, cada vez más, los que asomaban sus temerosas miradas a los prados celestes, para ver cruzar en el cielo

las diversas picas conque el Gran Espíritu del Universo Indio, comunicaba su voluntad de que había llegado el momento de prepararse. Octubre y noviembre fueron elocuentes en mensajes celestes.

Las chuzas debían estar prestas. No cabían dudas. Hasta en el sueño, aquellos trazos de fuego cruzaban las simples, pobres conciencias reclamadas para la gran empresa, largamente prometida, tanto por curas como santones. Todo hacía aparecer como que esta vez era de ellos la palabra.

CAPÍTULO 23
VIVA ROMA

Acodado en el mostrador tomaba la caña despertadora bien despacio, mientras comentaban las noticias dadas por los diarios de la semana anterior, traídos ayer por el servicial Lena desde Escalada.

-Así es don Narciso. El mundo está cambiando. Vino bien que la Argentina les parara el carro a las grandes potencias. Aún cuando estaba Italia metida, creo que era injusto lo que hicieron con Venezuela. No. No puede ser que ataquen poblaciones inermes por falta de pago del servicio de la deuda externa – expresó Enrico a Narciso Casañas el almacenero.

- Sí. La tesis del doctor Luis María Drago está echando raíces. Algo en el mundo cambia. Se nota – le respondió Narciso.

- Eso sí, no mucho todavía, no crea. Quedan abundantes dolores. Los viví en Brasil donde escapé por poco a la esclavitud, ¡aunque le parezca mentira!

- ¡Usted lo cuenta y cuesta creer!, finalizando el siglo diecinueve.

- ¡Uf, no imagina lo que es eso! Peor que aquí, que es mucho decir. ¿Por qué cree que en Buenos Aires, Rosario, Santa Fe, se han generado tantos conflictos y ha corrido tanta sangre... La gente está cansada. Agobiada por la explotación que hacen los otros, no solamente los ricos. Usted también anduvo mundo y no le es extraño.

- ¡Bah, anarquistas nomás! No quieren a nadie, ni a sí mismos. Son un peligro. Estas pobres democracias jóvenes. Si caen en manos de esos rojinegros, no sé qué sería del país.

-Vamos don Narciso. Usted sabe que esta democracia es falaz. No digo que sea mala. Hay cosas peores en formas de gobierno, las hemos vivido en Europa. Pero fíjese, votan ellos. Mire, quiera que le sea franco. Dudo de aquellos gobiernos con el poder total que le otorgan un mínimo porcentaje de la sociedad e imponen su criterio a todos. Tenemos suerte en este país. Hay gente responsable, pero, ¡guarda la cosa. Una mayoría fanática puede destruir cualquier forma de gobierno, desnaturalizándola, montando la ficción de democracia, tan común por otra parte – insisitó Menni.

- Exagera la cosa, Enrico. Lo importante es la paz y el trabajo.

- Hay paz en los cementerios, Narciso. No la quiero. Quiero libertad. Respetuosa libertad.

- Todos la queremos.

- No estoy tan seguro, mi amigo. Pregúntele al eunuco de la otra cuadra, al pollerudo. Háblele de Garibaldi. Sí, háblele de él.

- Bueno, ustedes los tanos también... ¿A quién se le ocurre dar vueltas en torno de la plaza gritando en favor de él y en contra del Papa? No, no lo podía tolerar. La verdad fue que los tiros de escopeta del cura me sobresaltaron ayer. Menos mal que fueron al aire. De haberle dado a alguno de ustedes, ¡cuanto chianti se hubiese derramado! - le respondió riendo, aún frescos en la memoria, resonaban esos alaridos vinosos: "- ¡Viva Roma, abasso il Papa!", provocando la ira del fraile que, no soportando el reto efectuó las descargas por sobre la caravana de vehículos diversos, con acordeón, guitarras, instrumentos de viento y todo el entusiasmo venido de los fideos bien regados con tinto de ley. Todo empezó en lo de Bavera, con la inmensa fuente de tallarines tricolores: Rojos, blancos y verdes en la larga mesa cordial. Los discursos y el vino hicieron lo suyo y el hálito republicano los encendió a todos.

- ¡Tanos locos ustedes! Porque son ustedes, los de aquí nomás. Los otros, los de la colonia, a esos sí que no los pierde monseñor.

- ¿Que quiere con ellos? Son del partido amarillo y blanco. ¡Bah, poberellos, me dan lástima! Bueno. Paremos don Narciso. Cosí no se fa l'america. ¡Ciao, amico! - ¡Arrivederla¡ - le contestó el gallego remedándolo sonriente en tanto volvía la cabeza de un lado al otro, mientras el inquieto parroquiano de la otra península se alejaba hacia la zapatería.

La tarde no cesaba de caer y de nada valía la ansiedad que procuraba anticipar la noche que se avecinaba, pese a todos los esfuerzos, con el ritmo de siempre.

Al fondo de la calle, en el campito, el Sol derramaba su sangre y girones de colores iban quedando olvidados entre los arbustos, sirviéndoles de marco a los últimos grupos que ese día se acercaban al poblado, con su extraña mirada oscura. Su caminar cansino, resignado Su ropa raída y el atado que cada quien llevaba sobre sus hombros, constituido por las únicas pertenencias terrenas.

Habían anticipado su arribo a instancias de los santones que recorrían incansables sus asentamientos, instándolos a participar de la próxima fiesta de San Francisco Javier. Cuando sanjavielito mandaba, no había oídos sordos...

Torcieron hacia la derecha buscando la última senda en dirección a la toldería que elevaba como una melopea, el denso humo gris de sus fogatas ya encendidas y pacientemente alimentadas , para luz, calor y cocción de las cenas que hubiese. Apuraron el paso. La noche no distinguía y el espacio había que obtenerlo antes para su afincamiento. El polvo levantado por sus pies inquietos, caminadores, fue asentándose cada vez con mayor velocidad, a medida que el atardecer traía fresco desde el río. Después nada, solo el silencio o la chuza imprevista de algún zorzal o benteveo rezagado que afianzaba su territorio arbóreo. Ese silencio, pleno de espacio y tiempo y esos gritos llenos de vida. De la vida que proseguía, como siempre, pese a todas las tensiones desatadas...

Y así vinieron las diez y hubo que prepararse para la visita nocturna. No era cuestión hacer esperar a la dama, con el fresco nocturno. No vaya a ser que el rocío enfriara la pasión.

Enrico dobló la esquina como siempre, ensimismado . Casi llevó por delante a otro viandante presuroso.

- ¡Epa, Enrico! ¿Che fa lei?

- ¡Oh, Doménico, sei tu! Camino, nada más, para hacer la digestión. Voy a lo de Schiapapietra.

- ¡Vaya!, ¿tan apurado?

- Camino, nomás. Ciao, Doménico.

-Ciao Enrico!

Pasó el pañuelo por su frente. Sabía que no eran horas de hacer visitas. Pero, ¡que pensara lo que quisiera!

Dobló a la derecha dos cuadras mas allá y volteó hacia el río.

Las Troncoso estaban de fiesta. En la puerta, escudriñando las sombras, se hallaba el joven Maclovio. No esperaba eso. Se apretó contra el cerco vivo y siguió su marcha. Tendría que dar otro rodeo. ¡Vaya noche tan desfavorable a la aventura!

Cuando por fin estuvo delante del portón, jadeaba. La caminata se había prolongado más de la cuenta. Tuvo que ahuyentar un perro cargoso y ladrador con la punta del estilete. Se alejó dejando detrás un reguero de ladrillos dolientes.

Pero ya estaba y nadie a los alrededores. La Luna aún no había asomado. Eso le brindaba una cobertura extra. Verificó la soledad y enfrentó el portón. Empujó la hoja, pero esta no cedió. Estaba trancado por dentro. Era imposible de abrir. Esperó pacientemente contra la áspera hoja de madera, tentando varias veces la presión hacia adentro. Nada.

Pasó más de una hora refrescándose al sereno cuando decidió retornar frustrado. ¿Que mosca le habría picado a la Roxana? ¿Que percance imprevisto habría impedido que le franqueara el acceso al patio cada vez más florido y fragante del placer cálido y renovado cada noche?, menos esa. ¡Caramba!, ¿qué habrá pasado?

CAPÍTULO 24
ENTEJIENDO

La reunión en lo de Juan López, el otro cacique, hermano del titular de la toldería, cuyo rancho se encontraba justamente unos cien metros detrás de la iglesia, estaba en lo más álgido.

La ira de Juan Gregorio por la desaprensión de sus acólitos, lo tenía fuera de sí, pues ponía en peligro la totalidad del plan.

Por unas míseras sandías habían acribillado a un colono francés la siesta anterior y poco faltó para que hiciesen lo propio con su mujer que corrió a auxiliarlo. Menos mal que primó la cordura de esos entusiastas jóvenes y se retiraron a tiempo.

La policía vendría y la circunstancia sería propicia para que actuase conforme eran las intenciones de Mariano.

- ¿Habrá que entregarlos para evitar males mayores? - preguntaba Juan al flamante brujo tocayo.

- No. De ninguna manera, no trabajamos para los milicos. Forman parte de los mejores y más entusiastas de los nuestros. No le temen al blanco. Lo han demostrado. Si no, que lo diga el franchute del sandial – respondió molesto Juan Andrés.

- Pero la policía vendrá y se llevará a quien quiera, al barrer.

- Que lo hagan. Mejor, nos harán un favor.

- Pero sabes por Nicoloso que Mariano te pidió la cabeza. En una de esas te llevan a vos.

- Me harán un favor si lo hacen. La injusticia siempre trabajó en contra de los ejecutores. No, no los denunciaremos. Les daremos un castigo y a la vez una misión. Cada uno de los cinco que participaron en la muerte del payo, deberán traer a la rinconada dos caballos por día, así de paso vamos engrosando la tropilla. Tendrán que ser mostrencos. Al principio no podemos correr riesgos que nos descubran con caballos marcados ajenos. En ese caso, ni "el estanciero " nos puede salvar.

- Sí, tenés razón. Por suerte vienen las elecciones pronto y necesitarán de mí…, de nosotros corrigió Juan López.

Efectivamente, la partida del ayudante del comisario con tres milicos, después de pasar y apenas detenerse en lo de Mariano, rumbeó para lo de Juan López. Éste por supuesto nada sabía. Después de prometer firmemente que cualquier novedad sería comunicada a las autoridades, recomendó saludos para Edisto Romero.

Cuando le hubieron vuelto la espalda en la puerta, alejándose, escupió fieramente en el lugar donde quedaron las marcas mezcladas de los cascos e ingresó en la vivienda. Unos mates apurarían el mal trago de la visita.

La partida recorrió una y otra vez las sinuosas sendas del rancherío, deteniéndose a interrogar alguna india, la más linda, por supuesto. Buscaban lanzas con restos de sangre o noticias de quien estuvo ausente la tarde anterior.

Las referencias, daban que habían faltado todos los hombres, o - por el contrario - que todos estuvieron sin ausencia alguna ese día. Pero estas respuestas resbalaban ante la sonrisa y la exuberancia de esos pechos que bailoteaban al compás de la risa cómplice de las muchachas objeto de alusiones directas, respecto del juego del amor. Más de alguna vieja enculada, hubo de llevar adentro a la fuerza alguna chinita, de manera más o menos violenta, para solaz de esa tropa reducida. Miraban mas las piernas, las caderas y los otros atributos femeninos, que el deambular taciturno y osco de los jóvenes que a su alrededor les rehuían.

La fuerte pitada del "Alcará" quebró por tres veces la tranquilidad del poblado, desprendiéndose lentamente de la costa y emprendiendo su viaje semanal a Santa Fe.

Juan volvió a la puerta y vio como despacio giraban sus paletas laterales y se internaba la embarcación en la corriente, batiendo con sus palas el agua limosa que se agitaba violentamente dando de a poco velocidad a la nave.

Por sobre su hombro, le dijo a su interlocutor:

- ¡Va hasta la jeta el barco! Se ve que les fue bien a los gringos.

- Siempre les va bien. Ahí van nuestros cueros, plumas y sudor.

- Sí, así es. Se llevan todo afuera. Aquí solo dejan yerba, galleta y conformate, cuando te toca.

- ¿Se fueron los otros también?

- Quienes, la policía?

- Sí. Ya está por lo de Abolí, rumbeando pal monte.

- No fue muy firme la rastrillada que pegaron, ¿verdad?

- No. Se ve que no tenían interés. Pararon frente a tu casa. Como no había nadie siguieron.

- ¡Ajá, se morderán la cola!

- Las cosas nos favorecen. La gente ha respondido ampliamente y comienza a reunirse en número creciente.

- ¿Te parece? Creo que el cambio de Jefe Político, no nos ayuda. Este Romero de ahora se me hace más jodido que Santos Maciel, el anterior. Al menos con nosotros tenía mejores migas que este. Parece que no se casa con nadie, fuera de Mariano.

- Sí, es cierto. Ve a través de sus ojos y sus intereses y a la vez es correspondido de igual modo. Los mocovíes, ¡que se mueran! - , exclamó Juan Andrés violento afianzando su expresión con una fuerte patada al piso de tierra, levantando una nubecita blanquecina de polvo.

El silencio interpuesto entre ambos, sólo fue roto por el ladrido repetido de algún perro frente a un transeúnte ocasional. Esta vez un joven que corrió hacia la casa y jadeante se detuvo frente a la puerta.

- Don Juan, don Juan, lo han prendido al Martín.

- ¿Y él que tiene que ver? - le preguntó Juan Andrés.

- Nada, pero lo llevan – fue la respuesta.

- ¡Al pedo, para hacer cáscara!

- Por suerte no sabe nada y si sabe, no va a decir nada. Además es muy tierno para que lo engayolen. No va a pasar nada. Sólo que es gente de la mía – agregó Juan López – por eso lo fastidian. Esta tarde tendré que hablar con Romero.

- ¡Qué joder!, ¿para qué?

- Para nada, ya te dije. ¡Mariano debe estar gozándola carajo!

- Ya se va a terminar .-

- Sí, algún día.

- Paciencia, Juan, paciencia.

- ¿Te parece que no la tenemos? Ya van para seis meses desde que soltamos los bichos y todavía nada. Me pedís más paciencia López. ¿De dónde la saco ya? – interrogó Juan Andrés.

- Está verde todavía. Aguantate. Las señales nos van dando los tiempos. Hasta ahora, todas han dicho que nos preparemos, y lo hacemos. Más o menos, pero lo

hacemos. Ya vendrá el momento, Mientras , hay que afilar las lanzas, reunir la gente, juntar los caballos, como habíamos convenido.

-No será fácil, no son tontos y los tenemos metidos adentro. ¿Que querés con mi hermano y la hermosa yegua que tiene al lado?

- Ahí está la cosa. Te pica la Rosa Paikín, ¿verdad?

- ¡En la verijas!, cosas que pasan, ¿qué podemos hacer? Ella sí que es una mujer y anda tirada, olvidada al lado del viejo de mi hermano.

- ¡Ya vendrá, ya vendrá!

- ¿Ella también? - le inquirió con sorna.

- ¿Por qué no?

- Mientras no haya que esperar tanto. Dos o tres veces estuve a punto de voltearla, pero siempre se cruzó alguno de los gatos de él. Esos lameculo que no los dejan ni a sol ni a sombra y le llevan las alcahueterías. ¡Nada tienen que hacer con ella las desabridas hembras pálidas de allá! – exclamó señalando el poblado.

El carril que había tomado la conversación derivó hacia esas dolorosas cuestiones personales que ahondaban aún más las diferencias entre los hermanos por su sempiterna lucha por el poder. Mariano era el cacique reconocido por el gobierno. A él lo sabían cacique pero no le daban ni la hora. Excepto alguna que otra prebenda en ocasiones electorales y en función de su séquito que aumentaba con el tiempo. Especialmente con el apoyo de los jóvenes, que repudiaban la sumisión del zorro viejo, a quien ya apodaban "el entregador".

La figura blanca de la obra muerta del "Alcará" ya se perdía entre la vegetación baja isleña. Sólo se distinguía su penacho de vapor que se elevaba casi recto, apenas curvado por la muy suave brisa que venía del este. Al menos desde allí se lo veía elevarse y perderse recto en el azul intenso del cielo claro, apenas ensuciado por alguna bandada que sobrevolaba la intrincada red arterial del valle del Paraná.

Esa grandiosidad, esa magnificencia, fue reemplazada por el pensamiento compulsivo de la hembra india que se le había metido entre ceja y ceja y no podía apartar...

CAPÍTULO 25
LOS PREPARATIVOS

- ¡Buen día, mi joven amigo!

- ¡Buen día, don Aggiullo!, usted por aquí, ¿qué lo trae? – respondió Menni más que sorprendido, tratando de anticipar en el rostro de su interlocutor las intenciones de ese ingreso al local. Era la primera vez. Sólo lo había hecho en dos

oportunidades la señora de él, quien era la que adquiría los bienes calzables de consumo por la familia.

- ¡Que quiere, zapatos, zapatos nuevos, traje nuevo, sombrero! ¡En fin..., estas mujeres me van a enloquecer! Hasta hace un momento en que las dejé en manos de don Felix Lena, mi mujer y mi hija, la Roxana, me pelearon para llevarme a Santa Fe, para envolverme con ropas nuevas. ¡Estan locas!, ¿yo a Santa Fe? Y bueno, cosas de mujeres. ¡Qué va uno a hacerle?

- Sí, es cierto mi amigo, pero, ¿qué ocurre con tal cambio?

- Se casa la nena, Menni. ¿No lo sabía Enrico? Le entró el amor de golpe. Se casa el mes próximo con Julio, el sobrino de Fostier. Lo decidieron hace unos días en la fiesta de cumpleaños de Inés Alvarez. Parece que el amor prendió fuerte entonces. Espero que les dure.

El par de zapatos que se encontraba repasando con betún, resbaló de sus manos y fue a dar debajo de la vitrina. Se quedó mirándolo fijamente sin pronunciar palabra.

- ¿Pero, qué le pasa mi amigo?, ¡ni que hubiera visto un fantasma! – expresó con sorpresa el cliente.

-No, no pasa nada, don Aggiullo; es que simplemente anoche cené algo pesado. Me ha caído mal. Debe ser un bajón de presión, que le dicen.

-Está bueno, si usted lo dice. Hay que cuidarse che. No por joven se evitan los trastornos serios. Fíjese lo que le pasó a Cruz Luvi por no atenderse adecuadamente. Apenas el médico pudo sacarlo. Por suerte, ya anda bien.

- Así es don, no caben dudas. Pero, ¿que calzado desea mi amigo?

- Algo cómodo. No importa el precio. Estas damas se llevaron consigo varias vaquillonas de primera y prometí no quedarme corto yo.

- Vea usted, aquí tiene un buen par de zapatos italianos. Son la mar de cómodos. Tal vez algo salados, pero en fin, al que quiera celeste. - le temblaba la mano al alcanzárselos para que los probara. El tapizado rojo del sillón recibió con rezongos tamaña humanidad y hubo de ayudarlo a calzárselos. Apenas si llegaba con sus manos más allá de sus rodillas. ¡Semejante corpachón! Menos mal que vino en son de paz. En un comienzo Enrico pensó lo otro. Todavía traspiraba.

- No. Estos no. Son angostos. Me aprietan demasiado. Veamos otros. Algo más amplio, más cómodo. No para figurín de baile. ¿No le parece mejor, che? - le dijo sonriente.

- Sí, don Aggiullo. Veremos. Algo hay por aquí - le contestó alcanzándole un buen par de vastos zapatones ingleses que calzó a la perfección con su presta ayuda. Dio unos pasos complacido.

- Estos sí. No serán tan elegantes pero son para la gente. No aquellos otros que se fabricaron para los condenados.

Cuando le dijo el precio, silbó por lo bajo.

- ¡Caros...!.-

- ¡Ingleses!

- ¡Con mayor razón son caros! ¡Siempre lo fueron esos administradores de lo ajeno!

- ¡Así hicieron plata!

- No le quepan dudas. ¡Siempre hicieron diferencia!

- ¡Y un imperio, carajo! Bueno mi amigo, me llevo estos. Voy para casa, los dejaré puestos así los voy domando - afirmó, para asegurarse de no tener que volver a sentarse en ese butacón rojo petiso del que le costó arrancar su humanidad. Todavía resoplaba.

- Como guste, don. Le envuelvo los usados. No se preocupe.

Sacó un fajo de billetes nuevos y contó cuatro de a diez y algún cambio. Pagó y suspirando, remató:

- ¡Adiós otra vaquita! ¡Me van a fundir!

El italiano sonrió. Le había subido cinco pesos el precio.

- ¡Por su hija, don!

- ¿Qué?

- Sí, todo sea por su hija. Se casa y el joven es un buen partido.

- Partido, está partido. No tiene un cobre. Flor de braguetazo va a pegar el mozo. .Pero, ¿qué quiere? Contra la Nicomedes no se puede y menos con ella y la Roxana juntas. Eran como unas fieras defendiendo la cría. Quien las hubiese escuchado, diría que se les iba el alma con mis negativas. Ellas no entienden de conveniencias. Ven la figura, la galanura y todas esas pamplinas. Pero en fin, la cama nivela todo. Ya lo pondremos en caja al mozo. Sí señor, en eso le fui preciso, ¡no es cuestión!

- Sírvase don - le dijo Enrico alcanzándole el envoltorio con el calzado en uso.

- ¡Gracias Enrico!, lo espero en el casorio, no me vaya a fallar.

- No, pierda cuidado don Aggiullo!, allí estaré - le contestó sin mucha convicción. Sentimientos encontrados le embargaban. Se casaba la Roxana. ¡Con razón el esquinazo!

Colocó en la puerta el cartel con la leyenda "Enseguida vuelvo" y se encaminó hacia el almacén de Bernabé Mántaras. Desde allí vería si caía algún cliente. Cruzó la esquina y caminó por la vereda de la plaza la cuadra hasta el negocio aludido. Sin embargo, si bien detuvo la marcha un instante frente a la puerta del mismo, optó por continuar la caminata y fue bajando la pendiente hasta el bajo que daba al río, unos cien metros más adelante. El parque Vera Mujica.

A su derecha, la laguna abría su gigantesca pupila azul, festoneada de verdes reflejos vegetales. Un biguá pasó rozando el espejo y se perdió por el zanjón que la comunicaba con el río.

Sólo el picotear insistente, repetitivo, de un pájaro carpintero contra el duro tronco de un algarrobo, llegaba a sus oídos.

El chirriar del desengrase llegó también hasta él desde atrás.

Se dio vuelta.

Era el carro de Cardozo, el ladrillero.

- Buen día - saludó quitándose el sombrero.

- Buenos días, don Enrico - le respondió aquél con una amplia sonrisa. Acortaba camino hacia los hornos, cruzando la toldería. Aquellos estaban detrás del rancherío. Justo donde se encontraba el lentejón de buena arcilla.

- ¿Cuando le llevo ladrillos, don? ¿Cuando empieza la casa?

- No todavía, Cardozo. No todavía. Primero debo traer mi gente y no es fácil.

- Hasta luego, don.

- ¡Ciao!

Volvió la vista. Allá a su izquierda estaba a mitad de cuadra, el vano ciego del portón cerrado. Una lánguida nostalgia húmeda le inundaba el alma. Era cálida la Roxana y se había ido. Partió así nomás, sin ninguna palabra. Sólo le quedaba el eco de sus risas en sordina que le cacheteaban la mente con insistencia. No podía creer que lo dejara así porque sí...

Regresó sobre sus pasos. Al no ver nadie en la puerta de su negocio, allá pasando la otra cuadra, ingresó a lo de Mántaras.

- ¡Hola , don Bernabé! ¿Cómo está hoy?

- Bien Enrico. A tí no se te ve bien, por el contrario.

- ¡Oh, no , una ligera indisposición menor!

- Tomate un fernet. Te hará bien - mientras decía esto, sin esperar respuesta, llenó el pequeño vaso con el oscuro mejunge y se lo alcanzó haciéndolo deslizar por sobre el lustroso mostrador.

-Bueno, ¡gracias!

Ya con el primer sorbo, el láudano comenzó hacerle efecto, trayéndole el aplacamiento de esa ansiedad que le corroía el estómago y más abajo. El segundo sorbo, sostenido, aplacó definitivamente la tensión.

- ¡Era cierto! - exclamó - ¡Me hacía falta!

- ¡Se te veía en la cara!.

- Alguna novedad, don.

-No. Ninguna. Salvo el aumento de la indiada. Cada vez son más en la toldería. Los aprestos para la fiesta de San Javier hacen aparecer como extraordinaria la concurrencia de esos salvajes.

- ¿Será para tanto?

- Creo que sí. Aquí, los comerciantes, pulsando el ambiente, hemos encargado partidas extras de bebidas y alimentos menores. Creo que la demanda será mucha. Aunque no sé con qué van a pagar. Ya casi ni cazan y trabajar, bueno, trabajar apenas dos días a veces medio turno. Con eso les alcanza para la semana. Después el jolgorio corrido.

- ¡Qué lástima que nadie pueda obligarlos a laborar.

- ¡Que va! No quedan ni en las estancias, donde holgazanean todo el día o retozan detrás del terneraje para evitar que se pierda. Ni aún así quedan. Las deserciones son continuas. Me contaba don Ocampo que no puede conseguir peones permanentes y eso que los tiene bien alimentados y pagos.

- Así les va. Prendidos del vagón del gobierno, los más vivos. Los otros, misereando entre el tunal. ¡Pobre gente!

- No tan pobres. Son de cuidado. Vea usted lo que le pasó al colono en la francesa. Despacharlo por unas sandías ¡No tienen estómago!

- ¡Sí, lamentablemente!

- Y usted, ¿alguna novedad?

- No, ninguna. Zapatos nada más. Recibí algunos importados de todo pelo. Termino de vender un par y salí a caminar para celebrarlo. ¡Me pagaron y todo!

- ¡Vaya, está de suerte!

- Sí, comercialmente, hoy sí. Espero que dure.

- ¡Ajá, esperemos!

- Me enteré que se casa la Roxana. La Roxana Agiullo - dijo Enrico como al descuido.

El almacenero, ni lerdo ni perezoso, tomó la línea.

- Sí. Lo sabía por mi mujer. Apuraron el enlace. Parece que hay presente. Al menos eso comentan las polleras. No sé como se enteraron, pero lo dicen.

El mal de estómago volvía a reincidir sordamente. Empujó la copita.

- Deme otro, don Bernabé - reclamó imperioso.

- Bueno. Pero no abuse mi amigo. Mire que se achica el gallo. El fernet no es de arriar y a lo mejor esta noche tiene una riña.

- ¡No, que va!

- ¡Vamos, no se haga el corto de vista! La otra noche cuando volvía del excusado lo vi subir desde el río. Eran casi las dos y no podía dormir ¿Tal vez alguna paica? ¡Son querendonas!

- Sí. Si consigue hacerlas bañar.

- ¿Entonces?

- Una caminata nomás.

- Vamos, vamos. Quien lo mira al tano y quien lo ve. Hace bien mi amigo ¡Aproveche usted que puede! Yo, puchero toda la semana - le respondió su amigo riendo, mientras devolvía las monedas de cambio por el servicio.

- No se pierda Enrico, ¡especialmente por la noche! - exclamó gozoso a modo de despedida.

- Pierda cuidado. Trataré de seguir su consejo. Veré de no salir solo a caminar, don Bernabé.

Ambos rieron y se dieron la mano despidiéndose.

El almacenero, indiferente, ya frotaba con un paño el lugar donde habían apoyado las copas. La limpieza era la limpieza, ¡que diablos!

CAPÍTULO 26
LA GRAN FIESTA

Yas tan
lo indio bailando
yas tan

Javiel
Javiel

bailando también

La copla simple acompañada de un par de tambores, palmas y algunas flautas de caña y de hueso, tocadas como venga, servía para marcar el ritmo del baile. Saltarín, pegajoso, lascivo, el “tonto yogo” se prendía en la sangre y la hacía hervir. Los jóvenes pechos se bamboleaban brindando sus rojizos reflejos aceitosos y sus enhiestos pezones en flor.

Varios muchachones venciendo la timidez se arrimaban y hacían pareja para diversión de la rueda de mirones en cuclillas que con una mano tomaban la botella de caña, le soplaban un taco y la pasaban al vecino con la otra.

El olor a sudor, penetrante, iba subiendo de tono a medida que el baile y el alcohol hacían de las suyas.

La casa de Juan Lopez, el otro, estaba colmada.

Después de la procesión con el San Francisco Javier a la cabeza, hasta el cura pasó por ahí y se detuvo en un comienzo. Eran sus pobres indiecitos y ellos habían elegido ese baile. Luego fue al de Mariano y después, sólo se atrevió a la puerta de un par de ranchos donde también se brindaban risas y alaridos a la salud de San Javier que, entre eructos alcohólicos, flotaba por sobre la ranchada como el denso humo de las muchas fogatas que el norte, quieto a la sazón, ya no aventaba.

Se paseaba tranquilo. Ninguno de los anticipos agoreros de Mariano a la Policía se habian producido. Prácticamente no hubo disturbios y fuera de un par de peleas de borrachos, la milicada se divertía tanto o más que los salvajes con cualquier joven que llevaban "a bañar" a la hoya próxima, sólo recorrida por las subrepticias parejas que se daban al juego del amor con renovados bríos.

Muchos javieres vendrían al mundo con el correr de las veintiocho lunas del conteo.

No faltaban personas que parecían desleídas por el blanqueo de su piel. Eran algunos blancos aventureros. En ellos, tanto la caña como mirar el bailotear frenético de esa danza simple y el compás monótono y reiterativo, los había empujado también a la costa, con alguna pareja sonriente y pícara. Todo comenzaba con una mirada, otra, una sonrisa y luego una seña. Nada más hacía falta. ¿Para qué?, todo lo otro sobraba. El juego iba directo a las barbas. Solo había que correr algo. Sudar el encuentro. Capear la risa alocada de una persecución que a poco perdía su ritmo, se volvía lenta y se tumbaba en la arena fresca, con las piernas abiertas, esperando...

Y nadie tenía la culpa. Era el celebrado San Francisco Javier que venía y sacaba todo de su quicio.

Si, la sangre hervía. De alcohol, de deseo, de rabia en algunos corazones...

Cada vez que una chinita se alejaba corriendo detrás de un payo, Juan Andrés puteaba y miraba a Negroni, como preguntándole "- ¿Hasta cuándo?"

Y también maldecía Mariano. La fiesta, su fiesta, ese año estaba deslucida. Corría la caña y la carne de yegua como nunca. Hasta había mamonas, para los blancos delicados y algún cordero o chivo, también para variar, por variar nomás en la ocasión. Sin embargo, venían de cruce, se servían un buen bocado y partían con la panza llena a la casa de su hermano.

La emoción estaba del otro lado, allá enfrente, en lo de ese hermano que decidió enfrentarlo gracias a la impunidad con que podía llevarlo a cabo por que la

policía no le hizo caso y lo dejó ir, en las alas de ese Juan Andrés, venido del infierno . Lo permitieron y se les fueron. Ahora, ¿quién los paraba? Le habían anticipado que el gobernador vendría a San Javier y lo visitaría en su casa. No sabía si para dejarlo contento o para pedirle alguna otra contribución a la causa. En fin, ¿quien podría saberlo? Solo viendo qué pasaba podía decirse ocurre.

El siguiente trago de caña fue el más largo. La vio a la Rosa que miraba para allá y tuvo miedo que también se le fuera. Se mesó su pera blanca y le hizo señas de que se arrimara.

- ¿Qué querés, Mariano?
- Vení, vamos.
- Ahora no - le respondió mohína.
- ¡Ahora, te dije, carajo! Tengo ganas.

Se encogió de hombros y se volvió penetrando en la estancia vecina. Sus seguidores, indiferentes, continuaron comiendo y bebiendo a su salud, conforme se cuidaban de destacarlo a los gritos, cada tanto.

La miró en la penumbra del cuarto

- Sos linda.
- ¿Recién te das cuenta?
- Linda y soberbia, como buena hembra de raza - insistió tomándola por la cintura y volcándola en el camastro desordenado en cuyo borde se sentó. La fue desnudando con placer que aumentaba a medida que avanzaba la exposición de su piel cobriza.
- Tengo frío, Mariano.
- Trataremos que no, mujer - le dijo tirándole de los pelitos.
- ¡Hay! - , chilló ella complacida...

El baile en lo de Juan López se fué alejando de a poco, perdiéndose en los brumosos pliegues del deseo que fueron envolviéndolos a medida que, con esa calma de los años, el juego del amor fue despacio subiendo de tono, cobijándolos en esa simple, eterna conmemoración a todos y cualquiera de los santos de guardia.

El Sol se tumbó tranquilo sobre los primeros ranchos. Sólo los perros salieron a recibirlo en la mañana aquella. El olor a carne quemada en los asadores, algunos ronquidos sueltos de los ranchos próximos y los caballos pastando en desorden entre el rancherío, hablaba a las claras que había pasado el sanjavieloso bacanal. La señal no había sido dada tampoco esta vez y todo seguía como hasta entonces. A eso de las once, algunos jóvenes no impurificados por la juerga, aventuraban unas carreras de a caballo y de a pie hasta la esquina de la iglesia, ida y vuelta, casi cuatrocientos metros en total.

El poblado, distendido e indiferente, hacía rato que había retomado el ritmo diario, se dejaba llevar por su majestad el progreso, en manos industriosas y comerciales; generando tributos y elevando o derribando ídolos conforme los gustos políticos de los protagonistas.

Las carreras se sucedieron hasta la pausa del mediodía. El asado renovado, los girones del santo y algunos deseos insatisfechos o redivivos, dieron comienzo a otra cuesta festiva.

El baile, tal vez con menos ímpetu pero con no menos parroquianos, continuó por toda la siesta en lo de Juan López, llegando en ramaladas hasta el dolor de cabeza dormitado por Mariano a la sombra del añoso paraíso.

Los ojos rojos de la caña anterior, transpiraban la actual con movimientos nerviosos mientras se iban incorporando al son de otros cantores, otros músicos y hasta otros sones tal vez mas atemperados pero no menos sugerentes a su sensibilidad .

El tontoyogo rascaba su ritmo ríspido y las coplas desarticuladas eran la excusa para seguir tonteando, sudando, excitándose para echar del cuerpo el demonio que lo embargaba.

El milico de guardia en la torre de la iglesia, divertido al principio con las tetas bamboleantes de las jóvenes indias que trotaban en torno del poste de los castigos, riendo y festejando a sus cortejantes con movimientos desarticulados pero sugerentes, ya también dormitaba su cansancio.

Un San Francisco Javier agotado, repasaba su otro día de fiesta apoyándose cada vez con más fuerza del báculo y menos fiereza. El temor empezó a diluirse. Tal vez demasiado pronto, tal vez. Pero lo hizo...

Los cuatro amigos con Juan López salieron del río chorreando agua y se tendieron en la arena, bajo el cálido poncho del sol.

Desnudos, miraban en silencio el quebrado perfil del pueblo que seguía adelante orgulloso, como si nada.

- Y al final, Juan Andrés, ¿para cuando?
- ¡Falta la señal, ya vendrá! - aseveró con firmeza y seguridad.
- ¿Cómo, las lanzas de fuego de mediados de Noviembre, las que venían en puñado y herían el cielo convocantes, no lo fueron?
- Esas hablaban de las armas. Debe ser con lanzas. No con otra cosa. Pero no era la época todavía – insistió Juan Andrés.
- Y Sanjavielito, tampoco vino - afirmó Golondrina.
- No. Él estuvo. Pero no era la fecha todavía. Tengan paciencia, muchachos.
- La tenemos - afirmó Negroni .
- Los guerreros se van a ir.
- No. Deben quedarse a esperar. Que se vayan las mujeres y los viejos. Ellos deben quedarse y esperar - replicó.
- ¡Hasta cuando, Juan Andrés? - insistió López.
- Hasta la señal, Juan. Hasta entonces. Recién en ese instante habrá llegado el momento y nada podrá detenernos. Ni las balas. Se convertirán en barro antes de tocarnos. Las lanzas de fuego acabarán con ellos y el pueblo será nuestro otra vez, como al principio

Miraron resignadamente el suelo, dibujando figuritas en la arena con el dedo gordo de sus pies. La impaciencia los embargaba.

Tenían que confiar. No quedaba otra. Juan Andrés sabía. Había estado en el monte y cuanto dijo, lo hizo con ajuste a verdad. Los augurios se fueron dando y hablaban en favor de él. Había que esperar nomás. Lástima que la paciencia es un bien exiguo en ellos.

- ¡Apurá la señal, Juan Andrés, apurala!. - suplicó Golondrina.

- No depende de mí. depende de ellos - dijo señalando el monte de enfrente, rodeado de pajas bravas - Él debe hablar. No yo.

CAPÍTULO 27
EL REMESON

- Están locos estos paicos. Siguen la jarana como si tal cosa. El San Javier les ha prendido fuerte. Ya el pueblo se ha cansado de darles sus dádivas para la celebración. Han pasado más de dos meses del festejo central y siguen de bailongo en bailongo. Los alaridos atemorizan a las mujeres y las carreras levantan una nube de polvo molesto, cuando el viento es del sur.

- Así es Di Muro. Esta visto que la policía nada puede hacer. Mire que le hemos dicho a don Edisto que tome medidas. Que haga lo necesario para que el gobierno se mueva un poco en procura de tranquilidad para la población. Cada vez están más insolentes. A veces hay que sacarlos a empujones de la vereda para abrirse paso hacia la casa de uno. Como si ellos fueran los dueños. No señor, ¡esto no puede seguir tolerándose como si nada pasara!

- Vea don Puchetta, que le diga Monchiutti, aquí presente, que pasó la otra tarde cuando la hija volvía de la escuela. De no ser por el maestro que venía detrás, a uno de esos tapes se le iban las manos para arrebatarle la cartera con los útiles y el poco dinero para la compra de pan. Gracias a la intervención del vecino, se dio a la fuga el desgraciado.

La conversación continuaba más o menos por tales carriles. Cada cual tenía un hecho o una versión distinta de alguno relatado, ampliado, deformado por el pasaje de boca en boca.

Don Menni miró nervioso su reloj de bolsillo. Aguardaban esta vez a "El Lucero".

- Lleva un par de horas de retraso. Miren que hace rato que se ve el penacho de humo sobre el pajonal, sin embargo su figura está siempre igual, como si se hubiese detenido.

- Está fuerte la corriente, don Menni. Les cuesta a las palas remontarla. Para colmo toma de frente casi la misma en la cancha de la boca del Verón. Paciencia. Gracias a esta crecida pudieron renovarse los viajes y volvimos a dejar de ser una isla.

- ¿Habrá encallado? - inquirió Puchetta.

- ¡No! - aseveró Menni. Manuel Martínez es un excelente práctico. Conoce bien por donde va el canal, aun cuando la ribera esté desdibujada por el agua y haya

perdido su contorno habitual. - Estaba seguro de ello. Era muy capaz y además un buen amigo. "¿Encallar Martínez?, ¡faltaba más!" – pensó, agregando: - Por algo Sarsotti lo tiene en esta línea por tanto tiempo. No, encallar no, ¡ni lo piensen!

- Lo cierto es que no veo todavía su figura y ya el Sol ha comenzado a caer.

- La corriente, don Di Muro, la corriente.

Sólo quebraba la paz reinante, el monótono y apagado golpetear de las palas laterales que pujaban y venían haciéndolo desde la víspera, para trepar ese flujo constante que le oponía su juego espumoso como amante nervioso debajo.

Aún resonaban en ella los ecos del baile de la noche anterior, al son del piano algo desafinado pero ejecutado por las manos expertas de la joven santafesina que el resto del día hacía de camarera. Rompiendo el tedio generaba la actuación nocturna con sus dedos gráciles recorriendo el teclado amarillento en el rincón de la sala de "El Lucero", con sus maderas y sus bronces lustrados.

Ya su madre también la había sacado de esa ensoñación en que se había sumergido recordando, como queriendo que el viaje se prolongara indefinidamente. Que nunca arribara al San Javier de su destino, para no toparse con su otra realidad.

-Vamos Roxana, deja de volar - le insistió su progenitora que la veía flotar por encima de aquel vasto paisaje de verdes y de aguas. - Terminá el chocolate y vamos al camarote. En no más de un par de horas arribaremos y has dejado todo desordenado anoche. De seguro estará papá esperándonos junto con él. No debemos demorarnos al arribar.

- ¡Mamá!, hay tiempo de sobra.

- No creas, ¡vamos nena, debemos apurarnos! Además quiero agradecer a don Rosetti la cena con que nos regaló. Se esmeró por atendernos. Tengo la convicción de que fue algo especial para nosotras.

- ¡Ufa mamá! ¡Vos y tus cumplidos! ¿Creés acaso que él nos distinguió? Sólo cumplió con sus obligaciones de cocinero.

- ¡Hija, por favor! No te diste cuenta de su preocupación y su gentileza especial. ¡Sos una desagradecida!

- ¡Mamá!

- ¡Que mamá, ni mamá, ya me estás cansando! Atendé el hijo que tenés en la panza - le respondió bajando la voz. - Ya basta de melindres. Ahora sos mujer entera y tendrás que aguantarte el chubasco. Decí que el mozo es de ley. Mirá si se entera tu padre, ¡flor de disgusto!

- Pero.

- Nada de peros - se apuró a interrumpirla. -De una buena vez comprendé lo que ha pasado y no seas desvergonzada. El jueguito del amor terminó. Al menos como lo venías haciendo a escondidas, aunque no imagino cómo, ni me importa. De algún modo fue y demostraste ser capaz de burlar la vigilancia nuestra. ¡Vaya paloma ésta¡

Las lagrimas asomaron en sus ojos.

- Mamá , si supieras.

- ¿Si supiera qué? ¿Como se hace? ¡Estás chalada! Que te crees vos que no fui joven. ¿O acaso el espíritu santo te trajo? No seas pava. A lo hecho, pecho y con

clase. Vamos nena. Te vas hacer daño y no quiero que sufras. Se que fue lindo, muy lindo. También he robado ratos a la vigilancia de mis padres y fueron hermosos. Después vino lo otro, que también hermoso, pero sin ese encanto transgresor. No sé por qué, aunque tal vez por más distendido, mas tranquilo, como agua de tanque, diría. Tal vez por ello, hija. Te toca a vos conseguir la paz ahora. Mirá, ¿no es hermosa la tarde? – la distrajo para no ponerse ella a llorar.

Así era. Volcaba toda su paleta infinita en aquellos bajíos bañados por el viento suave que no dejaba de soplar acariciando el rostro gratamente.

- Mirá mamá. Ya se ve la torre de la iglesia, allá, al costado derecho del timbó aquél.

- Si Roxana. la veo. La aventura termina hija. Empieza lo otro. Valor muchacha, valor. ¡No es fácil ser mujer en estos tiempos!

La calle de la Aduana moría allí en la pequeña barranca del parque Vera Mujica, el sitio mismo del puerto donde habría de atracar la esbelta embarcación fluvial, de poco calado. Sus paletas laterales hacían maravillas en aquél río de llanura, que arrastraba raudamente pequeños embalsados de camalotes arrancados con el desborde de los cauces menores.

Aquella incansable agua sienada los llevaba implacable haciéndolos cabecear. Víboras y un sinfín de animalejos menores asomaban por encima de las ramas y la urdimbre verde esponjosa del tejido vegetal flotante, convertido en jangada. Algunas bolas de hormigas, atracaban en sus bordes e iniciaban el desembarco nervioso en un rápido desarme a la búsqueda de alimento y sitios altos en los palos que se elevaban sobre la urdimbre como dedos de una mano abierta por encima de esa alfombra viva.

Los paseantes miraban desfilar descansados, los tapices flotantes y formulaban apreciaciones respecto de la tripulación circunstancial de aquellos. Alguno señaló lo que parecía ser una nutria. Fue desmentido de inmediato. No faltó el que pensaba que la nutria no requería de esos salvavidas para trasladarse. Estaba en su ambiente.

La discusión ociosa fue viajando también al pairo por los vericuetos devenidos. Desde el río camalotado a la política y otros incidentes lugareños en los que, por supuesto, los indios no permanecieron ajenos. La charla sólo se interrumpió con el toque ronco prolongado y lastimero de la sirena de la embarcación, que denunciaba su proximidad y el arribo inminente, aunque con cierto retraso.

- No le dije , casi tres horas. ¡Es mucho mi amigo!

- Es la corriente - insistió Menni.

La sirena hirió de muerte la tarde y la popa de "El Lucero" se recostó despacio contra la pequeña barranca.

La planchada se tendió prestamente para que por ella descendieran una veintena de pasajeros. En su mayoría mujeres. Fueron recibidos por sus respectivos familiares, que después de los abrazos y saludos efusivos, se encaminaron en dirección de las distintas calles que morían allí, donde terminaba el bajo del río, a la altura de la que conducía a la Aduana, anterior a la que pasaba por la plaza Oroño.

Menni, acongojado la vio descender del brazo de su madre. Inclinó la cabeza levemente en un respetuoso saludo lleno de nostalgias.

Sólo obtuvo un gesto mohíno apenas dibujado.

Se volvió contrito. La aventura había terminado. Las piernas se habían cerrado como una puerta cualquiera. Sin palabras. Sin adiós.

Tal vez fuera mejor. Tal vez. Italia aguardaba aún y allí estaba su destino. Emprendió el regreso. Fue uno de los últimos. Lo hizo con su amigo Rosetti, el cocinero de a bordo, por quien sentía un gran afecto. Le impresionaba su entereza, su humilde hombría de bien. Aquellos atributos que el desastre económico provocado por la quiebra de su anterior emprendimiento, la confitería, no habían logrado mellar. No. Era el mismo de siempre, pese a estar ahora a sueldo. Cenarían juntos y una buena botella de vino tinto, constituiría la llave ideal para la celebración del encuentro, amenizado por el relato de las incidencias del viaje. En particular de alguna pasajera que, pese a todo, no terminaba de pasar.

¡Vaya paloma aquella!

Tercera parte

EL FINAL

CAPÍTULO 28
LA PREMONICIÓN

El silencio campeaba en la reunión que se celebraba en lo de Juan López . Los asistentes, en su mayoría jóvenes y unas pocas mujeres, colmaban el recinto. Se agolpaban en la puerta y los dos ventanucos para tratar de escuchar la palabra del Tata dios, Juan Andrés, que a la sazón hablaba del mensaje recibido y su decir era claro, contundente.

- El tiempo ha llegado. El gran espíritu ha hablado. El indio debe armarse con sus lanzas y estar preparado. La guerra comienza. El blanco se ha propuesto el aniquilamiento del indio, el robo de sus mujeres y la muerte de sus hijos.

- ¡Joamcata! - exclamó un exaltado que no pudo reprimir el grito indio que le venía de adentro, donde resonaban aquellas palabras augurales.

Juan Andrés lo miró complacido y prosiguió:

- Me manda decirles que esta tierra fue hecha para los paisanos y no para los gringos y sus hijos, que nos maltratan. Pelearemos tres años, nada más y después vendrá la victoria y por fin volverá a ser nuestra. Palabra de él, de dios.

- Estamos listos, hermano - dijo otro de los asistentes.

- Sí, lo sé. Y ustedes saben que todos aquellos que llevaron una vela encendida en la procesión de San Javier, no morirán en la pelea.

Golondrina, también enajenado, impuso su voz de bajo, prosiguiendo con su parlamento:

-Nosotros somos nosotros y somos él, San Javier, que se ha metido dentro nuestro y nos manda protegerlos. El triunfo será nuestro. Los blancos perecerán. Sus mujeres perecerán. Sus hijos se borrarán de estas tierras y la cacería volverá toda, para nosotros solos.

Los primeros comenzaron a arrodillarse y fueron haciéndolo los restantes en filas concéntricas, en torno de esos precursores de la venganza.

- Debemos largarnos antes de que los payos acaben con nosotros como piensan hacerlo en sólo una noche. Y si alguno de nuestros hijos se salva, será para convertirse en esclavo de ellos; los otros, también perecerán - acotó Negroni.

La bola se había echado a rodar. Los circunstantes, poseídos por aquél fanatismo extraño, en sus mentes ya herían con sus lanzas los cuerpos desteñidos de los invasores, que repudiaban hasta límites indecibles.

-Debemos impedir que nos pasen a degüello - proseguían en los parlamentos convocantes.

- ¡Las lanzas, a preparar las lanzas! ¡Es el arma de los paisanos! ¡Es la elegida para la gran liberación.

Mariano, como quien no quiere la cosa, hizo saber a través de uno de sus hijos los planes que se estaban gestando y habían llegado inmediatamente a sus oídos por uno de sus fieles adeptos, al que le decían "El ocó". Lobos le hizo repetir la versión ante el propio Edisto Romero que, perplejo, no concebía tamaña audacia. No tenían en cuenta esos pobres desgraciados la fuerza a la que se enfrentaban. Sin embargo su preocupación por la población inerme, le hizo reflexionar respecto de la veracidad del relato.

Encajaba con los dichos desgranados en los boliches por los tapes borrachos, respecto de su gran venganza. Le habían prevenido varios comerciantes, testigos mudos de aquellas expresiones cargadas de odio.

- Decile a tu padre que quede tranquilo. Tomaremos medidas. Dale las gracias por el aviso. Será tenido en cuenta – le comunicó el político al emisario tolderil.

El indio salió de la oficina y se perdió como una sombra en la soleada calle barrida por el norte que había comenzado a soplar, abriendo la boca del horno.

Uno venía con paso inseguro por el centro de la vereda. Clementino Lobos, que caminaba en sentido contrario hizo un gesto de repudio y lo encaró. Sabía que habría de hacerse a un lado. ¡Tape rotoso!

El indio lo llevó por delante, mirándolo fieramente.

- ¡Blanco lagrón! - exclamó con toda la rabia de que era capaz y lo escupió en la cara, exclamando: - ¡La puta madre que te parió, hijo de puta! - y continuó su camino como si nada.

Había sacado el revólver y le iba a disparar. Le dio lástima el paico mugriento. ¡De seguro estaba en pedo!

- ¡Desgraciado! - solo atinó a exclamar mientras se quitaba la saliva del rostro con el pañuelo, repuesto de su sorpresa.

Apuró el paso a la comisaría y antes de informarle a don Edisto del inusitado agravio, envió a un par de milicos para que buscasen al causante. Una noche en el cajón y se le acabarían las ínfulas. Ya vería.

El clima se fue enrareciendo.

Aquella tarde, un numeroso grupo de salvajes desarrapados fue reuniéndose frente a la comisaría. El agente de guardia dio aviso y Romero ordenó que se preparasen .

Los remingtons estuvieron prestos y los que dormitaban en la cuadra hubieron de formar en la puerta con gran despliegue de ferretería.

Aquellos los miraban con rabia manifiesta y la impotencia por el desequilibrio, fué elocuente. Comenzaron a dispersarse, no sin antes escupir para atrás, en señal de repudio.

Uno dio al norte su alarido agudo, retador como animal en despenada y levantó el brazo con el puño cerrado.

Se perdieron cansinamente en dirección a la toldería.

Al día siguiente fueron llegando con sus lanzas a la iglesia, bien temprano.

Las feligresas que a esa hora encomendaban sus preces, acobardadas por la expresión fiera y el olor profundo que fue subiendo de tono, abandonaron precipitadamente el recinto. Dios no habría de irse de allí todavía.

Llegó el mediodía y aún estaban en el lugar. De nada valieron las intentonas del cura Roberto. Nada decían. Estaban en silencio como estatuas de piedra. Destilaban ese olor penetrante de animal cansado.

Subió al púlpito tratando de comunicarse con ellos.

- ¡Hijos míos! – Les arengó - Nada - ¡Hijos míos! - repitió con mayor énfasis. Solo el silencio respondió. Ni lo miraron.

Amedrentado descendió de ese cielo menor intermedio y por entre ellos se perdió en la sacristía. El silencio era total, excepto alguna que otra tos carrasposa, áspera, seca y corta de alguna garganta gastada por la enfermedad. Todo era nada. Sus ojos solamente. Brillantes, nerviosos, inquietos, miraban la hermosa imagen barnizada con colores fuertes y dorados, de San Francisco Javier, que elevaba sus grandes ojos vacunos al techo, como implorando también.

El monaguillo, a instancias de su superior dio aviso a la policía.

Esta vino en forma de un piquete al mando del Comisario General, don Santiago Cabral.

Después de parlamentar con el fraile, se instalaron a esperar en la esquina de la plaza, bajo el árbol grande .

Verían la reacción. Hasta ahora no habían cometido ningún exceso. La ocupación había sido pacifica y solamente el orgullo del fraile, herido por el ignorante silencio, fue el agravio menor que cometieran. Uno de tantos a los que los tenían acostumbrados tales paicos.

Las horas pasaron.

A eso de las cuatro de la tarde, se fueron desprendiendo como fruta madura y rodando hacia la izquierda doblando la esquina en dirección a la toldería próxima.

Solo se dejó oír el sonido duro de los proyectiles al ser insertados en la recamara de las armas largas.

Después nada.

Mirando el suelo retornaron a su asentamiento, indiferentes de ellos, de todo...

El sacerdote abrió ambas puertas del templo y sus ventanas, para ventilarlo.

El olor a sentina de barco esclavista hería sus delicadas fosas nasales.

Le hizo un gesto de resignación a Cabral, que dio la orden de retirada a su tropa cansada y aburrida por el largo plantón.

Esa tarde se frustraron las habituales partidas de truco.

El viento cambió a sur, refrescando un poco y trayendo nítidos al atardecer, los gritos destemplados y retadores a la población de algún indio borracho que era inmediatamente silenciado por sus pares.

El miedo empezó de a poco a expandirse, como aceite en el papel. Embebiendo las personas y las cosas con su ominosa presencia.

De golpe, cada casa fue perdiendo su calidez, endureciéndose mientras el armamento más insólito salía de los baúles, era desprendido de agarraderas, cuidadosamente aceitado.

CAPÍTULO XXIX
LA REUNIÓN

Aquella tarde, apenas el sol hubo retirado sus últimos dedos del horizonte oeste, el comercio cerró sus puertas y los notables del poblado, comerciantes, pequeños industriales, jefes de familia y profesionales del espíritu y de las otras cosas más terrenas, convergieron hacia la casa de Tiburcio Méndez, donde se llevaría a cabo la reunión convocada por el Jefe Político, don Edisto Romero.

No faltó nadie a la cita, excepto el jefe telegrafista, Gabino Carnaval, que estaba guardado grave, con una bronconeumonía. No sabían si habría de salvarse.

Hasta los adversarios políticos concurrieron con condiciones a la misma. Su presencia era provocada solo por el peligro en que se hallaba la población, no convalidando con ella las criticadas desmedidas y faltas del gobierno...

Romero se paró y se hizo el silencio necesario para el comienzo.

- Señores, debo confesarles que han sido vanos mis reclamos a las autoridades en demanda de mayor cantidad de personal y armas para defensa de la población. Han pasado más de cuatro meses desde la fiesta de San Javier, motivo y excusa para la reunión de los indios en el lugar y no sólo no se han ido, sino que se ha incrementado la población de gente activa en la toldería. Las autoridades en la capital entienden que el peligro está en nuestra imaginación. No han vivido lo que pasamos aquí nosotros, en contacto permanente con ellos. Su insolencia crece y las aseveraciones categóricas de la gran venganza, con ellas.

- Debemos hacer algo don Edisto – sentenció Casañas.

- Para eso estamos hoy aquí, don Narciso. Tenemos que organizarnos para evitar sorpresas. Ponderar nuestras reales fuerzas y estructurar alguna forma de defensa ante cualquier reacción inusitada de esos infelices.

- Bueno. ¿Que podemos hacer nosotros?

- Ayudarnos hasta tanto el gobierno caiga en la cuenta de que la situación es realmente crítica.

- Así lo entendimos - aseveró Luis Copello - cuando efectuamos una petición de la comunidad italiana radicada en la zona al vicecónsul doctor Lanteri, planteando eso y pidiéndole que intercediera ante el gobierno para otorgarnos garantías por nuestras personas y bienes. Creemos que una intervención del cuerpo consular, ayudaría abrir los ojos de esos políticos comprometidos con el sector de Mariano, como si tuviese ascendencia sobre la indiada – agregó Vivas.

- Ya la perdió, se le fue de las manos - comentó el vecino Forte, - hasta ahora silencioso oyente y sin participar de los corrillos previos.

- Bueno, algo debemos hacer, no solo conversar. Nos va en ello la supervivencia nuestra. Lo entiendo así sin temor a pecar de exagerado - manifestó Menni seguidamente.

- Por empezar - prosiguió Edisto Romero antes de que la reunión se le escapara - he dispuesto una guardia permanente en la torre de la iglesia con el permiso del padre Roberto. Ante cualquier movimiento inusitado, tocarán las campanas para alertar tanto a las fuerzas a mi cargo, como a los señores vecinos, que espero sepan organizarse adecuadamente.

- Veamos, ¿qué es lo que usted pretende que hagamos, concretamente? - preguntó Pancho Greca.

- Armarse y defender lo propio, sin aguardar la ayuda que no solo se demora sino que ha guardado un silencio sospechoso. Me duele mucho, pero debo reconocerlo en honor a la confianza y apoyo demostrado por ustedes con su presencia. Nos han vuelto la espalda allá arriba.

- Sabe que nuestras posibilidades son muy limitadas. El armamento es escaso y el parque exiguo - aseveró Greca.

- Sí. ¡Es cierto don Pancho! Pero su efectividad se multiplicaría si nos organizamos y presentamos un frente coherente ante cualquier acción que emprendan estos imbéciles que se han dejado convencer de su impunidad y supuestos derechos.

- Yo apoyo al señor Romero - expresó preocupado Celso de la Casa. - Es más, ofrezco mi persona y mi capacidad con las armas para ello. – No en vano había sido campeón argentino de tiro en 1900.

Esto determinó que por abrumadora mayoría, la concurrencia se volcara en procura de formar un cuerpo irregular que enfrentaría las contingencias que pudieren darse.

Para celebrarlo, Schiapapietra distribuyó entre los contertulios cigarros de su manufactura. En minutos, el humo hizo insoportable el ambiente. Tuvieron que abrir puertas y ventanas. Sin embargo, los elogios para con el tabaco especial empleado, dieron lugar a una segunda rueda de entusiastas fumadores; algunos nóveles, tosían sostenidamente, recibiendo la pulla de los otros.

- Schiapa, trabajan bien tus mujeres. ¡Ah!, que cigarros, una delicia! – agradeció Gómez.

Ante esa exclamación, desde el fondo de la sala, alguien que pareció ser Bassaga por la voz, expresó:

- ¡También hoy son gratis!

Todos rieron, pues no eran baratos habitualmente.

Con el ambiente distendido, entre bocanada y bocanada, no faltó quien tirara la posibilidad de pedir ayuda a los norteamericanos de Colonia California y a los ingleses de Galencia. Ellos eran fogueados y tenían mucha experiencia en la lucha contra los indios. Hacía tiempo, pero aquello no se olvidaba.

Para qué lo escuchó el cura Roberto. Se paró de pronto y arrojando lejos por la ventana su cigarro recién encendido, exclamó violento:

- ¡No, eso jamás, antes muertos que pactar con los herejes! ¡No sólo creo que somos suficientes y capaces para defendernos; sino estoy seguro de que concertar con el diablo es el fin de la causa! ¡Una sola palabra más en tal sentido y la Iglesia se retira! ¡Con los herejes protestantes, jamás!

- Pare padre, están los Moore, los Mac Lean, los Schneider, los Fort, son buena gente, de trabajo y luchadores. Pueden ser útiles para la defensa de nuestras cosas, darnos una mano grandota. No se trata sino de parar al indio. Los problemas de la reforma y su contra se resolverán en otro ámbito, padre - adelantó Romero conciliatorio.

Para qué. El rostro encendido del cura y sus - ¡No, no! - reiterados al compás de sus pies batiendo el piso, bastaron para cortar de cuajo esa posibilidad tranquilizadora.

No obstante ello, recomendó a Clementino Lobos que se citara a alguno de aquellos al día siguiente en la comisaría, para enterarlos y facilitar la organización por su parte -En forma independiente - se aseguró de afirmar y ser escuchado, con el fin de evitar enojosos conflictos que los dividirían definitivamente. Conocía el ánimo de algunos italianos garibaldinos que no hacían buenas migas con el párroco.

Se conformó el listado de voluntarios que habrían de actuar en las casas más seguras y estratégicamente ubicadas.

Los vecinos se distribuyeron en siete cantones y en varias casas de familia, comprometieron armas de las mas diversas. Algún rifle, escopetas y varios revólveres. Los mauser's del Tiro Federal, serían emplazados en el cantón de Gallay, aledaño a la Comisaría, donde de seguro habría de soportarse el embate mayor. Estaba precisamente sobre la calle que desembocaba directamente en la toldería.

- Mi casa es segura y pueden emplearla sin restricciones - adelantó Pancho Greca.

- ¡Por supuesto!, está en la lista de las escogidas por su ubicación estratégica - adelantó Lobos - Tendrá a Antonio y Camilo Di Muro, Casas, don Menni. En fin, pensionistas no le van a faltar don Pancho . Eso sí, libere acceso rápido al techo para evitar sorpresas, ponga escaleras – remató Lobos.

- No sólo eso - agregó Bassaga - debemos tener en cuenta a nuestras mujeres. No podemos encomendarles rezos nomás. Es demasiado comprometida la situación para despreciar su ayuda. Inés Alvarez y otras se ofrecieron para el cantón de mi casa. Colaborarán con agua y aceite hirviendo, ¡los vamos a desplumar a esos salvajes, ya verán!

- ¡Por supuesto! - terció Romero.- ¡Toda la ayuda es valiosa! No sólo para preparar agua caliente y aceite, sino también para recargar las armas, alcanzar víveres, agua y atender a los enfermos. Como siempre, ¡ellas no llevarán la mejor parte, precisamente!

- ¡Já, no van a tener tiempo para otras cosas! - exclamó alguien desde atrás. El cura se volvió nervioso mirando fieramente al chistoso.

- ¡No es cosa de bromas y mucho menos públicas, herir el pudor de nuestras señoras!

- ¡Suyas? - se deslizó socarronamente, haciendo ruborizar al sacerdote.

-Bueno, ¡basta señores, más seriedad!

- No se preocupe don Edisto. ¡Es el cagaso solamente el que les hace hablar de más!

Todos aceptaron divertidos la razón expuesta. No era para menos. Sus mentes liberadas se hallaban en el límite por la incertidumbre de cuál sería la acción de los levantados.

- Don Edisto, mantenga un contacto directo con Mariano. No hace buenas migas con los revoltosos y puede darnos alguna pista.

- Lo hago don Aurelio - le respondió dirigiéndose a Iglesias. - Pierda cuidado. Ocurre que no obstante, no podemos descuidarnos, puede darse vuelta.

- ¡No, por cierto! – fue la respuesta.

- Bueno - terminó el Jefe Político - a partir de ahora estaremos movilizados por la fuerza de las circunstancias. Agradezco una vez más su buena disposición, caballeros. Me siento honrado por ello y tengan la seguridad de que no aflojaremos. Aún cuando allá arriba necesiten los hechos consumados para responder, nosotros haremos frente a la situación. ¡Muchas gracias señores!

- A usted don Edisto - respondió Genaro Doldán, líder de la oposición política - Después seguiremos peleándonos. Ahora, el enemigo común nos ha unido. Veremos de hacerle frente, ¿verdad don Bernabé? - preguntó socarronamente a su otro opositor.

- ¡Por supuesto amigo, daremos cuenta de estos salvajes! - , agregó sonriendo ampliamente, provocando risas generalizadas.

CAPÍTULO 30
A LOS CABALLOS

La partida detuvo su sigiloso andar en el borde mismo de los potreros. Un caballo nervioso piafó ante la aparición sorpresiva del indio que se movía agachado entre la tropilla. Una caricia de éste le trajo calma.

- ¡Yoamcata, cabayú! - le dijo dulce, suavemente, con la áspera, torpe, pero mejor entonación de que era capaz. Las caricias repetidas agregaron lo suyo para calmar al inquieto corcel. Fueron llevándolos hacia el portón que abrieron lentamente y , como sombras pegadas a los animales, los encaminaron a la costa.

Ya lejos, en la protección del monte que asomaba por sobre la barranca, los montaron y partieron al paso hacia el Sur.

Amanecía cuando cruzaban el zanjón que unía La Laguna con el río. Condujeron la tropilla hacia el pajonal denso que crecía hasta La Bolsa. Allí dejaron los animales en manos de los jóvenes cuidadores, casi niños, que con toda seriedad habían tomado la custodia de la tropilla cada vez más numerosa, a medida que los días transcurrían y los potreros eran vaciados.

Los Blanche habían perdido sus yeguarizos. Eran unos más en la larga lista de colonos y chacareros que fueron despojados sucesivamente para engrosar la montura de los sediciosos, celosamente guardada en aquella isla cercana.

- El tiempo ha llegado - decía Juan Andrés a sus apóstoles de la liberación, invitándolos a salir al patio circundante.

Cuando estuvieron parados hacia el poniente, les indicó las dos estrellas brillantes que se avizoraban al oeste.

- Allí está la señal. Hay dos luceros. Uno grande y uno chico. El más grande corre al chico y lo va alcanzando con el pasar de los días. Cuando ello ocurra, lo devorará; para entonces, nosotros también habremos comido la presa - sentenció.

Ellos miraron absortos esa conjunción. No se les había ocurrido asociarla con los hechos que los embargaban. Él sabía. Hablaba con la voz del monte, de los vientos, de los cielos.

Asintieron con sus cabezas. Sin palabras. Éstas estaban de más. Había hablado él ya.

Se separaron sobrecogidos. Corrieron a mostrar a los otros el milagro del mensaje y a trasmitirles la certeza de que nada les pasaría. Habían llevado una vela encendida en la procesión que no se apagó; las balas de los gringos, antes de tocarlos, se convertirían en barro. ¡Sí señor!, en blando barro inocuo. Y allí estaban las estrellas y ellos absortos, mostrándolas por largo rato hasta que desaparecieron detrás del monte lejano, con el correr de las horas.

La Luna les había sido favorable y la policía estaba quieta, como en víspera de elecciones. Todos los augurios fueron ordenándose propicios.

El nerviosismo llegaba hasta lo de Mariano.

Se paseaba impotente debajo del paraíso. El poder se le iba de las manos y sus amigos nada hacían para revertir esa situación.

- ¡Rosa, dame mate! - exigió imperiosamente. Hasta su mujer preferida estaba remisa. No podía ser. Si bien cargado de años, no estaba dispuesto a aflojar. Al menos todavía. - ¡Apurá el mate, carajo! - volvió a gritarle - ¿Acaso ya nadie lo tomaba en cuenta?

Los gritos furiosos del decaído cacique llegaron hasta lo de Juan. Provocaron una gran alegría que no pudo sino empujar un alarido gozoso, de uno de los seguidores y actual integrante del séquito de guardianes de que se había rodeado.

El viejo cacique levantó la vista al escuchar el alarido retador y escupió en la dirección del mismo. Su pena aumentaba y la impotencia comenzaba a hacer sentir sus zarpas, frente a las cuales nada podía hacer, sino esperar resignadamente los acontecimientos. Sólo le respondían sus propios hijos y algunos viejos acólitos inoperantes por cierto, para oponer resistencia al cambio de manos del poder real en el rancherío. Hasta alguna de las mujeres se habían alejado del entorno de ella, la Rosa, que no sólo veía disminuir su prestigio, sino también su ascendencia en el clan femenino.

Otra noche humosa y con ladridos fue descolgándose. Con la misma, el comienzo de una creciente actividad sospechosa. Jóvenes con lanza corriendo hacia distintos puntos extremos del emplazamiento, donde se reunían integrando las partidas que habrían de depredar los alrededores, buscando mas caballos para monta de los irregulares que superaban las seiscientas almas.

Eran seis y como otras veces anteriores, estuvieron largo rato quietos observando la decreciente actividad en la casa de las afueras de Felix Lena. Era el que mejores caballos poseía y utilizaba para el servicio de correos con Escalada.

El silencio se impuso y con él la oscuridad total.

Con las pupilas dilatadas, a la luz de las estrellas, entre las que se destacaban aquellos dos marcadores al oeste, se arrimaron despacio al recinto alambrado donde estaban los animales buscados.

Unas pocas palabras susurrantes y unas caricias sostenidas, bastaron. De a uno fueron sacándolos del corral y arriándolos hacia el suroeste. A buena distancia de la propiedad, los montaron en pelo y tomándolos de las crines, los obligaron hacer un rodeo para perderse en la rinconada, cruzando el cauce poco profundo, detrás de las ladrillerias.

El grito que coronó el éxito de la misión, se perdió en las tinieblas como alarido de borracho.

Otra de las partidas, de más de una docena, volvió a lo de Blanche a instancias de Juan López. Quería para sí el caballo blanco de don José que inexplicablemente se les había escapado en la redada de la noche anterior.

En silencio revisaron los alrededores de la casa y nada. Ningún equino adornaba los potreros. El blanco, orgullo de sus dueños y de la zona, brillaba por su ausencia.

Josefina, que había salido para arrojar los restos de la cena, alcanzó a percibir movimiento en las sombras y dio la alarma. Su padre y sus hermanos prepararon las armas y salieron a la galería. En el rectángulo de luz de la puerta abierta mientras salían, se perfiló la figura del animal celosamente conservado en un rincón del comedor.

La puerta se cerró detrás del último de los hombres y los ojos fueron poco a poco acostumbrándose a la oscuridad. Se dividieron en grupos para evitar sorpresas y así, en ambos extremos de la galería, hincaron sus rodillas y se dispusieron a repeler cualquier intromisión, con la esperanza de que el tiroteo, de producirse, alertara a los norteamericanos, ya prevenidos y prestos a ayudarlos. Tres disparos era la señal.

Nada. Apenas pareció detectarse el desplazamiento de alguien o de un animal, en el límite del monte próximo.

Pepe, nervioso, efectuó un disparo hacia ese lugar, sin resultado alguno.

Retornaron al interior y de nuevo los travesaños de madera cruzaron puertas y ventanas. Las mujeres retornaron las armas que esgrimían al armario respectivo y la escopeta de él, quedó lista para cualquier emergencia.

- Vinieron por el blanco, José.

-No Regina, no creo que vayan a arriesgar su integridad por un caballo. Ya se llevaron todos los otros.

- No es un caballo, Pepe. Es el caballo. Sin él, el sulky es nada.

- No exageres mujer. El robo anterior te hace pensar macanas.

- José, no te permito - reclamó enojada.

- Vamos mujer, calmate. Debió ser algún animal de cruce lo que vio Josefina, nada más.

- Sí , ¡esos animales!

Juan López se quedó sin el blanco. La partida retornó esta vez con las manos vacías y sin poder determinar el escondite del animal.

- Se lo han llevado - dijo uno, ajeno a la plácida situación del matungo que compartía las bondades del aposento con los humanos. Esa noche, había sido un convidado presencial en la cena de la nutrida familia asediada.

Josefina demoró bastante en dormirse. Tenía la certeza de que la sombra desplazándose, no había sido de un animal; no al menos un cuadrúpedo. El miedo prendió sus patas de araña y fue tejiendo una tensa tela en su mente joven. Hasta que cerrando los ojos, fue repasando las instrucciones recibidas de los hombres para el manejo de las armas menores a su disposición.

CAPÍTULO 31
EL RECLAMO

Félix Lena se levantó con los gallos y después de dar cuenta de una buena ronda de mates con galleta, salió aspirando profundamente el fresco aire que venía de la costa.

Una canción paraguaya se entretenía en su boca, mientras se encaminaba al galpón para preparar las cosas tendientes a concretar un nuevo viaje.

Ansiaba ya estar en marcha. Lo más pesado era eso, prepararse. Lo demás, cabalgar en el viento cara al sol, con todo el paisaje pleno llegándose en torrente, abrumándolo.

Fue sólo dar vuelta la esquina sur de su casa para caer en la cuenta que, entre él y el monte de enfrente, nada, sólo los potreros vacíos. Ningún animal a la vista.

Recorrió los alrededores, esperando que un error en el cierre de la tranquera, hubiese dispersado los animales por ahí. Nada. Sólo ese airecito fresco pastando el rocío abandonado por la noche en franca retirada.

- ¡Puta madre que los parió! - exclamó iracundo. Aceleró el paso hasta el recinto alambrado próximo y el piso le dio la certeza de lo ocurrido. Claras, entre las huellas de los cascos, las marcas de pies desnudos.

- ¡Indios de mierda¡ .- gritó furioso al viento. - No, ¡no puede ser! ¿Cómo me va a fallar Mariano?

Pero las evidencias eran contundentes. Se habían llevado no solo sus mejores animales de tiro, sino todos. Hasta el ruinoso tostado que de puro viejo, había comenzado a derrumbarse solo desde hacía mucho tiempo.

Desesperado, corrió hacia el pesebre que cobijaba el elegido de monta.

- ¡Estrella, estrella! - gritó antes de dar vuelta la construcción para llegar a él.

El relincho del noble equino le trajo una relativa calma; ¡se había salvado por un pelo!, el número de animales impidió su robo, excedía el de la partida; ello no disminuyó su ira por la depredación.

No se saldrían con la suya. No, esta vez no. ¡Habrían de escucharlo!.

Furioso, Félix Lena tomó la calle que lo llevaba a la comisaría y cabalgó al tranco cansino varias cuadras en esa dirección. Trataba de poner orden a sus pensamientos encontrados, cuando cambió de idea.

- Debe tratarse de un error - se dijo por lo bajo. - No comprendía como a él, su amigo, podían hacerlo víctima de ese robo. ¡Oh no!, no podía fallar al correo y a los pasajeros que de seguro, ya estarían preparándose para partir.

Torció el rumbo. Decidió encarar directamente la toldería; aclarar la cuestión y exigir a Mariano que le restituyera los animales. El caso quedaría ahí y nadie saldría

perjudicado. Sí, debía tratarse de un error. Los chimentos que corrían eran puro viento. No le hacían mella. Eran sus amigos.

El negocio de Narciso Casañas ya había abierto sus puertas para recibir a los ladrilleros, los carreros y aquellos empleados que antes de dirigirse a sus ocupaciones, efectuaban esa reunión social tempranera, donde se cambiaban los últimos chismes, se discutía la política del vuelo concordante con los interlocutores. Los que leían los diarios y los que no.

Y fue una tentación que Félix no pudo evitar. La oportunidad era más que propicia para ventilar en ese fuero el perjuicio que le habían ocasionado los paicos. Hacia allá se dirigió masticando la furia que lo embargaba cada vez con mayor intensidad, a medida que volteaba sus pensamientos y los reemplazaba con otros renovados; más críticos; con mas detalles del perjuicio que le ocasionaran los esbirros del amigo.

La primer caña fue la llave que abrió el cofre de su alma. Comenzó, entre maldiciones y puteadas, a relatar con lujos de detalles el vaciamiento, las huellas, sus sentimientos traicionados por quienes había ayudado en más de una oportunidad, evitándoles caminatas pesadas en días de calor o la prolongación de los fríos, en los días de invierno. No, no se lo merecía.

- Sírvame otra, don Nacho.

- Como no , Félix .

El bolichero de marras también se había acodado en el mostrador y era uno más de los que escuchaban absortos esa pormenorizada relación.

- No vaya, don Lena. Los indios están alzados y hasta que se les pase la calentura, no conviene arrimarse por allí. Ellos solos resolverán sus problemas. No vaya.

- ¡No, faltaba más! ¡No se van a salir con la suya! No al menos con mis caballos. ¡Tan luego ellos!

- Tiene razón don Menni, Felix. No vayas. Es peligroso. ¡Te van a matar!

- Vea don Nacho, no ha nacido todavía el que se atreva. Ya verán. Hablaré con Mariano. Él se hará cargo. Si no, ¡los voy a coser a balazos!

- Esperá, pensalo. Tomate otra. ¡No vayas!

No fue escuchado Casañas; aunque no despreciado en el convite, debidamente atendido como los anteriores.

De un trago apuró la última y salió con el paso no tan seguro ya, aunque la decisión no había menguado. Muy por el contrario.

Montó y enfiló en dirección a la esquina de la iglesia, torciendo a la derecha por la calle que lo llevaba a la toldería.

- Vio don Menni. ¡Está loco el criollo, va hacerse golpear al vicio!

- Sí. Así es don Narciso. Pero, ¿quien lo hacía cambiar de parecer? El hombre es así, decidido, valiente. Acostumbrado a enfrentar las fuerzas de la naturaleza y el empuje de sus parroquianos. Tiene agallas, debe reconocerlo.

- ¡Ni qué decirlo! - acotó don Nacho. - Es un hombre entero, pero la cosa no está para juegos. Me parece que hierve.

- Y el gobierno no sé que espera, mi amigo.

- Que nos cocinen, Enrico. Así quedan dueños de la situación. Estas colonias agrícolas se han convertido en molestia para algunos estancieros. ¿O usted que cree?

- No sé, ya no sé qué pensar – respondió el tano.

- ¿Cómo no sé? Sabe bien que los agricultores molestan a algunos importantes estancieros, de los que mandan. Detrás del indio anda alguien perverso, de ellos, no le quepan dudas, Enrico.

- Si usted lo dice. Pero mire que los diarios hablan mucho y de todos los colores. No lo van a permitir. Pujan por llevar agua para su molino, solamente. ¡Já!, si hubiera usted leído La Unión Provincial última, hubiese visto como le dan a los políticos de turno. Bueno, ¡como siempre!

En lo de Bernabé Mántaras, el diligente empleado interrumpió la conversación de los parroquianos que también acodaban sus necesidades tempranas.

- Don Bernabé, me voy para el correo. Ya es la hora.

- Está bien Pedro. Atendé esa extra y después vení, te necesito.

- ¡Ajá! Hasta luego don Bernabé - expresó Morera dirigiéndose asu patrón.

- Hasta luego Pedro. Gracias.

- Justo ahora venir a enfermarse Gabino Carnaval. ¡Si algo le faltaba a San Javier era eso! Quedarse también sin telegrafista. Ahora sí estamos listos. Se acababa el correo de no ser por Pedro. ¡Vaya suerte la nuestra!

- Y bueno don Bernabé . No hay mal sin solución. Y si no la tiene, ¿para qué preocuparse?

- Menos mal que Pedro conserva íntegra su habilidad para el manipulador, que dejó para venir a trabajar conmigo. Aquí gana más, aunque es más pesado. El tráfico en la oficina no es mucho y es entretenido. Qué de cosas pasaban por sus manos; pero pagan poco.

- Habrá que aguantar un tiempo hasta que se resuelva la neumonía de don Gabino. Sus hijos son demasiado chicos para la responsabilidad del despacho y malos todavía con el morse.

La figura de Gomez Morera se encaminó a través de la plaza hasta la esquina de la iglesia y desde allí, se perdió por la calle de la derecha, hasta el orgulloso edificio del correo.

Ingresó al mismo por una puerta lateral.

- Buen día doña, ¿cómo está hoy don Gabino?

- ¡Buen día don Pedro!, le respondió la mujer de Carnaval, emergiendo desde la cocina. - Así, así nomás. No le baja la fiebre y respira con bastante dificultad.

El olor a vapor de eucaliptus inundaba la casa

- ¿Y los muchachos?

- En la oficina, cubriendo la guardia.

- Les voy a dar una mano.

- Vaya nomás, hágalo y, ¡gracias Pedro, muchas gracias por su ayuda!

- No hay por qué darlas doña. Todo sea por el amigo.

Penetró en la oficina. Frente a la mesa de trasmisión, dos jóvenes, casi niños, trataban de empujar el rosario de palabras al ticteante aparatito desde la hoja de papel llena de vocablos corregidos y tachados. Borrador sin dudas.

- ¡Buenas muchachos, llegó el relevo! ¿Cómo vamos?
- Mal don Pedro. Santa Fe está muerta.
- ¿Cómo? - preguntó sorprendido.
- Sí. No pudimos establecer contacto en lo que va de la mañana.
- Veamos chicos, veamos.
- Vio don Pedro. Las conexiones están bien. La línea lista, sin embrago…
- ¡Sí, así es! Lo que faltaba, ¡caramba! Veremos Resistencia, agregó Morera conectando las clavijas de otra manera para tomar el norte. Ni bien lo hizo, el aparatejo cobró vida y el tic...,tic, tic, tic cadencioso, seguido de cortos silencios, llenó gratificante el ambiente.

" RES, RES " manipuló. La respuesta no se hizo esperar. Resistencia estaba en línea. Después de imponer la desconexión directa con Santa Fe, se apresuró a cursarle los despachos urgentes de Edisto Romero planteando la situación creada entre la población con el aumento de los robos de ganado de toda laya. Los escuetos pero gráficos mensajes fueron recibidos y redespachados. El acuse de recibo, no se hizo esperar. Pidió entonces que canalizaran a través de ellos lo que hubiese para San Javier. Así se hizo y los ruegos, las penas y las alegrías contenidas en los breves parlamentos, fue llenando la mañana que transcurría tensa, más silenciosa que de costumbre. No se dejaban oír desde lo de Casañas las risas y ruidosas conversaciones de los parroquianos. También por la calle el tránsito había disminuido.

El indio había conseguido meterles temor y cada uno ansiaba ver como se resolvía esa molesta situación.

CAPÍTULO 32
LA CHISPA

Juan López le dio una patada al perro que le arrimó sus pulgas. El animal partió gimiendo lastimeramente y fue a instalarse debajo del sauce llorón, frente a la puerta, desde donde lo miró con sus ojitos húmedos, tristes...

Rió complacido por la acción. Estaba cargoseándolo desde hacía rato y no era el instante propicio para remilgos. Los otros festejaron a coro la acción.

- ¡Cagó el blanco! – expresó uno y un coro de risas lo acompañó.

Sólo faltaba Golondrina en el local. Los demás estaban todos.

- Atacaremos esta noche - aseveró Juan López que había tomado la comandancia de las tropas, como cacique que era. Tenía el apoyo irrestricto de Juan Andrés, su principal y santón mayor, de Domingo Pérez, Francisco Golondrina, Domingo López y Santos Negroni, los otros apóstoles de la causa. Eso sin contar además la caterva de capitanejos que se colocaban a mayor distancia en la irregular escala de mandos estructurada pacientemente a fuerza de discursos e interpretación de hechos diversos. La superstición llenaba los huecos y ajustaba la trama.

Estaba todo previsto. Los agarrarían dormidos. Tenían a su favor las estrellas y la Luna que se había colocado adecuadamente para no molestar.

Anticipaban la victoria y una sonrisa plena les desbordaba las comisuras, inundando los rostros ásperos. Sus ojos negros brillaban como tizones oscuros del infierno.

- ¿Revisaron las lanzas? - preguntó López.

- Si Juan. Los caballos están listos y la gente distribuida. A los matungos los están arrimando para este lado así están a mano. Desde hora temprana trabajan en ello los muchachos. Lo hacen con entusiasmo.

- ¿Y Mariano?

- Vigilado - le respondió Juan Andrés. - Su gente está amenazada de muerte en caso de entrometerse en lo nuestro o interferir. De ellos nos haremos cargo después.

- Deben haber ido con el cuento al "entregador "- dijo Negroni.

- De seguro. Pero nada podrá hacer. Todas sus denuncias cayeron en un pozo. Vieron ustedes que estuvo bien esperar. Nos dieron tiempo y se fueron acostumbrando a nuestra presencia.

- ¿Te parece? - interrogó Pérez.

- Sí. Lo sé por las muchachas. Las que les arrastran el ala a unos milicos son muy útiles ahora. Nos trajeron y nos traen las novedades de allá. Y de paso les llevan lo que queremos. No, si tiran más que una yunta de bueyes, como dicen.

Con un palo, López trazó rayas rectas en el piso de tierra y asignó a cada uno el grupo que habría de comandar y las calles a recorrer. Dos, numerosos, se internarían por la calle anterior y atacarían la comisaría en silencio por detrás. Los otros de avanzada, irían hacia blancos fijos predeterminados, en particular las casas de comercio, donde estaba el botín importante. Los restantes, darían cuenta de los pobladores casa por casa. Con el nuevo día vendría la restauración del poder indio, pisoteado, ensuciado, humillado por esos payos malditos. Y él sería el cacique. Sí , el Jefe de la nueva situación. Sintió lástima por su hermano. Su bondad, su tolerancia, lo llevó a ese estado de cosas. La calamidad le había invadido la casa. Su gente ya lo había abandonado y mañana todo el poder sería de él...

Interrumpió las cavilaciones para recomendar de nuevo que se revisaran las lanzas y las chuzas colocadas en el extremo de las tacuaras. No quería sorpresa por

ligamentos apurados o hechos por manos inexpertas. El mandato era lanzas, buenas lanzas mocovíes y todo saldría bien .

La consigna fue pasada y aquellos con experiencia, recorrieron las armas preparadas, disimuladas en los rincones de los ranchos, en sus techos, en las primeras matas de paja brava de las inmediaciones.

Nerviosos, los voluntarios de esa nueva hueste iban y venían recorriendo sus caballos, familiarizándose con ellos, tratando de transferir de los equinos esa tranquilidad maravillosa, necesaria ahora que el tiempo había llegado. El blanco no los exterminaría, sería a la inversa. Ellos desatarían el nudo que los asfixiaba.

Lo habían dicho los "tata dios" y confirmado el cielo y los mensajes del monte, que hablaban con el viento, con los animales enviados para ello. Una fuerza nueva los embargaba y los hacía felices. Eran los elegidos del nuevo ordenamiento mocoví. Así renacería la raza. No más gringos, no más payos, solo indios mocovíes y de los otros. Todos paisanos. Estas tierras eran de ellos. Habían sido hechas para que solo ellos vivieran. La solución al final estaba cerca. La luz de las velas en la ardiente procesión de San Francisco Javier había llegado al cielo y lo había despertado por fin. El tiempo correcto instalado ya en la tierra, comenzaba allí mismo, al alcance de sus manos.

Miraban hacia la blanca torre de la iglesia. En lugar de esos milicos de guardia, estarían ellos, a partir de mañana, guardando a San Francisco Javier.

Alguien comenzó a tararear un tonto yogo a capella, fue enseguida retomado por otros que se agregaron hasta constituir un cántico lleno de sentimiento, ríspido, áspero como las voces del estero, pero propio. El viento lo llevaba al sur y lo elevaba al cielo. Los arabescos de aquella melopea extraña se les enredaba en las largas cabelleras libres. Una sangre nueva recorría sus venas. Sí. Era cierto por fin y resultaron ellos quienes lo harían. El orgullo colmaba sus pechos de fuerzas renovadas.

Dos mozalbetes pelearon por la tenencia de un hermoso bayo que agitaba orgulloso sus crines. Cuando se iban a las manos para trenzarse a trompadas, el líder del grupo los tomó del pelo y los arrojó al suelo pateándoles las costillas.

- No, no. A ustedes no, a los payos. Ese caballo mío, los de ustedes allá. ¡Búsquenlos rápido! - ordenó señalándoles un grupo de yeguarizos de menor estampa.

Sacudieron la arena de sus cuerpos y caminaron rezongando hacia el lugar indicado.

Estaban empezando aprender a obedecer. Y eso era significativamente importante.

La gente comenzó a correrse en dirección a la casa del cacique Mariano.

- ¿Qué pasa ahora? - preguntó Juan López, el hermano.
- No sé - le respondió Pérez. - Me voy acercar a ver qué ocurre.
- Apurate. ¿Qué se le habrá ocurrido ahora al pobre viejo?

Se encaminó rápidamente al rancho próximo. También hacia él marchaba con paso algo vacilante pero decidido, Félix Lena.

Valiente, bien plantado, Félix encaró la puerta y llamó a gritos

- ¡Mariano, Mariano, tus indios ladrones me han robado anoche los caballos! ¡Devolvémelos, no sean ladrones!

La figura del cacique se recortó en el rectángulo irregular del rancho. Estaba perplejo.

- No Félix. Mi gente no.

- ¡Callate indio ladrón! ¡Vos también estás en la jugada! - le gritó enardecido. El alcohol había hecho de las suyas.

Iba a sacar el revólver, pero optó por volver grupas y emprender un trote de regreso. Unas boleadoras precisas echaron por tierra sus planes. Fue entonces que la lanza disparada por una mano joven impaciente, le atravesó la tetilla izquierda cuando intentó erguirse, derribándolo.

La sorpresa se convirtió en alarido. En largo alarido repetido por muchas gargantas anhelantes...

Pérez se volvió corriendo e ingresó rápidamente a informar a sus jefes.

- Uno de los Niataiquí lanceó a Félix Lena. Vino a reclamar los caballos a Mariano - exclamó sofocado por el esfuerzo.

- ¡Carajo! Ahora vendrá la policía y se va a armar. ¡No perdamos tiempo! Que se reúna la gente rápido. ¡Corran, corran! ¡Que lo hagan pronto!

CAPÍTULO 33
EL INCENDIO

Desde la torre de la iglesia, la guardia vio trasladarse tranquilamente al valiente Lena y detenerse frente al rancho del viejo cacique Lopez. Por ahí pareció oirse que llamaba, aunque todo hacía presumir que era esfuerzo de la imaginación.

Lo vieron gesticular y atónitos, fueron también testigos visuales de la boleada y de cuando uno de ellos levantó la lanza y se la clavó en el pecho.

El criollo se fue derrumbando de a poco frente a sus ojos.

- ¡Comisario, lo matan..., lo matan! - le decían los custodios a Cabral que tomó la soga para tañer la campana cuando vio a Edisto Romero que caminaba hacia allí con un winchester en la mano.

En ese instante, hacia Romero corría Gómez Morera que había abandonado la atención del telégrafo, con un despacho urgente para él.

El gobernador había ordenado que zarpara para San Javier en vapor expreso el Coronel José María Pérez con cuarenta y un guardiacárceles. Orden que cumplió el nombrado hallándose ya en viaje a bordo del Ceres, de la compañía Sarsotti.

Éste lo tomó, leyó el despacho y miró hacia arriba, hacia la torre desde donde Cabral le gritaba:

- ¡Lo matan a Lena, Jefe! ¡Lo matan a Lena! ¿Qué hacemos?

- ¡Hagan fuego! No pierdan tiempo. ¡Dénle duro, hagan fuego! – ordenó sin vacilar. La tormenta se había desatado y tenían que ganar la delantera.

Las campanas levantaron vuelo por muchas veces y detrás de ella se escucharon los disparos de los remington's como si el objetivo de los mismos fuera derribar ese sonido que ya volaba lejos, abriéndose más y más, quebrando la tranquila mañana soleada.

Los disparos y las campanadas fueron harto suficientes.

La alarma cundió rápido. Los chicos de la escuela volaron a sus casas. Josefina Blanche con dos muchachitos de Colonia California, corrió por la calle del río. Al abrigo de la barranca, tomó hacia el norte por la costa para salvar los tres kilómetros que la separaba de su casa. Ese día no le fue permitido utilizar el sulky para evitar tentar la suerte y someterla al riesgo de su custodia. El corazón le golpeaba fuerte sus doce duros años.

Maclovio Troncoso cruzó el baldío frente a su casa y fue a buscar a las tías que no se decidían a abandonar su precaria vivienda, sita en la calle de la comisaría. En la casa de sus padres estarían mejor las mujeres, más seguras.

Venían tomados de la mano a la máxima velocidad que las polleras y la capacidad de carrera de ellas lo permitía, cuando se escucharon los primeros disparos. Al fondo de la calle, una nube de polvo se levantó como frente de tormenta. Corrieron más rápido aún. Casi se diría que volaban. Orfilia Troncoso cerró la puerta detrás de ellos cuando ingresaron, trancándola. Las armas estaban sobre la mesa, preparadas. Cada uno tomó la suya y se ubicó en las ventanas.

Presurosos, otros vecinos corrieron hacia sus apostaderos en los techos de las casas que les servían de cantones.

Cumplida su misión, Gomez Morera se dirigió a lo de Mántaras, rápidamente.

En el trayecto cruzó a Menni que salía de lo de Casañas en dirección a lo de Greca; hacia donde también corrían los Di Muro, Casas y Benítez.

De lejos, observó que Nicanor Castañeda y Celso de la Casa, entraban en lo de Gallay.

- ¡Corra Menni, corra! - le gritaba Fachini que, con el aliento entrecortado y una escopeta de dos caños, marchaba en sentido contrario buscando la casa de Mántaras.

Y así el pueblo se movilizó rápidamente.

Los atacantes de Lena se desbandaron con la descarga y de la casa de Mariano salió éste precipitadamente con una reducida comitiva que se apresuró a refugiarse en la comisaría. Fueron apuntados desde la torre durante todo su trayecto. Como no portaban armas, los dejaron pasar.

Los minutos tensos se sucedieron como la calma que anticipa la tormenta. Hasta el tiempo pareció que se hubo detenido, congelado, cristalizado, cuando comenzaron a escucharse una sucesión de alaridos que se convirtieron en un sonido continuo, enloquecedor, erizante.

La gritería era ensordecedora. El temor la magnificaba.

El primer embate lo sufrió la policía acordonada frente al edificio de la misma y reforzada con el concurso de varios vecinos decididos. Ya al pasar frente a lo de Gallay, algunos atacantes rodaron por efecto de certeros disparos que, con la descarga cerrada de los fusiles de aquellos, echó por tierra , no sólo con el mito de la

conversión en barro, sino con los cuerpos de varios de los santones y capitanejos enardecidos que no pararon aún así.

Se sucedió una segunda y una tercera embestida, antes de que los mismos sofrenaran su ímpetu anonadados por la inutilidad del esfuerzo y volvieran para reagruparse. ¿Para qué? Los disparos desde los otros cantones próximos y el desconcierto, comenzó a cundir en el grupo de los agresores.

Las lanzas eran inútiles contra las altas paredes de ladrillo y no alcanzaban a los tiradores convenientemente atrincherados.

Celso de la Casa, apostado a la derecha de Francisco Gallay, le colocó la mano sobre el antebrazo y le dijo:

- ¡Dejamelo a mí! - Apuntó con cuidado el máuser y disparó. La bala le penetró certeramente a Juan Andrés en la boca bien abierta y ululante, haciéndole girar la cabeza hacia atrás. Cayó redondo. Los secuaces sorprendidos por el abatimiento de su jefe supuestamente imparable se miraron desconcertados. También comenzaron a ser víctimas de los disparos cruzados, policiales y desde el techo de la casa vecina de Gallay.

No mejor suerte sufrieron quienes se lanzaron en torrente por la calle lateral.

Desde lo de Casañas y el correo, fueron pasto de las balas, sin anotarse una presa.

Cuando doblaron al final de la esquina próxima, también resultaron bien recibidos por la gente de lo de Greca.

Y ya la cosa comenzó a derrumbarse. Algún jinete ciego, fanatizado, intentó cierto ataque aislado aquí y allá con un minúsculo grupo, siendo rápidamente neutralizado.

Los heridos, tintos en sangre y cubiertos de polvo, comenzaron arrastrarse hacia la retaguardia. Muchos quedaron tendidos en el camino y los que pudieron volver a montar, lo hicieron en el primer caballo a mano, perdiéndose en dirección de La Rinconada.

Un milico, desertor de las fuerzas del poblado, fue abatido cuando se aprestaba a hacer lo propio con don Edisto Romero, al que odiaba profundamente, dada su condición de criatura de don Bernabé Mantaras. Aún en esas circunstancias, la política lugareña jugaba los tantos de su ábaco cruel, con dedos insensibles.

Aprovechando la distensión transitoria, Menni con Silvio Benitez precipitadamente se trasladaron a la casa de los Parera, en auxilio de las mujeres que , solas, clamaban por ayuda. Los hombres de allí, se hallaban en el campo.

Ofelia les abrió la pesada puerta cuando los vio llegar corriendo, con las armas en la mano.

- ¿Como están las cosas? - preguntó aterrada, después de franquearles el acceso

- Estimo que bien. Al menos el primer intento les fracasó. No sabemos qué harán ahora. No creo que les queden ánimos para largarse de nuevo por el momento. No al menos con lanzas contra las armas de fuego. ¡Que torpes, que torpes! - contestó.

Recorrieron la estancia y sugirieron la adopción de algunas medidas de seguridad principalmente en las ventanas y puertas interiores que daban al patio. Estaban desprotegidas y aconsejaron arrimar algún pesado mueble para evitar

sorpresas, particularmente por la noche que necesariamente vendría con toda su incertidumbre, hasta tanto arribaran los hombres de la casa.

Una calma tensa, que amenazaba con romperse estruendosamente a cada instante, apoyó sus alas sobre la población que estiraba sus cabezas hacia el sur, en todas sus calles, en todas sus casas. Asomadas en puertas y ventanas y volviéndose rápidamente al interior, por temor a la sorpresa.

Nada. Sólo los hayes de los heridos y las comisiones que con algunos carros los recogían.

El nuevo vuelo de las campanas felices apenas distendió los ánimos. A ellas se agregó el clarín de la policía que tocó victoria. Una cruenta, amarga victoria que trajo paz en los espíritus atribulados de los pobladores.

Sin otra ayuda que su valor, resistieron el fuerte embate de más de seiscientos indios lanzados en malón, para exterminio de esa vieja, sufrida población de la costa santafesina .

Las mujeres contemplaban con lágrimas en los ojos, cómo las ollas dejaban enfriar el agua que había estado en ebullición en su interior.

Ellas también apostaron fuerte en la partida.

Las chanzas sobrevinieron y con las mismas, el recuerdo del revólver de Nicanor Ramos que se negaba a disparar, ¡por estar con el seguro puesto y no saber éste como desactivarlo!, hasta que fue ayudado por don Bernabé.

O de la escopeta sobrecargada de Fachini, que aturdía con el retumbar de cada disparo.

Sin embargo, por encima de aquellas pequeñas alegrías sobrevenidas con el respiro, una profunda tristeza se instalaba.

¡Habían vencido! ¿A quién? A las víctimas de la ignorancia, del atraso, del manipuleo político; con el gran ausente, el gobierno que, más vale tarde que nunca, había reaccionado al fin enviando sus fuerzas a barrer los despojos de los derrotados en fuga.

Morera se encaminó nuevamente hacia el correo. Requería su presencia el menor de los hijos de Carnaval. Los despachos se sucedían en el telégrafo con demasiada celeridad y escapaban a sus posibilidades la atención del mismo.

Recibió el primero. Consignaba que el gobierno enviaba refuerzos esta vez en tren hasta Escalada. Se trataba de un contingente de 25 hombres al mando del mayor Prado y con la caballada necesaria para batir la zona desde esa localidad hasta San Javier.

Fue remitiendo con los muchachos los distintos telegramas a medida que arribaban y eran pasados en limpio con su letra característica. La amargura se dejaba caer en gotas al final de cada uno. Fue necesaria la sangre para despertar la sospechosa insensibilidad oficial.

No podía negar que con alegría a su vez comunicó el triunfo. Pero una satisfacción agridulce que para nada trajo felicidad. Sólo la pena. Una profunda pena que quedaría grabada como con ácido en su espíritu. Nunca, nunca se borrarían del mismo, los encontrados sentimientos desplegados por los heroicos hechos de ese día.

Aquellos hombres aparentemente menores, aquellas mujeres, cuasi anodinas, habían demostrado un coraje a toda prueba. No habían temblaron cuando se abrieron las ululantes puertas del infierno. Y eso sí lo reconfortaba. En contraposición con los oscuros hilos detrás del embate de la ignorancia, el fanatismo. la barbarie liberada una vez más en los albores del siglo XX.

CAPÍTULO 34
MIL AÑOS

Cincuenta, cien, mil años después, en la misma esquina de entonces, Maclovio miró hacia el fondo de la calle y comenzó a caminar. La noche ya se cernía.

El baldío se había esfumado y aún cuando la misma tierra soportaba aquella calle, ya no era igual. El cableado de la luz y del teléfono, bordaban el cielo en punto cruz con líneas múltiples. En fin, los tiempos...

Sin embargo estaba él para recordarlo todavía. Esas viejas imágenes nostalgiosas volvían una y otra vez.

Aquella vía de tierra lo llevaba una vez más al último malón, en el película Alcides Greca en la que hizo de Juan Andrés.

El flaco también seguía esos pasos. Cuando ingresó al cine de Santiago Truco, la sala estaba colmada.

Parado en la puerta recorrió las hileras de butacas, hasta detectar una vacía, justo a la derecha de Maclovio. Fue y se sentó al lado del actor de 1917.

- Buenas noches don Cobo.
- Buenas noches, muchacho ¿Cómo están los tuyos?
- Bien. Muy bien, por suerte – le respondió al anciano.
- No los veo, che - le dijo Maclovio mirando nuevamente a su alrededor.
- No. Mi padre está trabajando todavía en el taller.
- ¡Ah! – solo respondió, mirando nuevamente al auditorio. Muy pocos sabían que él era actor en esa película. La memoria de los pueblos es frágil. La de San Javier más.

La luz fue cediendo su espacio a la penumbra y con ella la magia de la imagen muda rediviva de "El Ultimo Malón" que filmara Alcides Greca.

La historia dio vuelta sus páginas al revés. En silencio, con solo alguna tos reprimida y el ronroneo de la máquina que cortaba implacable los cuadros, con terca regularidad.

El pueblo – irreconocible - volvió a sus pocas casas y muchos ranchos de antaño. A los indios de lanza en mano. Los yacarés tomando sol y ese silencio sólido que marcaba algo más que una diferencia, casi un cargo de conciencia.

Los ojos se abrían enormes con cada reconocimiento particular.

El miró el perfil de la figura de su izquierda. Allí estaba el brujo de la pantalla. El Juan Andrés recordado por Alcides, con un realismo que se anticipó en cincuenta años al italiano.

Giró su rostro al sentirse observado y sonrió complacido.

- Sí, ése soy yo. ¿Viste qué joven era? Pero esperá un momento, observarás a alguien especial.

Y así la escena rememoró todo aquello que el polvo sin piedad de los tiempos no solo intentó, sino logró sepultar, hasta mostrar un señor grande que corría con un chico a la rastra hacia uno de los cantones, el de Greca, al comenzar el ataque indígena.

- ¡Ves, ves! Ese es tu abuelo, el viejo Menni y el pibe de pantalones cortos, tu padre. Tenía siete años entonces, cuando se filmó la película.

Una emoción profunda lo embargó. Sus ojos se nublaron..., ¡por el intento de verlos mejor! No había llegado a conocer a su abuelo y allí estaba, corriendo con su papá niño. Un raro sentimiento profundo lo embargó.

El fin del rollo y un problema mecánico en el proyector, impuso un intervalo que los asistentes aprovecharon para fumar o ingerir alguna bebida.

Respetuosamente acompañó a Maclovio Troncoso hasta el bar de la entrada.

- ¿Qué va a tomar don?, lo invito.

- Un guaraná che, ya que sos tan gentil. ¿Y vos?

- Una manzana Bilz, don.

Con los generosos vasos en la mano caminaron lentamente por el recinto.

- ¡Terrible!, ¿verdad? - dijo el viejo actor - ¡Yo lo viví dos veces. Como protagonista y como actor.

- ¡Qué bárbaro don, es increíble! – expresó el flaco asombrado. ¡Era cierto!

- Pero fue peor entonces, porque fue real . Aquí, para nosotros, el siglo veinte comenzó el 21 de Abril de 1904, no antes. Fue la fecha del renacimiento de este pueblo que llevaba varias fundaciones encima.

El intervalo cesó y con ello, la trama reiniciada los llevó hasta la palabra FIN en el recuadro lleno de manchas inquietas que, como culebras, recorrían la proyección en la pantalla de proyección del viejo celuloide en su nueva copia.

El silencio fue aún mayor que durante la película muda.

Lentamente salieron repartiendo saludos breves, inclinaciones de cabeza y sonrisas. La hora no se prestaba para más.

Caminaron juntos hacia sus casas vecinas.

- Allí no estuvo todo. Fue eso y lo que vino después. Los carros con los heridos, con los muertos. El desfile de los prisioneros en grupos. Traídos a empujones por las partidas lanzadas en su cacería, venidas de Santa Fe, Reconquista, Vera, Saladero Cabal, Helvecia; en fin, fue trágico. Más de doscientos presos en el patio de la Comisaría, por varios días, bajo la llovizna. Desconcertados, desintegrados. Sin comprender nada. No cabía en sus mentes el abandono por muerte de sus Tata dios. Tampoco se ve a Freyre, de visita a Mariano Lopez, el cacique oficial superviviente, ¡por supuesto! - Rió ácidamente el viejo al recordar eso y comentó: - Me llamaron para tomarles una fotografía. La comitiva se mantuvo al margen. Sólo registré en la

placa de vidrio, al gobernador, al cacique, y cuatro indios viejos. Creo que uno de ellos era Lavanderí. Y dos milicos firmes que no se le separaban al mandatario.

- ¿Si? - exclamó sorprendido su joven acompañante.

- Sí, así son los políticos y lo seguirán siendo, me temo. ¡Caranchos del éxito ajeno!

Habían llegado a la esquina de la casa de los Troncoso. Se pararon en ella para la despedida. El flaco, no pudo dejar de exclamar conmovido:

- ¡Es triste, don Cobo!

El viejo lo miró y con una inusual seriedad y vehemencia, desde el fondo de su corazón le dijo:

- Duele la agonía de una raza, de una gran raza. También molesta la pretendida sustitución de la misma que quiere hacerse ahora, por aquellos aspirantes a miembros suyos ¡de plástico! "Tata dioses " sospechosos. De mocasines y vaqueros, que pueden hablar lindo hiriendo la nostalgia. O emborracharse y fumar hierbas, porque sus mentados ancestros tomados en préstamo por esos fabricantes de mitos, alucinaban para convocar sus demonios interiores.

- ¿Le parece? - interrogó el muchacho que no entendía totalmente el alcance de lo expresado, cortando la ilación.

- ¡Qué no! Mirá, no son precisamente ni blancos, ni indios, ni nada. Apenas figuras humanas escorzada por un mestizaje degradado. Excrecencias de una sociedad de consumo, esta barbarie civilizada, que va dejando en los bordes el producto espurio de sus frustraciones.

- Don Cobo, ¿no exagera?

- No. Miralos. Por ahí deambula alguno pretendiendo saber. Sintiendo odiar. Impedido de actuar por insanable incapacidad. Sí, querido, son una sombra escorzada.

- ¿Y el bien y el mal ?

- ¿Cuales? ¿Los actos precisos y los fallidos? ¿El poder y la fuerza? Dependen de quienes son los vencedores y quienes los vencidos.

El flaco se vio desbordado por esas ácidas aseveraciones. Saludó sorprendido al viejo y le volvió la espalda.

A los lejos, un perro aulló largamente, llenando con su angustia la esquina ya vacía.

FIN

El autor agradece:

A Nydia Del Barco, su querida señora, por la paciencia, el estímulo y ayuda brindada durante el largo proceso de elaboración.

A Altibano Agazio y Nolly Norma, sus padres, inefables portadores de la tradición oral, por los múltiples hechos que arrimaron en largas y cálidas conversaciones mantenidas sobre viejas historias lugareñas.

A directivos y personal del Archivo General de la Provincia de Santa Fe y de Córdoba, por haber facilitado el acceso irrestricto a la información básica, orientándolo en su búsqueda.

A la Hemeroteca del Colegio Comercial Domingo G. Silva, que también brindó importante documentación de época.

A los escritores Sergio Delgado y Carlos Antognazzi, por la lectura de los originales básicos, crítica orientadora y estímulos aportados.

A los muchos parientes, amigos y conocidos que facilitaron directa o indirectamente las incontables agujas que le ayudaron a tejer la urdimbre de la trama.

A esos inmigrantes valerosos que hicieron posible esta magnífica tierra del Pájaro Blanco, de la cual no siempre somos dignos depositarios.

POST SCRIPTUM:

Pese a lo que dicen, es cierto que no fue el último aquel violento malón que asoló el pueblo de San Javier a comienzos del siglo XX, casi a las puertas del centenario. Así lo confiesan las crónicas. Lo fue aparentemente en Argentina el de Fortín Yunká en 1919.

Los aspectos fácticos de hechos puntuales contenidos en la trama de ese ataque a San Javier volcados en la novela, son claros y elocuentes respecto del fenómeno histórico en sí acaecido en Abril de 1904. Era casi la época del Centenario, en que la Argentina sobresalía en el mundo por sus logros científicos, en particular astronómicos; su desarrollo agropecuario y el inicio de su industrialización moderna y transformación social. Aparentemente, las viejas estructuras coloniales quedaban atrás y se edificaba un país promisorio.

No dejan esos hechos de cobijar una realidad que trasciende el limitado ámbito tolderil o pueblerino de entonces. Visten un iceberg cuyos contornos no nos es fácil precisar totalmente, aunque contemos con la certeza de su existencia o los magullones por darnos contra el mismo casi a diario. Sin embargo no debemos olvidar, constituye un acontecimiento histórico que brinda lecciones. Resuenan aún las palabras de Pedro Gómez Morera desde una columna del diario "El Litoral" de 1954, con motivo del cincuentenario del hecho, y en las rememoraciones cada vez más breves, pálidas, desinteresadas y esquemáticas realizadas con cada aniversario.

Uno de los personajes principales, el indígena, es el plus ultra de la trama. Graduado "cum laudae" en los claustros del monte. Detenta el máximo conocimiento que le es dable adquirir. Es el mejor adaptado a la situación. Posee una técnica de supervivencia depurada y adecuada a su ámbito natural. Sin embargo ese conocimiento es meramente instrumental, pragmático y limitado. No genera ni es producto de una "Cultura" con mayúscula, que se proyecte y se realimente positivamente hacia el futuro. Nace de la larga y dolorosa prueba primigenia del acierto y el error pagado tan caro desde los albores de la humanidad. Es un técnico primitivo. Sin embargo, no por detentar ese conocimiento instrumental deja de ser un salvaje.

Camina por la trama fáctica con ese bagaje, extensión de sus músculos, de sus brazos, junto con un cúmulo de racionalizaciones que pretenden justificar a posteriori toda actuación; en contraposición al inmigrante – su contendiente coyuntural - que también posee una técnica, base también de su sustento, pero que además trae "una tensión proyectiva". Usa sus instrumentos, pero actúa con el influjo de reclamos que trascienden el mero ámbito circunstancial. Parafrasea al Dante frente a la cordillera de los Andes, o a Virgilio en manos del

arado. Filosofa vulgarmente sobre la existencia, el amor y la muerte; con sentido propio y buscando trascender, detrás de un Cristo redivivo.

Aquél, tal vez mejor adaptado a su medio, no deja de ser un hombre primitivo, como no deja de serlo el que hoy aprende a desarmar y armar un automóvil, una computadora o a navegar por internet, comunicarse por twitter o facebook sin otro objetivo que la mera operación conectiva, no más que circunstancial y anodina, con la vaga sensación de realidad en esa playa virtualidad.

Todos conocen, han adquirido herramientas. Su erudición puede confundir. Pero no nos engañemos, no saben. La sabiduría no es producto de la acumulación de datos de la realidad, ni de técnicas operatorias, ni de imágenes o palabras. Puede necesitar de ellas, apoyarse en ellas, pero si no se proyecta hacia adentro o adelante, es mera vaciedad neutra. Menéndez Pidal era un erudito, dudo que haya llegado a ser un sabio, aunque conociese y citara cualquier expresión literaria hispana de todos los tiempos. No afirmo que sea malo ello, por el contrario, en el desarrollo de las sociedades constituyeron una inapreciable herramienta de clasificación y selección con múltiples entradas, altamente sofisticada y utilitaria, de un refinamiento exquisito, pero una mera herramienta al fin. Digo que no sabe, solo conoce. Obligado por ese ejemplo, debo citar al contrapuesto: Leonardo, el sabio. He ahí al hombre moderno, justificativo de más de seis mil años de esfuerzo. No solo poder hacer cosas, sino saber por qué se hacen las mismas.

Y en las búsquedas de esos ¿por qué?, la trama de aquellos hechos contados nos descubren otra punta del iceberg. Una que esconde el aniquilamiento mordaz; la manipulación de ese hombre común que se pretende defender y en cuyo nombre se actúa con excesiva libertad y desenfado.

Ese aparente superdominio de la información, esgrimido como un mascarón de proa justificador es utilizado para manipular la existencia ajena, llevando al individuo a la adopción de decisiones que no le son propias ni le interesan. Así, aprovechando la natural o provocada indefensión en la mediocridad común, en espíritus que adoptan poses no posiciones, los sobrevenidos y autoproclamados líderes usan esa capacidad operativa de conciencias. Deslumbran y conducen el rebaño hacia donde sirve a sus intereses sean mezquinos o

de los otros; cualesquiera fueren, son ajeno a los verdaderos e íntimos personales de cada uno. La libertad es la pariente pobre de esta relación, violada o desconocida sistemáticamente.

En todas esas acciones el mito subyace, tosco o elaborado, opaco o pulido, irracional o racionalizado pero adaptado a las nuevas circunstancia, mediante fundamentalismos sospechosos. La barbaridad turística.

Ya no se esgrimen lanzas por supuesto. Se levantan cocas colas, slogans, consignas, imágenes seleccionadas, información extraída de su contexto, ritmos musicales elaborados ex profeso. Se lanzan otro tipo de alaridos. Tal vez más inteligentes, pero no por ello menos engañosos y bárbaros que aquellos que hicieron temblar las calles de aquel pueblo santafesino en 1904, cuando la Argentina reeditaba la Uranometría Argentina y continuaba con la Córdoba Durchmusterung deslumbrando al mundo en la apertura de los cielos del Sur, uno de los primeros peldaños de esta, nuestra Era del Espacio.

Insisto. Hoy los salvajes operan internet. Se lanzan en malón por la autopista informática. Pero no han superado en muchos casos el estado de mediocridad primigenio relativo, que brilló sudoroso al sol de entonces.

No sé si será consecuencia de la aceleración geométrica del cambio y la impotencia de muchos para adaptarse a las nuevas circunstancias imperantes o desplegadas como posibles. Cierto es que en el umbral del viaje a las estrellas, aún no hemos resuelto nuestras tensiones interiores, no hemos podido cerrar con llave la puerta de nuestros infiernos.

Esos diablos que levantaron nubes de polvo en las calles pueblerinas del pasado, siguen sueltos y los sufrimos a diario ahora. Permanecen diciéndoles a los jóvenes que son tales y permanecerán así, supuestamente exitosos, en la medida que actúen conforme determinados intereses y consignas non sanctas, adopten actitudes poses o costumbres que nada tienen que ver con la senda del futuro.

Aún nos cuentan que las balas de la existencia no habrán de herirnos; que por ensalmo se convertirán en barro antes de tocarnos. Que el vértigo sensual y la felicidad supuestamente asociada será nuestra si fumamos cigarrillos de determinada marca, o si nos

embarcamos en la aventura de poder de cualquiera de los grupos en pugna que comandan. La crítica es erradicada de cuajo. Se considera traición el disenso. Las amenazas, las represalias se concretan, cada vez con mayor violencia. El poder y las estructuras sociales, se corrompen. La libertad es ignorada desde el umbral de toda acción.

El malón permanente plantea con crueldad esa sempiterna disyuntiva: civilización o barbarie. Ese hecho que parece repetirse eternamente, nos marca una deuda grabada a fuego en la sociedad: educar al soberano. Para que sienta, aprenda, razone y decida por sí mismo, no solo obedezca.

Y pensar que todavía dicen que aquél de 1904, fue el último. O el de Fortín Yunká en 1919, mucho después del acaecido en San Javier en 1904. Sí, todavía lo dicen.